

¿PODRÁ EL AMOR SANAR SUS  
CORAZONES?

*DOS  
ALMAS  
Y UN  
SECRETO*

MYRIAN  
GONZÁLEZ BRITTO

**DOS  
ALMAS  
Y UN  
SECRETO**



**Myrian González Britos**

© 2017 Myrian González Britos  
Todos los derechos reservados  
Corrección, diseño de portada:  
© 2017 Mónica Thomas (Gei)  
mony.a.thomas@gmail.com

ISBN: 978-1547279500

A todas las almas románticas que, a pesar de las decepciones, siguen creyendo en el poder  
sanador del amor.

A mi amado esposo y a mi querida madre.  
Y a mi amiga Mónica Thomas por haber apostado en mí.

## Índice

[Matt y sus escombros](#)  
[Lizzy y sus fantasmas](#)  
[Matt y sus vicios](#)  
[Lizzy y sus recuerdos](#)  
[Matt y sus dudas](#)  
[Ángeles y demonios](#)  
[Matt y sus demonios](#)  
[Lizzy y sus demonios](#)  
[El cielo y el infierno](#)  
[Beso y alma](#)  
[Lágrimas y sonrisas](#)  
[Almas gemelas](#)  
[Amor y depresión](#)  
[Sólo tuya](#)  
[Matt y sus ocurrencias](#)  
[La felicidad](#)  
[Matt y su cielo](#)  
[El perdón](#)  
[El secreto de Matt](#)  
[Dos almas y un secreto](#)  
[Nuestra boda](#)  
[La venganza de la otra](#)  
[La triste realidad](#)  
[El final es el inicio](#)  
[Dos almas y un destino](#)  
[El tormento de Matt](#)  
[Felices por siempre](#)  
[Dos almas y un secreto](#)  
[Los secretos del alma](#)  
[Agradecimiento](#)  
[Banda sonora](#)  
[Sobre la Autora](#)  
[Otras obras](#)  
[Hay más](#)

## **Nota de la autora**

Esta historia puede ser o no una ficción, todo dependerá de tu mente, de tu corazón, de tus creencias, tus principios o tu fe.

Matt

# Matt y sus escombros

♪Final Hope - Audiomachine♪

Alemania, 20 de abril del 2016

*«Nadie puede librar a los hombres del dolor, pero le será perdonado a aquel que haga renacer en ellos el valor para soportarlo», dijo Selma Lagerlöf.*

Quizá tenía razón. Quizá.

El dolor enaltecía o desmoronaba por completo a un ser humano. Mutaba los colores de su esencia y transformaba su espíritu para siempre.

Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida. Creo que incluso el propio hijo de Dios lo tuvo en su tiempo. Nadie estaba exento de él. Nadie.

Yo, al igual que cualquier otro ser humano común y corriente, lo tenía, pero muy bien guardado, bajo siete llaves.

Nadie me comprendía, ni siquiera yo mismo.

—Juegas con la vida y algún día ella te hará una trampa mortal —me dijo mi padre el último día que lo vi en esta vida.

El cabrón había reaccionado del mismo modo, tiempo atrás, cuando le conté, llorando, que la niñera abusaba de mí todas las noches. En aquel entonces, tenía apenas seis años.

Me sentí solo desde que nací, solo y abandonado por aquellos seres humanos que supuestamente deberían haber velado por mí y por mi dicha en esta vida.

Jamás recibí apoyo.

Jamás recibí cariño.

Jamás recibí un abrazo.

Jamás supe lo que era ser querido.

Jamás recibí un beso de buenas noches.

La frialdad de mis progenitores congeló mi alma y mi corazón, y me convirtió en un hombre vacío y superficial, incapaz de sentir algo remotamente humano por cualquier otro ser vivo.

Ellos murieron cuando yo había cumplido veinte años y, la verdad, no los echaba en falta.

¿Se podría extrañar lo que nunca se tuvo? Creo que no.

Tras la trágica muerte de ambos en un accidente de avión —mientras retornaban de una fiesta al que acudieron como pareja tras años de haberse separado—, comencé una larga y peligrosa trayectoria de fiestas, drogas, mujeres y sexo. Mucho sexo.

Perdí el control y terminé esclavo de aquella vida desordenada e inmoral.

El placer en mi vida era tan esencial como respirar, a veces, llegaba a pensar que podría prescindir del aire, pero no del placer.

No me consideraba un sadomasoquista, ni sexópata, ni depravado sexual. Simplemente era un amante de la carne femenina. Amaba el gozo que provocaba en otra mujer y, ante todo, el dolor que pudiera causar al mismo tiempo.

En todas mis parejas sexuales veía al monstruo que destruyó mi infancia. Castigarlas era como castigar al verdugo de mi historia.

Mi terapeuta me decía que debía enterrar el pasado, pero ¿cómo hacerlo?

No tenía idea.

El dolor que aquella mujer horrible de casi cincuenta años causó en mí y en mi inocencia, seguía latente a pesar del tiempo y su muerte.

Había daños realmente irreparables.

♪X Ray Dog - the vision♪

Me conocían como Matthew Caffrey, el millonario excéntrico y sin pudores. Hijo de un inglés petulante y una alemana frívola, que nunca me quisieron en sus vidas. Nací y crecí en tierras germanas.

Tenía treinta y cinco años, una carrera prestigiosa, belleza, dinero y muchas mujeres. Mi vida era perfecta. El sueño de cualquier hombre; sin embargo, era un ser muy infeliz.

Me sentía vacío.

Sin alegría.

Sin esperanzas.

Sin fe.

Sin metas.

Sin sueños.

Llevaba años luchando contra la depresión, consecuencia de los abusos que había padecido cuando era un cándido y ufano niño. Mi mente y mi corazón no conseguían desconectarse de aquella trágica época, a pesar de los tratamientos y el tiempo.

Me miré curioso, a través del ornamental espejo del lavabo. Tenía todo para ser feliz, pero no lo era. El dinero compraba todo, menos la felicidad. No era un eufemismo, al menos no, en mi caso.

—Necesito unos analgésicos —siseé al sentir una fuerte punzada de dolor en la cabeza.

Bajé la cabeza y entrecerré los ojos de golpe. De pronto, la voz ponzoñosa de mi nana irrumpió mi mente como un frío y distante eco de terror:

«Eres el niño más hermoso que jamás vi y por ende te cuidaré con todo el amor que me inspiras», repetía aquella horrible mujer de pelo rubio y rostro surcado de arrugas. Idéntica a las brujas malvadas de los cuentos de hadas que me solía contar tras su ritual diario de abuso.

«Maldita», dije al abrir mis ojos.

Me preguntaba cómo hubiera sido yo, sin aquellos abusos inhumanos. ¿Hubiera sido un hombre distinto? ¿Feliz? ¿Alegre? ¿Normal?

La voz de mi amigo, Albert Smith, me arrancó de golpe de mi trance melancólico.

—¿Matt? ¡Ven hombre! —exclamó y decidí bajar.

Descendí la suntuosa escalera de mi mansión, enfrascado en mis pensamientos más oscuros y sombríos.

—¡Matt! —gritó impaciente, pero no le respondí.

Me arreglé el suéter negro de algodón que llevaba puesto. Hice una mueca de dolor al sentir una fuerte punzada en la cabeza.

—Buen día, Matt.

Mi amigo, me saludó desde la puerta ventana acristalada que llevaba al jardín colgante de Babilonia, como él solía llamarlo. Pedí unos analgésicos al mayordomo de turno, la cabeza me estaba por estallar, la noche anterior había bebido demás.

—Buen día —le dije con una mueca de dolor estampada en la cara.

Sexo, alcohol, sexo, drogas y más sexo. Con diversas mujeres, que hoy mal recordaba sus nombres. Así era mi vida, llena de diversiones mundanas, pero carentes de sentimientos.

Nunca supe lo que era amar.

Nunca supe lo que era la empatía.



Nunca supe lo que era la compasión.

Nunca supe, porque nunca lo sentí o lo practiqué.

Mi pasado anuló cualquier vestigio de humanidad dentro de mí.

Aquellos que debían cuidarme, no lo hicieron, y crecí solo, en un mundo tan hipócrita, en donde lo único que importaban eran las apariencias.

Aprendí a aparentar.

A sonreír cuando en verdad quería llorar.

A gritar en silencio.

A rezar sin fe.

A esperar sin esperanzas.

Nadie acudió a mí cuando aullaba de dolor, pidiendo ayuda a las frías y duras paredes de aquel cuarto suntuoso, repleto de juguetes y muebles caros.

Mis padres siempre estaban viajando y, aunque gritara por auxilio, ellos eran sordos ante mi dolor.

«Eres un niño rebelde y maleducado», me decía mi padre antes de meterme al oscuro y frío sótano, donde me dejaba trancado por horas e incluso días. Comía cada vez que la nana Miranda me traía algo. Su generosidad siempre tenía segundas intenciones.

—Matt —decía mientras descendía las escaleras.

Yo empezaba a temblar y llorar. Me arrodillaba cerca de la cama y rezaba, como mi amigo Peter me había aconsejado. Pero, su Dios siempre estaba ocupado para oír mis súplicas.

La nana me miraba con avidez, como un león miraría a su presa tras días sin haber probado bocado.

—Eres tan hermoso, Matt —susurraba y se quitaba las ropas.

Lloraba a lágrima viva, pero a ella no le importaba mi pena sino su pretensión corrompida.

—Si te comportas bien con tu nana, comerás estas deliciosas galletas de chocolate —me decía, con aquella expresión ladina que tanto odiaba y temía.

Tenía hambre y sed.

Tenía que obedecer.

Lo hacía.

Y tras ello, lloraba hasta cansarme y quedarme dormido sobre aquella vieja cama medieval de madera.

Se preguntarán qué pasaba con mi madre ¿no?

Ella era tan fría e inhumana como mi padre. Me había llevado en su vientre por nueve meses, pero, tras mi nacimiento, no recordaba que haya estado ni nueve días seguidos a mi lado. Viajaba mucho con mi padre y, algunas veces, con sus tantos amantes.

Fui un accidente.

Un infortunio.

Una pausa.

Un tiempo perdido.

Un grave error.

Gritaba cada vez que discutía con mi padre, mientras yo, escabullido detrás del sofá, los escuchaba llorando.

En aquel tiempo era un humano normal, y sentía cosas, cosas que hoy ya no. No eran efectos de mi actual vida, sino del calvario que había padecido en pasado.

—Eres un niño problemático —gritaba mi madre, cada vez que me encontraba llorando en mi cuarto.

Era un niño triste y solitario, que lloraba cada vez que el corazón me lo pedía.  
—La nana, me obliga a hacer... —Ella siempre me interrumpía.  
—¡Irás a un internado en Suiza!  
—Mamá...  
—Allí aprenderás a ser un buen niño —zanjaba, sin escucharme ni compadecerme.  
La ira envolvió mi corazón, al evocarla.  
Hay mujeres que no merecían concebir, la mía era una.

♪ *I grieve - Peter Gabriel* ♪

De un momento a otro, comprendí que quería cosas diferentes, sentir aquello que alguna vez sentí: emociones humanas que se habían suprimido dentro de mí por las terribles experiencias vividas en mi maldita infancia.

—¡¿Qué quieres qué, Matt?! —dijo Albert, con cara de asombro al escuchar mi deseo.

Lo miré con atención, como si le acabara de salir otra cabeza.

—Ya sabes que soy algo extravagante con respecto al sexo.

Albert asintió sin abandonar su mueca entre divertida e irónica.

—He participado de tus deliciosas y pecaminosas fiestas, amigo —dijo suavizando un poco su expresión.

Basculé nervioso y con cara de pocos amigos, todo mi peso en la pierna derecha.

—Hemos hecho de todo a lo largo de estos años, Albert —musité pensativo, mientras contemplaba la exultante piscina de mi mansión—. Todo lo que Dios repudia.

Albert rio de buena gana.

—¡No blasfemes!

Mi amigo era tan estrafalario como yo, eso explicaba por qué éramos tan allegados. Sin embargo, desconocía las cosas terribles que había padecido cuando era niño. Esos traumas sólo los compartí con mi amigo Peter, el sacerdote.

Nuestra amistad era tan firme como su fe en Dios, un ser que, para mí, era un mito creado por los hombres.

—¿Qué quieres específicamente, Matt?

Recibí su pregunta con resentimiento.

—Quiero una mujer diferente a todas las que alguna vez conocí.

Su asombro fue evidente.

—Ajá.

Albert era demasiado superficial, como para comprender mi anhelo. La verdad, tampoco yo lo comprendía muy bien. Tal vez era un capricho momentáneo o quizá un delirio fugaz.

—¿Nicholas Sparks ha usurpado tu mente? —preguntó con sorna y quise ahogarlo en la piscina.

La canción de Peter Gabriel «I grieve» asaltó el recinto con su peculiar y sombría melodía.

«*Sufro, por ti. Me dejaste, déjalo salir y sigue adelante*», decía la canción que Diana, mi ex, me dedicó tras nuestra ruptura repentina.

Mi amigo me miraba con extrañeza y embeleso al tiempo, como si estuviera viendo a su musa Lady Gaga y no a mí en ese momento. Le encaré desafiante, pero él no mutó su expresión.

—Uhm —ronroneó caviloso, como si estuviera barajando algo dentro de su cabeza hueca.

Una de sus amigas, se acercó a nosotros serpenteando con sensualidad su escultural cuerpo de sirena. La miré con deseo.

—Has estado maravilloso, Matt —me susurró al oído con voluptuosidad.

Sonreí desencajado y totalmente desorientado. Ayer estuve con Allegra, más no recordaba.

—Tú también, bella —mentí, ya que mal recordaba su rostro.

Besó con fogosidad mis labios y encendió mi cuerpo en pocos segundos.

—¿Lo repetimos?

Le rodeé la cintura con brío.

—Me encantaría —dije y le devolví el beso.

Se apartó y me miró con lascivia.

—Te esperaré en el cuarto —enunció y me limité a asentir.

Albert continuaba enfrascado en sus pensamientos.

—No tardes —me rogó ella desde la escalinata y sonreí condescendiente, rebuscando una y otra vez en mi cabeza su nombre: Tara, Dara, Sarah, Mara...

—Lara está coladita por ti, amigo —dijo Albert con sorna y volvió a ponerse pensativo.

«Lara, he estado cerca», pensé divertido.

Mi móvil timbró. Era Diana. Hacía días que me enviaba mensajes cariñosos, pero yo no la contestaba. El karma hizo lo suyo y ella pagó su deuda, con creces.

—Señor Caffrey —dijo el mayordomo con unos analgésicos y un vaso de agua en una bandeja.

—Gracias —expuse y tragué con presteza y cierta impaciencia tres pastillas con algo de agua.

Eché hacia atrás mi cabeza y suspiré hondo.

—¿Una virgen? —dijo Albert con ironía y su pregunta estúpida me devolvió al presente.

Le miré enfurruñado y su sonrisa burlona desapareció de su rostro de manera inmediata.

—No exijo tanto —declaré con firmeza y cierto fastidio—. Quiero experimentar algo totalmente distinto y para ello necesito, una mujer dispar a todas las modelos que he conocido a lo largo de estos años.

Observé a las bellas mujeres que yacían cerca de la piscina, todas eran físicamente perfectas, pero huecas por dentro, como muñecas de porcelana. Frías, duras y sin almas.

Albert me miró con socarronería y supe al instante que diría una gran idiotez.

—¿Gorda? ¿Deprimida? ¿Suicida? ¿Asesina? ¿Anoréxica? ¿Esquizofrénica? ¿Enana? ¿Súper alta? ¿Paralítica? ¿Embarazada? ¿Anciana?

Le lancé otra mirada fulminante. Siempre fui algo peculiar en la intimidad, pero no un bastardo rompe corazones.

—No entiendes —dije derrotado.

Quizá no creía en Dios, pero sí en el karma.

—¡Eres sadomasoquista! ¡Insaciable! ¡Depravado! —aulló riéndose como un demente embriagado.

«¡Dios!».

Era inútil hablar con este idiota. De pronto pensé en Peter y supe al instante, quién me daría las respuestas precisas a mis conjeturas ambiguas.

«Iré a verlo».

Lizzy

## Lizzy y sus fantasmas

♪Legacy of the lost –Audiomachine♪

«Si no está en tus manos cambiar una situación que te produce dolor, siempre podrás escoger la actitud con la que afrontes ese sufrimiento». Viktor Frankl.

El sufrimiento fue impuesto por mi destino.  
Afrontarlo fue una decisión mía.  
Olvidarlo una dádiva divina.

Compré dos tazas de café en Starbucks: una para mí y otra para mi mejor amiga, Hanna. Crucé la calle mientras leía un mensaje suyo de WhatsApp y hacía malabares con los dos vasos que cargaba en mi mano derecha con un cartón como sostén.

«Te quiero y necesito verte, Lizzy, ybeber ese sabroso café» decía el mensaje, cuyo textoreal era:«Apresúrate, muero por uncafé».

Esboqué una sonrisa más interna que externa. Sonreír era algo que llevaba tiempo sin hacerlo. Casi no recordaba la sensación.

La escalofriante banda sonora «Legacy of the lost» de mi banda épica favorita, Audiomachine, sonaba en mis auriculares, erizándome la piel y acelerándome los latidos del corazón.

Parpadeé con dificultad. Los ojos estaban muy hinchados ya que la noche anterior había llorado dos horas seguidas. La ausencia de mi madre me estaba matando, lentamente.

La vida era injusta.

La vida era una mierda.

La vida era una cárcel impuesta para quienes no querían vivir, como yo.

La depresión recorría mis venas, carcomía mis entrañas y se alimentaba del oscuro y sombrío hueco que tenía en el medio de mis pechos.

Un claxon me devolvió al presente de golpe. Apreté los pasos, al tiempo que me arreglaba, con una mano, mi larga y desordenada melena oscura, en un rodete improvisado. Mi apariencia externa no era mejor que la interna. Frené en seco y miré mi reflejo con detenimiento frente a una vidriera; ese día estaba mejor que el anterior, o al menos, eso creía yo. Llevaba puestos unos vaqueros azules, ajados, de cintura baja con una blusa sin mangas de color negro, bastante ceñida. Resaltaba mi delgadez casi extrema. Siempre fui muy menuda, pero, en los últimos meses, parecía haber mermado aún más.

Tomé nota mental: mejor dieta que la tristeza no hay.

Retomé mi caminata acelerada rumbo al mundo voluptuoso de mi mejor amiga. Llegué y solté el aire que retenía en mis pulmones desde que salí de casa. Parte de mi flequillo tapó mi ojo derecho, lo aparté y lo puse detrás de mi oreja.

—Hola —me dijo una chica pelirroja al salir de la tienda de Hanna.

—Hola —le dije, pero creo que ya no me escuchó.

Llevaba un vestido negro, muy corto y ajustado, que realzaba sus largas y torneadas piernas. Cargaba varias bolsas con el slogan indecente del sex-shop «Hazme una escena hot». Creo que era la cliente fiel de la tienda de Hanna.

Una hermosa mujer cubierta de pies a cabeza por pecas.

«¿Los tendrá en todas partes?», me pregunté curiosa. Mi lado gay afloró sin querer.

—¡Hola, mi amor! —dijo la reina de las pecas antes de subirse a su Mercedes Benz deportivo último modelo.

Era hermosa. Rica. Exótica. Alegre. Y algo extravagante, con respecto al sexo.

«El sueño de todo hombre».

La miré embobada y fascinada, hasta perderla por completo de vista.

—Hola —me dijo otra chica, llena de piercings y tatuajes por todo el cuerpo.

No era prejuiciosa, ni mucho menos. Por el contrario, admiraba a las personas que mutaban sus cuerpos, porque, quizá, se habían atrevido a mutar también sus propias esencias.

Nada deseaba más que poder hacer lo mismo.

—Hola —murmuré como si me respondiera a mí misma y no a ella.

Voltéé y observé horrorizada, el escaparate donde mi amiga trabajaba. Aquellas obscenidades siempre me impactaban bastante, a pesar de venir a menudo a la tienda.

«Sexo vende, no ofende», rezaba el slogan de la entrada principal. Un profundo y sonoro suspiro se me escapó del pecho antes de abrir la puerta acristalada.

—¡Al fin! —me dijo Hanna, con su peculiar alegría vampírica.

Volví a suspirar.

—Hola —le dije, trazando una sonrisa forzada.

—Me gusta tu flequillo, Lizzy —manifestó, mientras se movía de un lado al otro con varios consolares entre manos.

—Gracias —repliqué y miré perpleja aquellos artefactos de gomas que imitaban la parte íntima de un hombre.

—¿Quieres uno? —preguntó con expresión ladina.

Decliné su voluptuosa oferta con un cabeceo. Ya tenía tres bajo mi cama, sin usar. Regalos suyos, por cierto. Prefería uno de verdad. Pero este deseo era un secreto muy bien guardado. Caso contrario, mi amiga se empeñaría en encontrarme un amor y sus últimos intentos, mejor ni mencionarlo.

—Te ves mejor que ayer —resaltó y se arregló un mechón de su pelo rojizo.

Mi amiga era delgada como el palo de escoba y blanca como la nieve impoluta de alguna montaña inexplorada en invierno. Era baja, pero con buenas curvas. Tenía el pelo rojizo y los ojos de un verde difícil de definir. Parecía azul mezclado con verde y gris. Tenía un piercing falso en la fosa nasal derecha y un tatuaje removible en la mano izquierda. Su madre moriría de disgusto si la viera con uno de verdad. Adoraba a su madre y lo último que haría en esta vida, sería decepcionarla.

—Hoy vendí más que ayer —me dijo animada, sin detenerse un solo segundo.

La admiraba y envidiaba, porque ella era feliz en su mundo y tenía seres queridos a quienes amar en esta vida, mientras yo no tenía más que mi pena y mis malos recuerdos.

—¿Quieres uno? —me ofreció unas galletas en forma de culos, penes y tetas.

Parpadeé atónita ante la originalidad y obscenidad de las mismas.

—No, gracias —dije sonriendo.

Hanna lamió la galleta en forma de culo y me robó una risa.

—Moría por este café —expresó con voz entrecortada, como si acabara de tener un orgasmo.

Una tímida y fugaz sonrisa imperó en mis labios.

—La cafetería estaba llena y por ello tardé algo más —dije cabizbaja.

Hanna me miró apenada. Llevaba días mirándome con aquella lástima estampada en su lindo y gótico rostro.

—Doy pena, lo sé —refunfuñé y ella desvió la mirada.

Unas mujeres muy raras entraron al sex-shop y comenzaron a fisgonear el local con avidez. Eran parejas. Hanna me lanzó una mirada ocurrente.

—Si no fuera porque necesitaba del empleo, hoy no estaría aquí —masculló y me reí.

—Eres adicta a él —afirmé y ella puso sus ojos en blanco, fingiendo odiar lo que en verdad amaba.

—Te detesto ¿lo sabías? —me dijo tras beber un sorbo de su taza desechable.

Las mujeres se dieron un tierno beso.

—Yo te amo —repliqué y bebí un sorbo del mío sin lograr desviar la mirada de aquellas almas enamoradas.

—El amor en los tiempos modernos —masculló Hanna con un deje de tristeza.

Mi amiga, al igual que yo, llevaba tiempo sin salir con alguien.

—El amor, un misterio a la altura de Dios —farfullé y ella me miró con atención sin parpadear.

—Eres muy profunda, Lizzy.

Enarqué mi ceja derecha y le dirigí una mirada elocuente.

—Uhm...

A continuación, cogió un bolso que se encontraba cerca de un florero, tan inmoral como el resto de los productos que vendían allí.

—Para ti —me dijo y me guiñó un ojo en señal de complicidad—. ¡Feliz cumpleaños, novia cadáver!

Era mi tierno y dulce apodo.

—Gracias, Hanna —le dije y me ruboricé.

Era mi cumpleaños. Treinta primaveras, o inviernos en mi caso.

—Te encantará —alegó con el pecho henchido de orgullo.

Temblé. Exhalé. Suspiré.

—No lo dudo, Hanna.

Recé porque no fuera uno de esos libros eróticos de moda. El año anterior me había regalado la colección completa de una trilogía famosa, cuyas sombras no me habían cautivado tanto, como al resto de las mujeres en todo el mundo. Aunque, debía resaltar que el protagonista masculino me había intrigado bastante. Empatiqué con él y su desdicha. Pero, por desgracia, el desenlace de la historia no había logrado colmar mis expectativas. Anhelaba un final trágico y no mágico. Para ello ya existían los cuentos de hadas.

—Quiero un millonario excéntrico como Grey —afirmó mi amiga, el día que leyó la primera parte—. Que me llene de regalos y buen sexo.

Tracé una sonrisa suspicaz.

—Me hubiese gustado conocerle y abrazarlo —le dije yo.

El signo de interrogación se adueñó de las pupilas de mi amiga.

—Sufrió abusos desde pequeño y, además, ha sido abandonado por sus padres. Se sintió solo a pesar de estar rodeado de gente. Vacío a pesar de tenerlo todo. Triste a pesar del amor de sus padres adoptivos —acentué con ojos enrojecidos y la voz apagada—. El amor fue su cura, pero no supo cómo afrontarlo, ya que siempre pagó caro por cualquier otro sentimiento similar.

Hanna soltó un silbido de admiración o quizá de turbación.

—Eres rara, Lizzy Smith —adujo con expresión seria, algo realmente inusual en ella.

Mi amiga desconocía mi pasado.

Nadie lo conocía.

Excepto mis padres y yo.

En especial mi padre, autor moral y material de mi desventura existencial.

Hanna chasqueó los dedos en mi frente y me devolvió al presente de un plumazo.

—¡Tierra llamando a Lizzy!

Una sonrisa bobalicona dominó mis labios.

—Gracias, por el detalle —musité, sin mirar su regalo.

Ella frunció su entrecejo, perpleja y molesta con mi indiferencia.

—¡No lo desprecies, Lizzy! —protestó y acto seguido cogió la ropa interior que yacía dentro del bolso, cuyo eslogan —una mujer de cuatro y un hombre clavándola por detrás—, me recordaba el viejo burdel de mi barrio.

—¿Una braga? —resoplé con sarcasmo y ella me enseñó un pequeño mando de color blanco con tres botones del mismo tono.

—¿Recuerdas aquella película, «La cruda verdad»?

Asentí con una mueca desapasionada.

—¿Es el mismo que había ganado Abby de Mike!

Evoqué la película y la escena cómica más que lujuriosa en el restaurante.

—Ah...

Me reí mentalmente.

—¿Por el amor de Dios, Lizzy! ¿Hace cuánto tiempo que no tienes sexo, mujer?

Me ruboricé como un tomate, en especial porque unos hombres —muy extraños, llenos de piercings y tatuajes—, que acababan de entrar en la tienda, me miraron con deslumbramiento y lascivia.

—Me voy, debo limpiar la iglesia —enuncié algo alterada.

Hanna soltó un bufido de indignación.

—¿Deberías buscarte un trabajo decente, Lizzy!

Su afirmación lastimó profundamente mi ego.

—Al menos ayuda para pagar el alquiler —solté zaherida.

—Mierda —dijo ella, avergonzada ante su metedura de pata.

Llevaba meses buscando trabajo, pero a los treinta era casi imposible hallarlo, y menos si llevabas tiempo sin hacerlo. Mi única opción había sido reemplazar a mi madre en su antiguo trabajo como limpiadora de una iglesia.

—Saludos al padre del pecado —mofó, pasando ágilmente a otro tema.

El padre Peter era un cura inquietantemente atractivo y ninguna mujer lograba ser indiferente ante su belleza.

—Suerte con tu trabajo sagrado —acotó y yo me limité a mirarla.

Una mirada fría y bastante dura que ella ignoró, como siempre.

—Nos vemos por la noche —apostillé indignada con su impasibilidad.

—Te quiero —me gritó antes que cruzara la puerta.

El enfado se disipó al instante.

—Yo también —musité en tono bajito.

Intercambiamos una mirada intensa, antes de acercarnos y abrazarnos con afecto.

—Feliz día, mi novia cadáver.

Un cosquilleo singular en mi estómago me hizo gemir.

—Gracias por hacerlo especial.

♪Remembering Eli -James Horner♪

¿Recuerdan la película «La historia del Spitfire Grill»? Pues mi vida era muy similar a la de Percy Talbot —sacando el detalle de la prisión y el embarazo—. Ella acababa de salir de la

cárcel tras años de haber estado encerrada, acusada de asesinar a su padrastro que abusaba de ella desde sus 9 años. Cuando salió de la prisión, se dio cuenta que estaba completamente sola, sin familia, amigos u hogar, y decidió alejarse de su mundo, buscando refugio en un pueblo alejado y olvidado incluso por Dios.

Percy y yo teníamos mucho en común. Estábamos solas en el mundo, sin metas, con el alma rota y con el pasado manchado.

Nunca fui feliz.

Nunca sonreí sin lágrimas.

Nunca tuve sueños.

Nunca tuve una familia de verdad.

Nunca he tenido, siquiera, una muñeca decente en mi niñez.

Cogí el autobús que me llevaría a la iglesia, mientras la banda sonora de la película «La historia de Spitfire Grill» sonaba en mis auriculares.

—Hola —me dijo una joven embarazada, antes de sentarse a mi lado.

—Hola —respondí con una sonrisa casi imperceptible en mis labios.

Miré su panza abultada y sonreí con tristeza.

Yo jamás podré ser madre. Los abusos continuos de mi progenitor dejaron sus secuelas irremediables en mí. Volteé el rostro y atisé curiosa a las personas que caminaban, corrían, hablaban, o simplemente respiraban por las calles, preguntándome si alguno de ellos era en verdad feliz.

¿Era la felicidad palpable o incierta como la fe y el amor? Quizá, para algunos, era solamente una pregunta sin respuesta. Bajé la cabeza y miré mi pulsera en forma de rosario, un regalo que me había hecho el padre Peter días atrás, cuando le confesé que tenía pesadillas por las noches. Juguetecía con sus bolinas negras, pidiendo inconscientemente un deseo por mi cumpleaños: «Ser feliz, aunque fuese sólo unos instantes».

♪Firefly -Theme The classic♪

Mi madre había muerto hacía unos meses de cáncer. La cuidé día y noche, hasta su último día en la tierra. Vivíamos tan sólo del sueldo que recibía como viuda de un policía. No era mucho, pero sí suficiente para no morirnos de hambre. El padre Peter, —un cura joven y muy guapo, por cierto— me ayudó en su tiempo con las medicinas que mi madre necesitaba para combatir los dolores insoportables que le provocaba su enfermedad. Tras su muerte, me ofreció el trabajo que ella realizaba en la iglesia. No podía pagarme mucho, pero al menos podía sobrevivir con ello hasta hallar un trabajo mejor. Necesitaba el dinero sí o sí, para poder pagarme los medicamentos que usaba contra mi enfermedad, conocida como trastorno bipolar. Nadie conocía mi padecimiento. Era un secreto mío y de Dios.

No podía asegurar si había nacido con la enfermedad, o si ella surgió tras mi desesperación por huir de mi realidad. Llevaba tiempo medicada, pero la lucha de mis dos almas era cada vez más brutal y, tarde o temprano, una de ellas vencería.

«Espero que sea la mejor de las dos».

Mi madre, además de cáncer, era depresiva. Mi padre era un psicópata violento y sanguinario. Un enfermo mental que nos golpeaba día y noche por pura diversión o vicio. La ira cesó cuando murió, pero las heridas que había dejado en mi interior seguirían sangrando a pesar del tiempo y de su violenta muerte.

«Tuvo su merecido final».

Fue asesinado mientras retornaba a casa. Era policía y a pesar de ello, nunca descubrieron a su asesino. El mismo final trágico tuvo mi único novio. Un hombre tan agresivo y cruel como lo



fue mi padre.

«Mi padre. Mi padre. Mi padre».

Símbolo de amor y protección para la mayoría. Pero no para mí.

Mi padre era un depravado.

Me enseñó a odiar a los hombres.

Me pegaba.

Me insultaba.

Me violentaba, física y psíquicamente.

Entrecerré los ojos al oír su voz en mi cabeza a pesar de estar muerto y enterrado.

«¡Lizzy, ven aquí, papá está cansado!», gritaba tras llegar de su trabajo.

Me golpeaba.

Abusaba de mí.

Mi madre lo sabía.

Lo callaba.

Por temor.

Por cobardía.

La única vez que me defendió, terminó en el hospital con el brazo y varias costillas rotas. Mi padre alegó que la atropellaron y todos le creyeron. En ese lapso, fui su juguete.

—Eres mía —me decía tras saciar su deseo—. Solo mía.

Tenía tan solo 16 años y la vida totalmente destrozada.

Pensaba huir. Él lo descubrió.

—Si me dejas, tu madre pagará con su vida —amenazó y desistí de mis planes de fuga.

Entonces, tiempo después, lo mataron y lloré.

Lloré de alegría.

Me sentí libre.

Me sentí vengada.

Me sentí en paz.

Me sentí feliz.

«Feliz. Feliz. Feliz».

Al fin conocí la dicha, la que te otorgaba la libertad.

Nadie, excepto mis padres, conocían este secreto macabro y terrible que padecí durante mi dulce e inocente infancia.

Todos teníamos un secreto en esta vida, todos los seres humanos escondíamos uno. El mío era bastante triste y oscuro.

El único que conocía mi corazón y sus recovecos era Dios.

Y, Él era mudo.

*Matt*

## **Matt y sus vicios**

♪ *The book of love -Peter Gabriel*♪

*«Es sincero el dolor del que llora en secreto», Marco Valerio Marcial.*

Risas, alcohol, drogas, lujuria agitaron mi corazón anoche, pero tras el efecto de las mismas, las lágrimas han vuelto. Llorar en secreto era el único escape que tenía ante el tirano dolor que padecía desde que era niño.

La noche anterior había tenido una de mis famosas fiestas: mujeres, drogas, alcohol y sexo. Había abusado un poco y el cuerpo me reclamaba a gritos unas vacaciones.

Me desperté antes de que el sol emergiera en el horizonte y realicé mi habitual corrida de diez kilómetros. Tras ello, me duché y me preparé para ir a mi empresa.

—¿Qué hora es? —me preguntó Albert, bostezando.

Me arreglaba la corbata de seda inglesa cuando lo oí detrás de mí. Me volví y entrecerré mis ojos en un acto reflejo.

—Las siete —le respondí y desvié la mirada.

Estaba completamente desnudo. Cualquiera pensaría que éramos amantes y no amigos.

—¿Irás a la empresa? —inquirió entre bostezos.

Le lancé una mirada significativa.

—Siempre voy a mi empresa —afirmé ceñudo y algo soberbio.

Colocó sus codos sobre la encimera de mármol de la cocina y recostó su cabeza sobre sus manos. Me miró de pies a cabeza con arrobó y estupor.

—Te ves fatal —le dije y él asintió condescendiente.

Sexo.

Drogas.

Mujeres.

Noches.

Alcohol.

No eran ingredientes para obtener una vida sana y longeva.

—Eres increíble, Matt. Duermes poco y trabajas mucho. El hijo perfecto para mi padre.

Una sonrisa inocua se apoderó de mis labios. Albert siempre se quejaba de sus padres, pero al menos ellos lo amaban y lo aceptaban tal cual era. Si conociera a fondo mi vida, correría y pediría de rodillas perdón a sus adorables y asfixiantes progenitores.

—Dormir siempre fue un tema complicado para mí —le dije, sin alargar el asunto.

Lady Gaga ingresó a la casa, no la cantante, sino la perra labradora de mi amigo. Le di un beso y ella me lamió la cara.

—Increíble, incluso mi perra te prefiere a ti —se quejó mi amigo y llamó a su mascota, realmente celoso.

Una sonora carcajada se me escapó.

—¡Eres un inmaduro!

Albert me quitó la lengua mientras acariciaba a su mascota. Por cierto, el mes anterior, mi amigo contrató a «Lady Gaga» para que le cantara «Feliz cumpleaños» dentro de una tarta gigante, muy al estilo de otra famosa e inolvidable rubia.

—Princesa de papá —balbució y Lady Gaga le lamió la cara, justo cuando tenía la boca abierta—. ¡Joder! Te compraré un cepillo de dientes y una pasta sabor fresa.

Me reí a todo pulmón.

Una de sus amigas apareció en la cocina, despeinada y desnuda. Mi risa se disipó al instante.

—Buen día —saludó y me dedicó una mirada impúdica.

—Buen día —dije desviando la mirada.

No le devolví el gesto. Era amiga de Albert y, por ende, era hombre para mí.

—Nos vemos, Albert —me despedí tras besar la cabeza de Lady Gaga.

Albert me echó un vistazo.

—¿Llamo al servicio de limpieza? —me preguntó, mientras yo cogía mis llaves.

—Te lo agradecería —zanjé antes de partir.

No tenía empleados como la mayoría de los millonarios de mi barrio. Tampoco guardaespaldas que me custodiaran a mí o a mi casa. Era un adepto a la soledad y la intimidad absoluta.

—¡Estás loco! ¡Cómo puedes vivir sin empleados? ¡Es irracional! ¡Inhumano! ¡Inaceptable! —protestaba Albert cada vez que podía.

—Eres irritante —acoté con sorna, utilizando una palabra que comenzara con «i» como sus anteriores palabras.

Solía contratar un grupo especializado de limpieza, que venían dos a tres veces a la semana para asear mi mansión. Los días festivos —fines de semana en general—, solía contratar unas mucamas y un mayordomo para que atendieran a mis invitados.

Ascendí a mi nuevo Porsche deportivo último modelo que había comprado la semana pasada. Encendí el aire acondicionado y también la radio. Peter Gabriel relleno el ambiente con su canción «The book of love».

No era un romántico empedernido, pero las baladas de este cantante me llegaban al corazón y eso era algo muy loable, casi milagroso.

Puse en marcha el motor y me dirigí a mi empresa. Hoy tenía una reunión realmente importante con unos inversionistas de Berlín. Un acuerdo millonario, uno más. Tenía tanto dinero que probablemente no lo gastaría todo ni en cinco vidas, pero ganarlo me hacía sentir bien conmigo mismo. Rasgos de mi baja autoestima, según mi terapeuta actual. Mi padre siempre me criticó y me hizo sentir un inútil. Y por ello, necesitaba constantemente demostrarme a mí mismo que él estaba equivocado y eso que ya estaba muerto. Una lucha interna que prometía durar toda mi vida.

Mi móvil timbró y me sacó de mi trance. Era un mensaje de texto de Allegra, una de mis tantas amantes.

«Hola, mi amor» me escribió con un corazón al final de la frase. «Acabo de comprar unos juguetitos eróticos». Envío las fotos de los objetos.

«También me compré estas bragas con apertura frontal» agregó y me envió una foto.

Me mordí el labio inferior al imaginármela con aquellos atuendos eróticos.

«Hola, preciosa. No veo la hora de usar esos artefactos contigo» le respondí con una carita de asombro al final de mi frase.

Sentí un ramalazo de deseo en la entrepierna.

«Echo en falta tu cuerpo, Matt».

Me pasé la lengua sobre los labios, entretanto aceleraba mi coche.

«Y yo el tuyo, preciosa» le dije con sinceridad.

Allegra me enloquecía en la cama. Era muy sensual, un poco depresiva y empalagosa, pero una diosa en la intimidad.

«¿Nos vemos por la noche?» preguntó y me envió una foto suya, acostada y desnuda en su cama.

El deseo me envolvió de arriba abajo y mi parte íntima me delataba. Sus pecas me tenían embrujado. Todo su cuerpo estaba cubierto por ellas.

«Sin duda, preciosa» respondí y ella me envió la foto de su parte íntima.

¡Joder!

«¡Te deseo tanto, Matt Caffrey!» decía su último mensaje, seguida de varios emoticones eróticos.

«Dios».

Evoqué la fiesta de anoche de manera inevitable.

—Eres tan hermoso, Matt —me musitaba Allegra mientras devoraba con su boca carnosa mi parte íntima.

—Continúa —le imploré a punto de correrme en su interior.

Allegra era la hija menor de un famoso empresario, amigo mío. La conocí durante una de sus tantas fiestas. Nos acostamos ese mismo día, en su cuarto, mientras su padre y sus invitados estaban abajo. Tenía apenas 20 años en aquel entonces, pero una vasta experiencia sexual. No sabría decir si fueron las drogas o las penas a ofuscar un poco su inteligencia. Albert solía decir que era especial —no en el buen sentido—, pero yo jamás la calificaría del mismo modo. Allegra era una hija mimada, que había tenido todo en la vida, menos lo esencial para un crío, amor y atención.

Era promiscua y adicta. Buscaba amor, en las camas donde terminaba esclava de aquellos que la usaban para saciar sus instintos y no llenar su corazón. Muchas veces, me llamaba de madrugada y me pedía auxilio. La buscaba, sin importarme con la distancia o el horario.

Una vez la doparon y abusaron de ella entre tres tipos, tres riquillos que no respetaban nada. Estaba muy herida. La abracé y segundos después, uno de sus opresores apareció, dispuesto a pelearse. Conté hasta diez mentalmente. Él me atacó y yo casi lo maté a golpes. El infeliz era mucho más joven, pero yo entrenaba boxeo hacía tiempo y llevaba siglos acumulando rabia y odio dentro de mí. Nunca me denunció, ya que su padre dependía económicamente de mi empresa. Sería una estupidez millonaria, que probablemente el padre jamás le perdonaría.

Llevé a mi ninfa insaciable a mi casa y la cuidé.

—Gracias, Matt —me dijo tras devorar una hamburguesa vegetariana que le había preparado.

—No es nada, preciosa.

Allegra podía ser fácil, loca, drogadicta, superficial, pero era la mujer más sincera y noble que jamás conocí. Ayudaba a varios albergues de animales y también a otros tantos orfanatos. Siempre me pedía ayuda económica para sus fiestas benéficas. Me pedía en metálico, jamás en cheques. Según ella, era más fácil calcular y administrar. Si sobraba algo, me lo devolvía, como una buena hija lo haría con su padre. Fue la única persona que jamás me robó un solo centavo.

Aquella noche fatídica vimos los Simpson y nos reímos como dos locos. Fue la primera vez que dormí con ella sin segundas intenciones. Al menos hasta la mañana siguiente.

—¿Puedo pedirte algo, bella? —inquirí ayer, entretanto, ella se limpiaba la boca con los dedos con mucha sensualidad.

—Dime, hermoso —me replicó algo eufórica.

Efectos de las drogas, sin lugar a dudas.

Fruncí mi entrecejo debatiéndome si confesarle, o no, mi anhelo un tanto bobalicón.

—¡Pídeme el cielo y te lo daré! —dijo alucinada.

Allegra había inhalado cocaína antes de subir a mi cuarto. Era adicta, como la mayoría de las

chicas de mi entorno. Yo también lo usaba, pero no por los mismos motivos. Ella recurría a las drogas para huir de su vida vacía y yo, para fingir que tenía una.

Tragué con mucha fuerza antes de lanzarle mi esperpento deseo.

—¿Me darías un abrazo?

Allegra ladeó la cabeza a un lado, como si acabara de hablarle en ruso. Hizo un puchero muy teatral y alargó sus brazos tras sentarse sobre mis piernas.

—¿Un abrazo de oso? —preguntó, segundos después, imitando la voz de una niña melosa y chillona.

Una extraña expresión apareció en mi cara.

—Sí —respondí, algo desconcertado, sin saber si mi petición era ridícula o la reacción de ella al respecto.

Su móvil sonó y la canción de Ellie Goulding, «Love me like you do», relleno el cuarto con su peculiar voz.

—¡Amo esa canción! —gritó a voz en cuello—. ¿La recuerdas?

Era la banda sonora de una famosa película, cuyo contenido mejor no exponer. Era lo más patético que había visto en toda mi vida. Aunque, a decir verdad, no recordaba mucho de la cinta; Allegra había hecho otras cosas «interesantes» durante la misma, distrayéndome por completo.

—¡Tú eres mi Grey! —bramó y una mueca entre divertida y alelada se estampó en mi cara.

Se apartó y comenzó a cantar la canción a viva voz. Tenía una voz añorada, casi de terror. La miré pasmado, pero lo disimulé bajo un deje de admiración. No pensaba destruir su sueño de ser cantante algún día. Suficiente tenía con los desprecios de su padre, que la tildaba de «inútil y tonta». Allegra era mi versión en femenino, aunque yo era un poco más listo que ella. Valga la aclaración.

—Muy bien... —mascullé sonriendo.

Ella estaba de rodillas entre mis piernas. Dio unos saltitos, aplaudiendo al mismo tiempo. Sus enormes senos de plásticos saltaron de un lado al otro, aunque no con la misma naturalidad que unos pechos sin implantes.

No criticaba a quienes optaban por aumentar las mamas. Pero el sabor de unas tetas sin siliconas era indescriptible. Y si eran pequeñas, aún mejor.

Era común que las mujeres de mi entorno tuvieran prótesis mamarias, era una verdadera rareza encontrar alguien con senos naturales.

—Ven aquí, mi amor. Te daré un abrazo de oso —me dijo, extendiéndome los brazos de par en par y haciendo un puchero bastante inquietante.

Me acerqué como un niño indefenso y me dejé llevar por la carencia afectiva. Recosté mi cabeza sobre sus voluptuosos pechos y entrecerré mis ojos. Imaginé que era Elsa, la nana de Peter, la única mujer que en verdad me trató con amor maternal.

—Dios, Matt, hueles tan bien —jadeó, al tiempo que me tocaba con lascivia.

El momento emotivo se esfumó de un sopetón o, mejor dicho, de un chupón.

Mi móvil sonó y me arrancó de mi ensoñación de golpe. Era mi amigo, Albert.

—¿Sigues anhelando conocer mujeres distintas? —preguntó y suspiré.

Medité unos instantes.

—Sí —contesté tras suspirar.

—Perfecto —dijo y temblé.

Me invitó para almorzar con unas amigas, distintas a todas las demás, según él. Acepté luego de meditarlo bastante y, tras colgar, llamé a Peter, quien me bendijo como de costumbre.

—¡Bendiciones, Matt! —soltó con su peculiar alegría.

Su entusiasmo me molestó y el mohín de mi cara me evidenció.

—¡Maldición, Peter! —proferí enfurruñado—. No lograrás convertirme, amigo mío. ¡Nunca!  
Peter susurró algo ininteligible, quizá intentaba exorcizarme.

—¿Qué coño haces, Peter?

Él se detuvo por unos breves instantes y luego emitió palabras difíciles de reproducir. ¿Era latín o arameo?

—Iré a verte —anuncié algo alelado.

Él abandonó su rito.

—Estoy libre dentro de cinco horas —me dijo, repitiendo aquel mantra bendito a continuación.

Fruñí tanto el entrecejo que, en lugar de dos cejas, tenía una muy similar a la de Frida Khalo.

—Nos vemos —refunfuñé.

—Amén —retrucó y preferí no replicarle.

La reunión duró una hora exacta, los alemanes éramos demasiados estrictos y exactos en ese aspecto. Quedamos en vernos en Berlín, dentro de unos meses, para firmar el acuerdo millonario.

«Un punto a mi favor, padre», dije mirando el cielo. Indignado conmigo mismo, descendí trepidante la mirada al suelo, ese era un sitio más apropiado para alguien como él.

Tras la partida de mis nuevos socios, mi asistente particular y amante de turno, Dana, entró. No necesité pedirle que se arrodillara y me relajara un poco.

—No me ensucies —le ordené, tras bajar la cremallera de mi pantalón—. Dentro de media hora tendré otra reunión.

Ella obedeció y en pocos minutos me hizo gemir de placer, sin dejar rastros, como siempre.

—¿Nos vemos hoy, Matt?

La miré impávido, entretanto levantaba satisfecho la cremallera de mi pantalón; últimamente estaba cansado, no del sexo sino de ella. Dana era hermosa y muy complaciente, pero se estaba enamorando y por temor al maldito karma, prefería terminar con esto antes de llegar más lejos.

No podía comprender cómo alguien en su sano juicio podría enamorarse de alguien como yo.

—Me encantaría verte —siseó con ojos soñadores.

Dana era como Allegra y eso explicaba el resto.

En treinta y cinco años, solo una mujer logró cruzar la barrera de mi corazón y la muy cabrona lo rompió en mil fragmentos. Tenía solo 22 años cuando la conocí y me envolví con ella, que tenía 30 en aquel entonces. Se llamaba Rebecca Weiß, tan cruel y calculista como el personaje del libro de Daphne Du Maurier «Rebecca». Una zorra que me dejó en coma emocional por varios años. Me han dicho que era una mujer gorda e infeliz, en la actualidad. El karma era justo y por ello lo respetaba bastante.

—¿Matt? —la voz ronca de mi secretaria, me arrancó de mi ensimismamiento.

Parpadeé varias veces al volver en mí.

—Hoy no, quizá mañana —mentí y ella se limitó a suspirar.

Era como el eslogan: «Hoy no fio mañana sí».

Tras el clímax solitario, el vacío se apropió de mí y de lo poco que restaba de mi paz mental y emocional.

—Hasta luego, Dana.

—Hasta luego —emitió entristecida.

Una mujer triste me conmovía profundamente, pero era mejor para ella, que me alejara a tiempo de su vida.

Me retiré de la empresa al finalizar la segunda reunión y me encontré con Albert y sus amigas, en el restaurante de siempre. No eran las típicas modelos perfectas y eso me animó bastante.

—Olga, éste es Matt, mi mejor amigo —dijo Albert y me presentó a la chica pelirroja, cuyos senos exuberantes me robaron la atención por completo.

Intenté disimularlo. Fue imposible.

—Mucho gusto —me dijo y me dio dos besos bastante insinuantes.

—El gusto es mío —repliqué sin lograr apartar los ojos de sus bellos y provocativos atributos.

—Albert, se quedó corto al describirte —dijo en tono sensual.

Nos miramos con deseo.

—Esta es Sandra —acotó mi amigo.

La morena de las curvas perfectas me sonrió y yo le devolví el gesto.

—Mucho gusto —le dije y le di dos besos.

Ella me miró con indiferencia.

«¿Era lesbiana?», me pregunté. No lo decía por engreído, pero soy muy observador, en especial cuando se trataba de las mujeres y esta chica, era rara.

—Ella está de cumpleaños —anunció Sandra e indicó a su amiga con la mano derecha.

«Sandra estaba coladita por Olga», cavilé con un deje entre enigmático y socarrón. Pobre Albert.

Olga se ruborizó.

—Ah ¿sí? —dijimos Albert y yo, simulando un interés que en verdad no teníamos.

—Felicidades, bella —le dije y le di un beso en los labios.

Ella no rechazó, nunca lo hacían, para mi mayor decepción.

«Una más», pensé resignado.

Después del aburrido y dilatado almuerzo con aquellas dos mujeres insulsas, llevé a Olga a un hotel cercano y le di su regalo. Era tan fácil como respirar.

—¿Puedo pedirte algo? —me preguntó mientras yo seguía dentro de ella—. Soy algo excéntrica —aseguró, chasqueando la lengua con sensualidad.

La miré con fijeza. Ella permanecía a horcajadas sobre mí.

—¿Dime? —musité, imaginándome mil posibilidades, pero ninguna tan descabellada y asquerosa como la que medijo a continuación—. ¿Qué?! —fue lo único que pude pronunciar antes de apartarla de mí lado de un manotazo, nada gentil.

—¿Llamas a eso diferente, Albert? —le reproché por el móvil a mi amigo tras salir del hotel como alma que lleva el diablo.

Mi amigo soltó un taco.

—Al menos ella cedió, la otra no, era lesbiana.

Me reí con todo el corazón.

—¡Te lo mereces por cabrón!

Albert soltó otro taco.

—¿Al menos el sexo fue bueno con la colorada?

Me puse serio al instante. Sería imposible, olvidar a Olga por un buen lapso y no por su buen desempeño en la cama que digamos. Mis facciones se tensaron, aunque después recuperé la compostura.

—Mentiría si dijera que no lo fue, Albert, pero tras el frenesí, el vacío me envolvió por completo.

No le mencioné la petición «repugnante» de Olga, era demasiado repulsiva incluso para

repetirlo.

Albert no supo qué decir y decidió rellenar el mutismo de varios minutos con suspiros.

—Nos vemos mañana —remató y colgó.

Mi amigo era el típico hombre que compartía tus alegrías y se escapaba a toda pastilla de tus penas. No lo culpaba, había crecido en un ambiente tan frío y superficial como el mío; aunque debía resaltar que sus padres habían festejado su nacimiento y no lamentado como los míos.

—Cabrón —dijo Olga al salir del hotel y cruzarse conmigo.

Me dedicó el dedo corazón antes de subirse al taxi.

—Adiós —le respondí y me puse mis gafas de sol.

Todo había marchado relativamente bien, hasta que me pidió cosas realmente obscenas, incluso para mí. No le concedí su deseo y el halo erótico que nos había envuelto desapareció de un plumazo.

—Pensé que eras distinto —me recriminó ofendida, tras levantarse de la cama.

«Yo también pensé lo mismo de ti», dije decepcionado para mis adentros.

Preferí no replicarle. Jamás diría lo que en verdad pensaba de mujeres como ella. Era un caballero, a pesar de que muchas pensaban que era un cabrón degenerado y sin escrúpulos.

«Necesito paz mental y emocional», me dije tras menear mi cabeza de un lado al otro y visualizar mi reloj de pulsera. Estaba muy tenso y mal podía mover mi cuello.

Decidí ir a mi sitio restaurador de ánimas.

Aparqué mi auto a un costado de un parque. De un viejo y olvidado parque, cubierto por un bosque un tanto macabro como misterioso.

Aspiré.

Exhalé.

Medité.

Suspiré.

Era mi sitio favorito en todo el mundo. El único que lo conocía era Peter.

Levanté las gafas de sol sobre mi cabeza al tiempo que me adentraba en el lugar. En el sitio reinaba un silencio sobrenatural. La vegetación y las ramitas secas crujían bajo mis pies mientras me encaminaba al centro del lugar. La fresca sombra me instaba a avanzar en la arboleda.

Tomé asiento sobre el tronco seco de un viejo árbol. Observé el pequeño laguito que se encontraba a un costado con ojos tristes y soñadores. La brisa olía a hojas marchitadas, musgos, agua estancada, tallos viejos y tristeza.

Evoqué a Diana, mi última pareja estable tras Rebecca. Nos conocimos en Las Vegas, mientras yo apostaba mi dinero, sin importarme con las pérdidas. Ella me desafió y yo, evidentemente, acepté el reto. Era una mujer muy atractiva y enigmática, al menos a primera vista. Rubia, alta, hermosa, inteligente y superficial, que terminó en mi cama esa misma noche. Su pasión desorbitante, me esclavizó por completo y continuamos viéndonos tras ese encuentro fortuito.

Vivimos juntos una temporada, en uno de mis tantos departamentos lujosos. A mí casa pocas entraban y muchas menos llegaban a vivir en ella. Por el momento, solo Rebecca, para ser más exacto.

Diana se cansó rápido de mí y mis cambios de humores. Me decía que era bipolar, pero según veinte psiquiatras que visité —en distintos países—, era depresivo y no bipolar.

—Deberías ser feliz con todo lo que tienes, Matt, y no lamentar tu existencia a diario —me reprochó, encolerizada, la última noche que estuvimos juntos.

Yo padecía de depresión y no elegía el momento para sumergirme en ella. La tristeza se hacía presente y me tiranizaba por completo. No lloraba. No, eso no era cosa mía. Pero me quedaba



callado, pensativo, distante y perdido en mi gélido y lúgubre submundo.

—No has comprendido nada, Diana —insté taciturno.

Diana hizo una mueca de fastidio.

—El pasado ya fue, ¡por el amor de Dios, Matt!

Achiné los ojos, incrédulo ante lo que había afirmado. Diana hablaba de mis traumas como si se tratara de un fugaz e inocente resfriado.

Ella nunca comprendió el verdadero trasfondo de mi problema. Fingía hacerlo para tener la vida de reina que tenía a mi lado. Ella era rica, pero no tanto como anhelaba. Yo era la pareja perfecta: atractivo, inteligente, apasionado y tenía los ceros que necesitaba en su cuenta corriente para ser feliz; sin embargo, mi eterna pesadumbre era un precio demasiado alto para alguien como ella.

Su amor era tan frágil como la flor del diente de León.

—¡Jamás te entenderé, Matt! —gritó, exacerbada antes de cerrar la puerta de un portazo.

—Jamás —repetí en un susurro.

Diana no era una mujer cariñosa o atenta, pero me gustaba cuando me abrazaba, me sentía seguro y querido entre sus brazos.

Terminamos días después, cuando la encontré con otro en nuestra cama. La muy desvergonzada se acostaba con uno de mis socios, hacía tiempo, según Allegra. Un puñal que laceró mi ser en dos.

La quise mucho.

Tardé en olvidarla.

Ella se casó con su amante.

Hoy es infeliz.

El karma fue por ella.

Y sació mi ira.

Mi móvil timbró de un momento a otro y me arrancó de mis renegridos recuerdos. Era un mensaje divino de Peter:

«Estoy libre, con el alma y el corazón preparados» escribió.

«Estaré allí en unos minutos», respondí y agregué una carita endemoniada.

Peter habrá puesto sus ojos en blanco y soltado algún sermón. Me reí ante la posibilidad.

«¿Días malos?», preguntó tras unos instantes.

Tener días malos en un lugar como éste, era realmente un pecado. Levanté el rostro y observé embelesado la belleza de este sitio épico y relegado.

«Estás en el bosque célico ¿no?», escribió y me estremecí.

Se los dije, Peter era mi ángel de la guarda.

Lizzy

## Lizzy y sus recuerdos

♪Tree of Life- Audiomachine♪

*Las lágrimas son tal vez los amigos más desinteresados de nuestra vida. «Franz Werfel».*

El problema con la melancolía era que parecía llamar a los malos recuerdos. De pronto, me encontré evocando a mi ex novio, un hombre cruel y agresivo que solía pegarme cada vez que le venía la gana. Yo, sumisa al dolor, aceptaba aquellos golpes con la esperanza de recibir sus migajas de amor a continuación.

Para muchos podría sonar una locura, pero para un enfermo del alma, era vital recibir algún tipo de atención, incluso si estas fueran malas. Podía deberse a las secuelas de mi infancia infeliz, o quizá a mi perturbación mental y emocional. No estaba segura de nada, ni siquiera de quién era yo hoy exactamente.

Siempre me preguntaba qué versión de mí había sido medicada, si la buena o la mala...

Bajé del autobús minutos después, apretando, contra un lado de mi cuerpo, mi bolso raído de vaquero. No tenía nada de gran valor dentro de él: unos centavos, un libro de autoayuda —que no había servido de mucho—, una vieja foto de mi madre y yo, las llaves de casa, mis documentos, unas gomas para el pelo, un peine, un polvo, un frasco pequeño de perfume —con aroma a frambuesas—, y las medicinas contra mi enfermedad; éstas últimas sí tenían un valor incalculable para mí y mi bienestar.

Me detuve de golpe al ver una vieja muñeca de trapo sobre la acera, junto con otros trastos sin valor. La cogí antes de que el camión de basura la llevara y la triturara. La miré con embebecimiento, como si acabara de hallar un bolso repleto de dinero. Su cuerpo era de tela y su cara, de goma. Llevaba un vestido a cuadros —rojo y blanco—, y una gorrita haciendo juego. Tenía sus años, quizá por ello la habían botado a la basura.

Levanté la vista y murmuré: «gracias». Era un regalo de Dios, tenía certeza. La metí en mi bolso con cierta dificultad, era apenas más grande que él.

La llamaré Liza, como mi antigua muñeca, la única que sobrevivió a los ataques de mi padre. Él odiaba verme feliz y cualquier cosa que me dejara contenta desaparecía al instante de mi vista. Las tomaba de mis brazos y las descuartizaba sin piedad. Mi madre rogaba clemencia, pero tras el ataque a mis muñecas, la siguiente era ella y luego, yo.

A veces, mal podíamos levantarnos de la cama tras los golpes. Pero él era policía y todos lo respetaban. Los vecinos escuchaban nuestros gritos, pero fingían no hacerlo; tenían miedo al ogro, como muchos lo llamaban a sus espaldas.

Quien permitía semejante brutalidad, sin hacer nada al respecto, era tan deshumano como el agresor material.

Me santigué al llegar a la iglesia y miré el crucifijo central con aflicción. No comprendía muy bien lo que sentía por Dios. Era rabia, admiración, paz, inquietud, decepción, esperanza, odio y amor.

«He sufrido mucho en esta vida y aun así sigo creyendo en ti», arrullé antes de coger la escoba que yacía en el cuarto de limpieza, detrás de la iglesia.

—¡Pamela! —exclamé al ver a la gata del padre.

Ella se acercó y ronroneó a modo de saludo. La cargué entre mis brazos y la llené de besos.

—¡Hola, hermosa!

Pamela era una gata blanca con manchas negras en algunas zonas de su cuerpito peludo. Había sido abandonada a su suerte en la antigua iglesia que yacía detrás de ésta. El padre Peter la adoptó sin pestañear.

Cierta vez le pregunté por qué había elegido aquel nombre tan singular, él me dijo que un amigo lo hizo, en honor a su profesora de natación. Esperé más detalles, pero él no alargó el tema.

El padre Peter era un hombre muy reservado y admirado en el barrio, en especial por las mujeres. Sus misas siempre estaban repletas de almas femeninas. Era un hombre pecaminosamente atractivo y amable. Me preguntaba, ¿por qué Dios le había dado tanta belleza? ¿Era para poner a prueba a las mujeres o al padre Peter?

Pamela maulló y me sacó de mi trance.

—Yo también te quiero —le dije, y ella lamió la punta de mi nariz.

Hacía unos años atrás, mi familia y yo vivíamos a unas pocas manzanas de aquí. La antigua iglesia me había servido de guarida muchas veces.

Tras la limpieza diaria, solía irme con Pamela allí a pensar y merendar algo. El padre Peter, además de pagarme el sueldo, solía invitarme todas las tardes algunas pastas dulces que solía comprar en la confitería de enfrente. Era un ángel y había aparecido en mi vida para salvar una de mis almas.

De pronto, alcé la vista y susurré:

—Si me has dado dos ánimas señor ¿cuál de ellas salvarás?

El maullido de Pamela me sacó de mi ensoñación eclesiástica, otra vez.

—Madre mía, debo limpiar al Arcángel San Miguel —me dije perpleja al contemplar las alas mugrientas de la enorme imagen que reposaba en un rincón del altar.

Tendría unos dos metros de altura, como mínimo. Yo me sentía tan diminuta a su lado.

«Al lado de cualquiera», me dije y sonreí.

Barrí la iglesia mientras una carpeta con las mejores canciones del grupo *Audiomachine* se reproducía en mis auriculares a toda potencia, transportándome a otra dimensión, lejana y fría, como supongo que sería el purgatorio, mi destino tras mi gran final este fin de mes.

Había decidido terminar con mi agonía.

Había vivido lo suficiente.

La vida era cruel.

Nadie valía la pena.

Mi otra yo era un peligro.

La muerte era mi salvación.

Pamela volvió a maullar y una sonrisa curvó mis labios.

—Te echaré en falta, Pamela, te lo prometo.

Me recordaba a Mimosa, la única mascota que había tenido en mi infancia. Era una gata blanca como la nieve. Había llegado a mi vida por obra del destino, del cruel e implacable destino.

Mi mente me transportó a aquel hermoso e indeleble día...

Observaba absorta en mis cavilaciones la lluvia, a través de mi ventana acristalada. Mamá preparaba las ropas del monstruo, mientras yo me perdía en mi mundo imaginario, donde era feliz y amada. Hasta que un maullido me arrancó de mi ensimismamiento. Abrí la ventana sin titubear y, debajo del alféizar externo, estaba una pequeña e indefensa gatita de unos meses de vida. La cogí entre mis brazos y la abracé. La posé sobre mi cama y la enjuagué con una toalla. Ella estaba helada y hambrienta. Fui a la cocina y calenté una taza de leche a escondidas. La puse en un cuenco de porcelana y la llevé a mi cuarto. La gatita bebió la leche con impaciencia hasta la

última gota.

—No puedo quedarme, contigo —le susurré apenada, y ella me lamió la nariz.

Aquel gesto me enamoró, y decidí cuidarla hasta que cumpliera unos meses más. La bauticé con el nombre de Mimosa, en honor a sus gestos.

La llevé a la casita de atrás, donde solíamos guardar los trastos inservibles. Fue difícil convencerla de que se quedara ahí sin mí.

—No hagas ruido —le imploré y ella obedeció, como si en verdad me hubiera entendido.

Mimosa vivió tres meses allí, sin que mi padre la descubriera. Fueron los días más felices de mi infancia, los únicos, en realidad. Era mi fiel compañera, el ángel que Dios me había enviado para alegrar mis días grises.

—Te amo —le dije la última vez que la vi con vida y ella me volvió a lamer la nariz.

Mi padre la halló al día siguiente y la mató sin piedad a pesar de mis ruegos.

—¡Odio a los gatos! —gritó tras dispararla con su arma.

Lloré con amargura sin que a él le importara.

—¡Ya no llores! —y me dio una fuerte bofetada antes de salir de casa.

—¿Por qué él me odia tanto? —le pregunté, sollozando, a mi madre.

—Tranquila, hija.

—Mimosa —lloré con amargura, arrodillada ante su cuerpo sin vida—. No me dejes, por favor —rogué y la abracé, manchándome con su sangre.

—Lizzy, déjala, tu padre volverá al rato y te castigará.

Le dirigí una mirada furiosa.

—¡Cuéntame por qué me odia! —exigí gritando.

Mamá me contó, que mi padre había estado muy enamorado de una mujer antes de conocerla. Pero su amada tenía unos padres muy estrictos y casi no la dejaban salir. Se veían a escondidas, hasta que él se involucró con mi madre y la embarazó, siendo ella menor de edad. Mis abuelos maternos lo obligaron a responder por ella y por mí. La otra chica se casó con otro y mi padre depositó toda su ira sobre nosotras dos, desde entonces.

Lloré varios días, sin poder apagar aquella macabra y triste imagen de mi cabeza.

Me enfermé gravemente, pero mis padres no me llevaron al médico; temían que éste pudiera descubrir mis moratones e, incluso, algunas lesiones más graves.

—¡Está muy enferma, Frank! —gritó mi madre con exasperación.

Mi padre me miró con indiferencia y desdén.

—Se curará y sino, pues una boca menos en el mundo —zanjó lacónico antes de marcharse a su trabajo como todas las mañanas.

Me curé tiempo después, al menos físicamente. Mimosa fue arrojada a un contenedor de basura, dentro de una bolsa negra de plástico, me lo dijo mi madre, tras recuperarme.

Yo tallé una piedra en forma de corazón y la partí en dos —llevaba tiempo tallando maderas y piedras con un viejo cuchillo de cocina, construyendo juguetes para poder jugar en mis siestas solitarias, antes de que mi padre llegara de su trabajo y repitiera su ritual de todos los días—. Una de las mitades enterré bajo el viejo árbol de roble, donde solíamos jugar con Mimosa.

—La mitad de mi corazón se ha ido contigo —le dije llorando con desconsuelo a mi gatita, a mi ángel.

El otro pedazo continuaba entre mis cosas, pero nunca encontré a quien dárselo.

«Quizá algún día alguien lo quiera».

*Matt*

## **Matt y sus dudas**

*♪Don't believe you -Pink♪*

*En la vida todos tenemos un secreto inconfesable, un arrepentimiento irreversible, un sueño inalcanzable y un amor inolvidable. «Anónimo».*

Yo tenía un secreto muy delicado y triste que vivía atormentándome la existencia. El arrepentimiento nunca llegó, el sueño nunca se cumplió y el amor, nunca me halló.

Mis demonios habían vuelto y martirizaban de nuevo mi vida. La única salida que tenía era mi amigo Peter, un ferviente cura, cuya fe me conmovía en lo más hondo de mi ser. No compartía su creencia, pero la respetaba, o al menos lo intentaba.

Era ateo y mi gran sostén era un hombre de Dios. ¿Irónico, no?

Llegué media hora después a la iglesia, donde se encontraba actualmente. En general, solía ir de noche, tras la última misa celebrada por él, pero ese día necesitaba verlo con urgencia.

Echaba en falta a mi amigo.

No al cura.

Necesitaba confesarme.

Con mi amigo.

No con el sacerdote.

Me costaba verlo como hombre de Dios. No era el típico padre. Peter era un hombre muy atractivo, alto, atlético, de pelo rubio, ojos azules y tez curtida. Amaba la naturaleza y los deportes extremos. Antes de su juramento sagrado, hicimos un montón de excursiones por las montañas, escalando o explorando sitios realmente peligrosos. Yo encontraba paz en aquellos lugares, en especial con él, el único ser humano que conocía mi esencia, o lo que restaba de ella.

Peter jamás desistió de mí.

Rezaba por mí.

Creía en mí.

La vida era paradójica.

Cosas de humanos.

Cosas de la vida.

Cosas del destino.

Aparqué mi Porsche deportivo a un costado, enfrascado en mis pensamientos. Cambié mi camisa por un suéter, antes de descender. Me apeé y me quité las gafas de sol al tiempo que me doblaba las mangas de mi jersey hasta los codos.

Observé maravillado el lugar épico y bucólico donde fue a parar mi mejor amigo de la infancia. El hijo de un banquero millonario, que renunció a la vida cómoda para seguir a un ser tan real como el diablo.

—Hola —articuló una mujer de mediana edad, que me miró con mucha impudicia tras salir de la iglesia.

Era raro, pero yo solía ir a la iglesia con más frecuencia que un devoto.

—Hola, guapa —le repliqué y le devolví la mirada con más ardor.

Ella esbozó una sonrisa realmente inquietante. ¿Acaso era un demonio disfrazado?

—Buenas tardes —me dijo otra mujer, algo mayor.

—Buenas tardes —le dije con cordialidad.

Creo que ha presenciado mi flirteo descarado con la mujer de la melena negra, que continuaba devorándome con los ojos.

—Eres una desvergonzada, Ingrid —le reprendió la mujer mayor, tras acercarse a ella.

Enarqué mi ceja derecha a modo de sorpresa.

—¡Madre! —contestó ella algo azorada.

Yo le guiñé un ojo en señal de complicidad y ella me devolvió el gesto, a pesar de los regaños de su madre.

—Adiós —vocalizó, moviendo sus labios de un modo muy sensual.

Partes de mi cuerpo se encendieron de forma automática.

—Era Gomory —mascullé, refiriéndome a la demonia sexual e insensible.

Una brisa perfumada penetró mis fosas nasales y me robó un suspiro.

«Qué sensación más rara», me dije al tiempo que levantaba la cabeza y observaba el cielo con ojos achinados.

Por absurdo que sonara, aquella mañana había hablado con Dios. No sabía por qué lo había hecho.

Estaba en mi enorme y suntuosa bañera de losa inglesa con hidromasaje, pensando en la vida y la muerte. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, sobre el borde de la tina, cuando de pronto susurré: «Necesito una prueba, te he rezado mil noches seguidas cuando era un niño y nunca me has escuchado, es tu momento de redimirte».

Lo desafié.

Creo que no me oyó.

Me arrepentí.

Lo condené.

Lo negué otra vez.

Debía estar muy ocupado castigando a aquellos que lo hostigaban y tal vez el próximo de su lista sería yo.

Caminé hacia la iglesia de piedras medievales y entré sin sentir la enorme necesidad de persignarme. Metí mis manos en mis bolsillos al ingresar, cuando de pronto vi un ángel en el altar. Barriendo.

«Dios mío».

La miré hipnotizado y algo asombrado. Ella estaba enfrente de una imagen sagrada: Una estatua con unas alas bien abiertas e iluminada por un halo dorado; una pequeña ilusión óptica provocada por la luz del sol al pasar por el colorido vitraux.

«Jamás vi algo tan hermoso y etéreo en mi vida. ¿Eran tuyas aquellas alas o de la imagen de yeso que yacía detrás?», pensé con expresión atontada.

La voz de mi amigo me quitó de mi alucinación empírea.

—¡Matt!

Ella giró su delicado rostro y me miró con ojos huidizos, antes de desaparecer de mi vista sin dejar rastros.

«¿Quién era?, ¿era real o producto de mi imaginación?, ¿un castigo divino o una prueba de fe?».

Peter me estrechó con afecto, obligándome a poner mi atención en él.

—¡Salve, padre! —le dije con sorna.

Él no me reprendió con sus sermones de siempre. Creo que al fin ha desistido de mí.

—Bienvenido, Matt. Dios te ha citado hoy.

Busqué al ángel con los ojos, pero creo que fue una visión.

—Soy un alma sin salvación, como dice Albert —añadí con ironía.

Peter no aprobaba mi amistad con Albert, no lo decía abiertamente, pero en todos estos años jamás me preguntó por él. Nunca.

—Ajá —se limitó a decir, sin nombrarlo siquiera.

Esbocé una sonrisa mordaz.

Giré instintivamente el rostro y busqué a la chica menuda de pelo oscuro, que me recordaba al ángel de la mirada triste que yacía sobre la mesilla de mi cuarto. Un regalo de Peter, por cierto.

—¿Bebes un café conmigo, Matt?

Le oteé con picardía.

—¿Hecho con agua bendita, Peter?

Él meneó la cabeza; sonriendo, me replicó con la misma jovialidad.

—Consagrado por mí mismo.

Hice una mueca de espanto.

—Si empiezo a retorcerme de dolor como «Emily Rose», te denunciaré —bromeé.

Peter resopló y giró sus ojos con exageración.

—No me hables de esa película —rogó sonriendo.

Le devolví la sonrisa.

—¿Prefieres «El Rito» con Marta Gastini? ¡Qué mujer! —exclamé riendo.

Peter parecía desconcertado con mi pregunta y me miró con una expresión sombría, muy similar a la chica poseída de «El Rito».

—Matt... —dijo derrotado.

Contuvo la respiración y comenzó a murmurar algunas palabras difíciles de comprender. Empiezo a creer que en verdad me estaba exorcizando.

—Ya no hablaré de películas de terror —mentí y él lo sabía.

Pasamos a su cuarto. Detrás de la pequeña iglesia. La misma olía a inciensos y cera de velas derretidas, mezclada con el aroma peculiar de los ladrillos antiguos.

—Adelante —me dijo al tiempo que me cedía el paso.

Miré por última vez hacia el altar y suspiré hondo al no ver a la chica angelical y triste. Peter siguió mi enfoque.

—¿Buscas algo?

«Un ángel», pensé y callé.

—Mi salvación —mofé.

Peter dijo algo, pero no logré discernir.

—Pasa, antes de que meta tu cabeza en la vasija con agua bendita como en el pasado —amenazó y me carcajeé.

Tomé asiento en una de las sillas de madera que yacía cerca de la mesa. Miré estupefacto el lugar casi precario donde vivía el hijo de uno de los hombres más ricos del país. El conjunto estaba compuesto por una cama pequeña con un crucifijo de madera que pendía sobre la cabecera de la misma, una mesa con dos sillas de madera, una nevera ajada, un par de cuberterías, una televisión pasada de moda, un microondas, una cocina de dos fogones y una cafetera eléctrica en condiciones, mi regalo en su último cumpleaños.

—Prepararé el café —anunció y yo asentí.

Peter había renunciado a todo y vivía de la caridad prácticamente. Su padre nunca le perdonó su elección y lo había desheredado legalmente. Mi amigo, se consagró a Dios sin importarse con la decisión de su progenitor.

Era su vocación.

No obstinación.

Era lealtad a su corazón.

Miré por los alrededores, curioso.

—¿Dónde está Pamela?

Peter encendió la cafetera eléctrica que emitió su peculiar pitido mientras el agua se calentaba. Pamela era su gata, una preciosa felina, a quién yo bauticé con ese nombre en honor a Pamela Anderson, una de mis tantas diosas. Peter se negó contundentemente al inicio, hasta que le dije que la llamaría Virgen María y cambió de opinión súbitamente, tras echarme encima un sermón religioso de media hora.

—¿Qué estás haciendo, Peter? —le pregunté desconcertado al ver que santiguaba el agua.

¿Ha puesto en práctica mi broma? Contuve un gemido.

—Uhm —arrulló sin contestarme.

Peter efectivamente había consagrado el agua del café.

—¿Qué tienes, Matt? —me preguntó tras servirme una taza de café bendito.

Su pregunta me pilló desprevenido y mal pude esconderlo.

—¿Cómo sabes qué me pasa algo?

Bebió un sorbo de su taza sin apartar sus ojos de los míos.

—Tus pupilas me lo gritaron, amigo.

Él era un ángel y, aunque yo fuera un demonio, su misión era salvarme.



*Lizzy*

# Ángeles y demonios

♪*Searching for A Miracle - Randy Edelman*♪

*Los ojos no pueden ver a Dios sino a través de las lágrimas. «Victor Hugo».*

El aire olía a velas, inciensos, mirra y melancolía. Lloraba a lágrima viva, mientras escuchaba algunas canciones depresivas. La penuria emergía de mis ojos oscuros a raudales.

Quería llorar.

Quería dejar afuera este dolor.

Inundar el mundo con mis lágrimas.

Y así, aliviarme un poco.

Estaba limpiando, concentrada el altar, cuando de pronto mis ojos se encontraron con los de un hombre que más bien parecía un ángel, o quizá un demonio. Jamás había visto un ser humano tan perfecto como él.

Nos miramos con intensidad por unos minutos eternos.

—¡Matt! —exclamó el padre y él rompió con el contacto visual.

Aproveché el momento para huir. La impresión fue tal, que me escondí detrás del Arcángel San Miguel con Pamela, como una cría asustada.

—Shhh —le dije a la gata como si fuera a comprenderme.

Pamela parpadeó varias veces y se acomodó entre mis piernas.

—Creo que me has entendido —le susurré, al tiempo que le acariciaba la cabecita.

El padre Peter saludó al hombre de belleza indecible y, acto seguido, se metieron a su cuarto. No recuerdo haberle visto antes por aquí, un rostro como el suyo, era imposible de olvidar.

«Debo terminar mis faenas», me dije minutos después.

Salí de mi zona de confort y terminé mis tareas a toda prisa. Llevé las cosas del aseo al cuarto de limpieza, que estaba al lado de la recámara del padre. Acerqué mi oreja derecha a la puerta y agucé el oído para escuchar mejor.

—Jajajaja —el bello hombre rio de buena gana y el padre lo reprendió riendo.

Supongo que eran amigos de toda la vida.

«Lizzy, eres una fisgona. Irás al infierno», me dijo mi cerebro y di un leve respingo. Me reproché por mi actitud y me alejé del lugar arrastrando los pies.

—Momento de descansar —dije decidida y cargué a Pamela entre mis brazos—. ¿Quieres venir conmigo?

Ella ronroneó.

—Mi pequeña querubín. A veces pienso que eres Mimosa y que Dios te ha enviado del cielo para curarme las heridas una vez más.

Ella maulló como respuesta y volvió a parpadear.

—Yo también te quiero —le dije antes de cruzar la puerta de la iglesia y marcharme a nuestro sitio favorito.

La melodía«This will make you cry» sonaba a todo volumen en mis auriculares, mientras me metía en la antigua iglesia que yacía detrás de la actual. Estaba cayéndose a pedazos como mi pobre y herido corazón.

Era mi escondrijo desde que era una niña. Aquí buscaba a Dios y siempre lo hallaba. Él me protegía de las garras de mi padre, quien nunca, nunca, me encontró aquí.

Me senté sobre una de las ventanas, o de lo que había restado de ella. Era una iglesia de piedras medievales, tan antigua como la propia ciudad. Nadie visitaba este sitio. Temiendo que se derrumbara sobre ellos, el tejado. Yo venía exactamente por ello, esperando que su antiguo techo cayera sobre mi cabeza y terminara al fin con mi sufrimiento. Pero, Dios estaba muy atento y no permitiría algo así.

A pesar de todo, creía en Él con fervor y cierto rencor. El odio como el amor generaba ese tipo de dependencias.

Pamela se acomodó sobre mis delgadas piernas. Le acaricié la cabecita mientras observaba el hermoso paisaje que me ofrecía este lugar olvidado y destruido.

De pronto una duda cruzó mi mente. «¿Quién era aquel hombre tan apuesto? ¿Era real? ¿Era un ángel o un demonio?». Repito, jamás había visto un ser más atractivo que él.

Pamela maulló y me arrancó de mi trance.

—Quizá fue un espejismo, un hermoso espejismo.

Mi móvil vibró, era un mensaje de WhatsApp de Hanna.

«¿Vendrás hoy para la cena, Lizzy? ¡Evidentemente no puedes faltar! Caso contrario te desheredaré como amiga».

Hanna preguntaba, respondiendo al tiempo. Suspiré, mientras una brisa perfumada desordenaba mi larga melena negra.

—¡Jesús! —exclamé horrorizada al ver el estado de mis uñas—. Necesito de un esmalte urgentemente.

«Lizzy».

«Lizzy».

«Lizzy».

Hanna era algo impaciente e impulsiva.

«Hola».

«Hola».

«Hola».

Tenía esa rara manía de escribir tres veces cualquier cosa. Yo la tildé de Sheldon Cooper, de la serie Big Bang, quien solía golpear la puerta tres veces consecutivas.

«¿Quieres que compre algo?», le inquirí a modo de respuesta.

Ella escribía, mientras yo me perdía en medio del horizonte paradisiaco de aquella tarde, realmente gloriosa. La bóveda de la capilla Sixtina sentiría envidia de este cielo.

«Trae un pastel de chocolate», respondió con una carita feliz y una tarta de cumpleaños con una vela al lado. «¡Feliz cumpleaños, mi novia cadáver!».

Estaba tan delgaducha que últimamente me llamaba así. Fue una de sus películas favorita, en su tiempo.

«Ok», contesté con otra carita feliz.

Que fácil era fingir un alborozo que en verdad no sentías. Esconderte detrás de aquellos emoticones alegres cuando en verdad llorabas al otro lado del aparato.

Mi móvil timbró de nuevo. Era Martin.

«La semana que viene será el bazar de Malila, en su jardín».

Una de las pocas alegrías de mi vida era hacer caridad. No tenía medio centavo sobrando, pero al menos tenía dos manos para ayudar a quienes más lo necesitaban.

«Estaré allí sin falta, Martin».

Pamela mordisqueó mi mano derecha con afecto. Le acaricié la cabeza y ella ronroneó en señal de gratitud.

«Habrá muchas ropas de los años 50/60/70. Malila ha decidido vender las cosas de sus abuelos «Otto y Margot». Una pareja inolvidable».

Conocíamos la historia de ambos a través de Malila, la única nieta de la pareja. Se enamoraron en los años difciles de Alemania. Ella era judía y él un soldado nazi. La encontr  en un bosque, en pleno invierno de 1943 aquí, en Hagen. Ella suplicó clemencia y él le concedió su deseo a cambio de su amor. Fue amor a primera vista, decía Malila con ojos enrojecidos.

Amor.

Fe.

Esperanza.

Dios.

No se les podía ver o tocar, pero sí sentir.

*Matt*

## Matt y sus demonios

♪Missing - Evanescence♪

*Guarda la tristeza para ti mismo y comparte la felicidad con los demás. «Mark Twain».*

Peter y yo bebíamos el sabroso café sagrado, absortos en nuestros pensamientos más secretos. Mi amigo descendió su taza sobre el platito de porcelana blanco y me preguntó qué me pasaba. Le dije que el vacío de siempre se había apoderado una vez más de mi vida y que, a pesar de mis diversiones mundanas y perversas, la alegría brillaba por su ausencia.

Peter me miró con desaprobación al oír mi última afirmación. Llevaba años aconsejándome y yo llevaba años sin escucharlo.

—La maldita depresión ha retornado —terció y me miró con ojos interrogantes.

Le devolví la mirada, matizada con una sombra difícil de definir.

—Nunca se ha marchado —apostillé y ambos suspiramos.

—¿Sigues consumiendo tus antidepresivos, Matt?

La melancolía se apoderó de mi pecho.

—No podría vivir sin ellos —afirmé con sinceridad.

Irguió de un momento a otro y encendió una vela, algo caviloso.

—¿Una vela? —dije anonadado.

—Rezo por tu cura y por tu salvación, Matt.

Una mueca de duda se dibujó en mi cara.

—¿Eso aún es posible, Peter?

Él me oteó con devoción, con la misma veneración con la que miraba la misteriosa y sagrada imagen de Jesús, tallada en piedra que yacía en una especie de altar en un rincón de su cuarto, al lado de una estantería repleta de libros.

—Lo último que perderé en esta vida son dos cosas —afirmó con rotundidad.

Un suspiro se me escapó del pecho.

—¿Cuáles? —inquirí curioso.

Una sonrisa taciturna se apoderó de sus labios tras soplar la cerilla.

—La fe en Dios y en ti, amigo mío.

Su afirmación me dejó enmudecido y completamente desarmado. Mi amigo llevaba meses pidiendo al cielo que se rellenara el enorme e infinito hueco que cargaba dentro de mí, desde que era un niño. Pero creo que solamente la muerte podría curarme las heridas.

Sonaba trágico, pero tener todo en este mundo —al menos lo material—, no significaba nada cuando la tristeza comandaba tu vida.

—Gracias —musité emocionado, al borde de las lágrimas.

Llorar nunca fue un problema para mí, siempre y cuando lo hacía enfrente de mi amigo, que tenía el don y la obligación celestial de guardar secretos.

Me miró concentrado y bastante apenado.

—Hay algo más ¿no?

Él tenía el don de leerme los ojos y también la mente.

—Sí —declaré tras descender la taza de mi café sobre el platito.

Parpadeó al escucharme.

—Dispara —graznó y no pude evitar reírme.

Tras recuperarme de mi risa, le confesé lo que llevaba días maquinando algo, algo realmente insólito.

—Busco emociones nuevas, pero antiguas. Recuperar mi humanidad —afirmé con rotundidad.

Me dedicó una mirada gélida y tuve la sensación de que la temperatura bajó unos cuantos grados en el cuarto. Ahora comprendía mejor porqué el diablo jamás se acercaría a mi amigo.

—Necesito sentirme vivo y para ello lo ideal sería encontrar una mujer distinta a todas las que conocí a lo largo de mi patética y alborotada vida.

El Jesús de piedra me miraba atentamente al igual que su fiel servidor, cuyo semblante adoptó una expresión difícil de definir con palabras.

—Si va bien, ¿ok? y si no, volveré a la vida de siempre —dije resuelto.

Peter me estudiaba desde su sitio. Torció la boca en una mueca tan dura que sentí un escalofrío en la espalda.

—¿Qué significa diferente para ti, Matt?

Medité unos segundos antes de responderle.

—Alguien con sentimientos puros y altruistas. Alguien que ame las cosas simples de la vida y no espere nada de ella. Alguien dispuesta a hacer locuras y vivir aventuras al límite, sin importarse con el mañana —argumenté fervoroso.

Peter compuso una mueca de asombro, como si acabara de ver al mismísimo Hitler. Chasqueó la lengua, nervioso.

—Tienes todo, Matt, pero mismo así eres...

Se detuvo, apretando con fuerza sus dientes y achicando sus ojos en un acto reflejo.

—Infeliz —completé y él no replicó.

Una expresión muy parecida a la culpa se asomó en el rostro de Peter.

—Lo siento, no quise decir aquello —se disculpó.

Mi boca estaba tan seca que me resultó difícil articular las palabras.

—No te ofusques, Peter.

Ambos suspiramos hondamente.

—¿Qué ha pasado de aquel Matt que alguna vez conocí?

Lo miré con fijeza, mientras evocaba mentalmente aquellos días coloridos y dichosos vividos a su lado en la granja de mis abuelos, cuando éramos dos críos ingenuos y soñadores. Quizá, la única vez que fui de verdad feliz.

Peter se incorporó y visualizó su reloj por quinta vez. Pronto celebraría la misa de las 7. Me levanté en un acto involuntario y me acerqué a la imagen de aquel Jesús bucólico y misterioso. Lo acaricié embelesado. Peter me miró con tristeza, aunque intentara no hacerlo con todas sus fuerzas, sentía lástima y, odiaba hacerlo.

—Ha muerto, Peter, tras aquellos abusos inhumanos que padeció bajo las manos de aquella bruja depravada y la indiferencia glacial de sus padres —le respondí refiriéndome a mí mismo como si fuese alguien más.

Me miró desafiante y apretando la barbilla con brío.

—Él no ha muerto, Matt —me dijo con serenidad, al tiempo que abría la biblia y buscaba algún pasaje para el sermón de la misa que celebraría dentro de una hora—. Vive dentro de ti.

Un suspiro largo y sonoro se me escapó.

—Encarcelado en algún recoveco oscuro de mi frío y duro pecho.

Peter vistió su traje eclesiástico sin dejar de mirarme.

—El ser humano tiende a buscar afuera lo que está adentro de él mismo —dijo con seriedad.

Le lancé una mirada suspicaz.

—Quizá mi cura esté en otra persona, Peter.

Entrecerró los ojos en un gesto de duda.

—¿Hablas del amor, Matt?

Me encogí de hombros. Sabía tanto del amor cuanto sé de los agujeros negros en el espacio.

—El amor es la cura de Dios para todos nuestros males —siseó sonriendo con tristeza.

Peter cargaba una cruz muy pesada, una cruz que había decidido acarrear solo. Jamás hablaría de sus sentimientos, al menos no con los humanos. Volvió así de Italia, donde una misión cambió para siempre su existencia. Nunca lo vi bajar los brazos o llorar, hasta aquel día que me llamó tras su regreso y sollozó con amargura entre mis brazos, pidiéndome un abrazo y mi total silencio. Nunca me comentó lo sucedido, pero siempre desconfié que detrás de su pena se encontraba una mujer, la gran prueba de fe impuesta por Dios o quizá por el otro.

—¿Matt?

Le miré con expresión interrogante al retornar al presente.

—¿Entonces, por qué muchos sufren por él, Peter? —amonesté, continuando la charla anterior.

Miré con ojos curiosos a mi amigo. Era demasiado apuesto para ser un cura. Nunca asistí a sus misas, pero creo poder asegurar, que la mayoría de sus fieles eran mujeres.

—Porque lo confunden —remarcó con seriedad.

Me pasé la lengua sobre los labios y meneé la cabeza.

—¿Cómo no hacerlo, Peter?

Cogió su biblia y buscó algo en ella y tras hallarlo, me leyó:

—El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso, ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija en la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta...

Cerró su biblia de golpe y me miró fijo.

—¿Ahora entiendes lo que es el amor, Matt?

Asentí con la cabeza y suspiré sin poder evitarlo.

—Es un tesoro muy bien enterrado y difícil de hallar con una simple pala —contesté caviloso.

Sonrió satisfecho mientras una oleada de frustración se apoderaba de mí.

—¿Por qué tienes tanta certeza, Peter? —rebatí con dureza.

Su expresión se desencajó. La amargura se extendió por su cuerpo y su semblante lo delató. Mi amigo escondía algo, algo realmente delicado.

—Eres un servidor de Dios. El amor que profesas es muy distinto al amor entre un hombre y una mujer —afirmé con ahínco.

Era una pregunta trampa. Pero él era demasiado listo para caer en ella. Miró el Jesús de piedra con veneración.

—¿Peter?

Algo pasó en aquellas tierras coloridas y fragorosas, algo que evidentemente jamás me contaría.

—Hay certezas difíciles de explicar, Matt.

Decidí enfrentarlo.

—Jamás me confesarás tu secreto ¿no?

Sus mejillas rubicundas se sonrojaron.

—Dios lo conoce y con ello me basta, Matt —remató con firmeza casi con fiereza.

Peter oteó el Jesús de piedra con ojos melancólicos. Lo había traído de Italia y nunca, nunca se despegaba de él. Incluso intenté comprarlo, alegando que cambiaría de posición con respecto a

Dios, pero él se negó sin emitir una sola palabra. Era demasiado cerrado con sus cosas y su silencio era la respuesta más rotunda que solía darme, cuando hacía preguntas difíciles de contestar.

—Todos tenemos un secreto inconfesable —dije resignado y él me miró con un dolor desgarrador.

Silencio sepulcral.

—El día que encuentres una mujer que te inspire llevarla a aquel sitio mágico donde fuiste tan feliz —pasó a otro tema al tiempo que se arreglaba la sotana—, ese día sabré que Dios me ha concedido mi petición diaria.

Mis ojos se encontraron de golpe con los de él.

—¿Eso pides?

Asintió.

—Nunca lo has vivido, Matt. Y ese tipo de amor sana las almas, no llenará el vacío, es verdad, pero te cicatrizará las heridas más profundas de tu ser.

Le miré conmovido y algo susceptible.

—¿Por qué pierdes tu tiempo conmigo, amigo?

Esbozó una sonrisa casi imperceptible en sus labios.

—Porque eres la oveja perdida que él —empinó su dedo índice hacia arriba— perdió, y yo te encontré justo a tiempo de que los lobos te devoraran.

Los lobos eran Albert y mis amigas de turno.

—Gracias, hermano —expuse sobrecogido.

Peter cogió mi rostro entre sus manos y me miró con magnitud. Me estremecí.

—Puede que tú no creas en él —dijo con fervor—, pero él, sí cree en ti, Matt.

—Uhm.

Me guiñó un ojo en señal de complicidad y se apartó para colocarse su estola.

—¿No asistirás a la misa, Matt?

Una mueca de espanto se estampó en mi cara.

—Asistiré a una misa celebrada por ti el día de mi boda, antes no —bromeé.

Peter se aclaró la garganta.

—¿Sabes cuántas almas femeninas pecan por tu culpa, Peter?

Me miró con expresión desorientada, como si acabara de hablarle en chino.

—No comprendo, Matt.

Peter comprendía muy bien mi alusión, era demasiado listo e intuitivo para ello.

—Ajá —dije sonriendo con picardía y él resopló hastiado.

Durante la adolescencia y la juventud embelesó a miles de mujeres, pero ninguna logró conquistar su corazón ferviente. Miré la estatua de piedra, excepto la mujer de Italia.

—Gracias por tu generosa donación, Matt —me dijo y zanjó el tema anterior con llave de oro.

—Es un verdadero placer, Peter.

Siempre me preguntaba, ¿hasta dónde llegó mi amigo con la italiana? ¿Por qué vino tan triste de aquel país? ¿Era definitiva su decisión? ¿Volvió para verla? ¿La echaba en falta? ¿La amaba?

—¿Te han servido las zapatillas deportivas? —le pregunté de un instante a otro rompiendo con el clima tenso que se había instalado en la habitación.

Peter amaba los deportes tanto como yo.

—Estaban perfectos, ya los estrené estos días —me indicó con la cabeza—. ¡Gracias!

Miré complacido las mismas. Sus anteriores zapatillas daban pena.

—¿Sigues corriendo, Matt?

Bebí un sorbo de agua.

—Haga sol o lluvia —respondí orgulloso.

Peter sonrió condescendiente. Aprendí a amar los deportes con él.

—La feria de comidas será este domingo, en la plaza de la esquina —me invitó y decliné su oferta con una sonrisa mordaz.

—Nos vemos, Peter.

Él me persignó como de costumbre.

♪*Fallen - Sarah McLachlan*♪

Caminé hacia la parte trasera de la iglesia, donde yacía una vieja y relegada capilla medieval. Me adentré en ella, curioso y algo fascinado. Aquellos escombros eran muy parecidos a mí.

Cuando cruzaba el recinto olvidado, me encontré de cara con la chica de horas atrás, «el ángel de las alas abiertas», en compañía de Pamela, que saltó de sus brazos al verme. La gata de mi amigo dio varias vueltas a mi alrededor. La ignoré por completo, no por maldad, sino porque aquella joven me tenía embrujado y mal podía respirar.

Nos miramos fijo por unos instantes eternos.

—Perdona, no quise asustarla —me disculpé algo azorado.

Su dulce y pecaminoso olor me hechizó. ¿Olía a fresa o a frambuesa?

—Está bien, señor —musitó y se apartó de mí.

Era menuda y bastante exótica. No era la típica chica por la que darías un año de tu vida para salir con ella, no, ella era distinta, era especial, enigmática, celestial. Su cercanía alteraba mi pecho y no mi entrepierna.

—Soy Matt Caffrey —me presenté y ella parpadeó varias veces.

Tenía un rostro hermoso, adornado por una nariz pequeña, labios en forma de corazón, ojos expresivos, piel blanca y un cuerpo muy frágil.

—Soy Lizzy Smith —dijo, mirándome con timidez y arrebató a la vez.

Su larga melena se desordenó, cuando una brisa impetuosa irrumpió el recinto de piedras. Sus ojos negros se dilataron de un modo muy extraño, como si de pronto me observara otra mujer y no ella misma.

—Tus ojos —murmullé extrañado.

Ella desvió la mirada de manera vertiginosa.

—Permiso —me dijo al percibir mi escrutinio un tanto invasivo—. Adiós —masculló y se alejó.

—Adiós —le respondí apenado, como si acabara de despedirme de una amiga de toda la vida.

Giré trepidante y lancé una invitación al azar.

—¿Tomarías un café, conmigo? —me aventuré.

Ella se detuvo a medio andar.

—Gracias —rechazó amablemente mi oferta antes de salir del lugar.

«Lizzy» repetí como un idiota encantado. Cruzó la calle minutos después, portando con ella un bolso de costado. Entró en la confitería «Amor» que se encontraba frente a la iglesia.

«Qué nombre más propicio», pensé aturdido con mi propia afirmación.

Creo que andaba viendo demasiadas películas tontas con Allegra.

Una idea brillante iluminó mi cerebro.

—Iré a la confitería —me dije resolutivo.

¿Qué diantre digo? ¿Serán los efectos del nuevo medicamento? ¿Era el efecto colateral del que me había hablado mi psiquiatra?



Mi móvil timbró, era un audio de WhatsApp de Allegra.

«Matt, te necesito, te necesito», decía ella entre sollozos.

Puse mis ojos en blanco al oír su mensaje de voz, o su lamento virtual. Llevaba días enviándome mensajes depresivos como éste.

«Te amo, Matt».

Hice una mueca de fastidio.

—¡Joder! —dije molesto.

No pude evitar volver a pensar cómo una mujer en su sano juicio se enamoraría de alguien como yo. Hice una pausa mental y me autocorregí:

—Allegra era todo, menos juiciosa.

«Lizzy».

Me dirigí a la confitería tras los pasos de Lizzy.

Lizzy

## Lizzy y sus demonios

♪In the arms of an angel – Sarah McLachlan♪

«La tristeza era tan intensa como la alegría, pero mucho más duradera que ella. Las lágrimas dejan huellas más profundas que las sonrisas. Era más fácil olvidar un instante feliz que uno triste», pensé ensombrecida, sentada sobre el viejo alfêizar con las piernas dobladas a la altura de mis pechos.

Estaba absorta en mis pensamientos más renegridos y pesarosos. ¿Conocen la telenovela brasilera «El viaje»? Era una novela dramática del año 1994, que hablaba sobre el bien y el mal; el cielo y el infierno; el amor y el odio; la venganza y el perdón. La vi cuando era una adolescente con mi madre, antes de que el ogro llegara a nuestra casa y destruyera la calma.

Tenía sus ventajas hablar italiano, ya que mi madre era italiana. La novela la pasaron por el canal RAI en aquel entonces. Mi padre odiaba el canal y también a los italianos.

—Eres idéntica a tu madre —decía con desdén y rencor—. De alemana nada.

Era un cabrón.

Un xenofóbico.

Un insensible.

Había un tema muy triste que nunca logré olvidar en todos estos años y hoy, por fortuna estaba disponible en *YouTube*.

Desde pequeña me gustaba pensar con un fondo musical desgarrador. Una costumbre que adquirí para camuflar los gritos de dolor de mi madre, mientras mi padre la golpeaba duramente.

Una lágrima se me escapó del ojo derecho, fue inevitable.

¿Existía en verdad, un cielo y un infierno tras la muerte?, ¿Dios me perdonará por la decisión que había tomado hacía unos días?, ¿dónde había estado mientras aquel hombre que me dio la vida también me la quitaba?, ¿dónde había ido mi padre?, ¿al infierno?, ¿o su atroz asesinato había sido su única condena?, ¿y mi madre?, ¿estaría en el purgatorio?

Un recuerdo oscuro se coló en medio de mis dudas.

—¿Por qué, madre?! ¿Por qué no me defendiste con tus uñas y dientes de aquel hombre?! —le grité dos días antes de su partida.

—Lizzy —lloraba con amargura en su lecho de muerte.

Mis pupilas se oscurecieron. El corazón me latía con fuerza.

—¿Él era mi padre? —pregunté temblando y ella asintió con las pocas fuerzas que aún tenía.

Sollocé con desconsuelo. Enterrando la esperanza de que aquel monstruo no fuera mi padre.

—Perdóname, hija —jadeó y yo la abracé.

—Perdónate tú primero, madre.

—Lizzy...

Nuestros cuerpos vibraron con cada sollozo que se nos escapaba. La culpa estrujaba sus entrañas con la misma crueldad que su enfermedad.

—Yo te he perdonado hace tiempo —le dije, con toda la sinceridad que albergaba mi corazón.

—Lo siento, hija —gimió entre mis brazos.

Mi madre murió sin perdonarse.

Escuché unos pasos y volví al presente de golpe. Me incorporé de un salto con Pamela entre brazos y decidí marcharme del lugar.

Era algo antisocial.

En el camino me encontré con el hombre de la belleza sobrehumana de horas atrás. Me asusté en un primer momento y creo que Pamela también, ya que salió volando de mis brazos.

Nos miramos con atención por unos instantes que parecieron eternos. Él se presentó y luego yo.

«Matt», repetí mentalmente.

Su cercanía alteró los latidos de mi corazón y también mi sanidad mental.

—Tus ojos —dijo Matt y desvié la mirada súbitamente.

Alguien empezó a vocear en mi cabeza, pedía ayuda a gritos, era mi otra yo. Di un leve respingo, y me despedí de aquel hombre cautivante de manera apresurada casi grosera. Antes de cruzar la puerta, él me invitó para tomar un café, pero decliné su oferta con cordialidad.

«Necesito tomar mis pastillas, o ella retornará y hará de las suyas, como siempre», farfullé al borde de un ataque de pánico.

Bebí nerviosa un vaso de agua, temblando como una hoja en medio de un vendaval. Recé para que ella no lograra cruzar la línea entre su mundo y el mío. La calma me envolvió segundos después y un suspiro de alivio se me escapó de los labios.

Ella dejó de gritar y yo volví a respirar con normalidad.

—Debo comprar una tarta —me susurré alarmada al visualizar mi reloj de pulsera.

«Matt. Matt. Matt». El nombre del ángel o demonio, resonaba en mi cabeza como un eco eterno.

Cogí mi ajado bolso. Crucé la calle a toda prisa y entré en la confitería «Amor» con el pecho agitado, como si acabara de correr varios kilómetros seguidos.

—Buenas tardes —me saludó la empleada del local con una sonrisa amena—. ¿Desea algo?

Solté de un soplo el aire que retenía en mis pulmones.

—Hola, quiero una tarta de chocolate de un kilo —le dije jadeando, no podía comprar más que eso.

Ella, amablemente, me pidió que esperara unos minutos.

—¿Algún mensaje especial? —me preguntó sonriendo.

Medité unos segundos antes de responderle. Pensé en «Vete a la mierda», «Un año infeliz», «La vida es una tortura», «Es mi último cumpleaños», «Descansa en paz».

—Felicidades —le respondí tras analizar mis opciones.

Me estremecí de pronto, al sentir el aroma penetrante y seductor de un perfume masculino nada ajeno a mis fosas nasales.

«Matt».

—¿Alguien está de cumpleaños? —me preguntó dulcemente a mis espaldas.

Giré sobre mis talones y clavé mis ojos huidizos en los suyos.

—Yo —expuse sin vacilar y me maldije mentalmente.

Matt me miró con ternura y conmoción a la vez.

—¡Felicidades, Lizzy! —exclamó entusiasmado y me dio dos besos, como si fuéramos amigos de toda la vida.

Era extraño, pero sentía conocerlo de siempre. Quizá de alguna otra vida.

Temblé. Suspiré. Gemí.

Aquel hombre de belleza arrebatadora me hacía sentir mil cosas con tan sólo estar cerca de mí.

—Gracias —balbucí ruborizada como un tomate.

Me miró con insistencia y me dejó aún más angustiada. Mis manos comenzaron a sudar, y mi pulso se aceleró a niveles insoportables. La cabeza me palpitaba y la sangre me bullía de arriba

abajo.

Me mareé.

Temblé.

Me alteré.

Sentía hormigueos en las palmas.

Quería vomitar.

No podía respirar.

La otra volvió a gritar a voz en cuello dentro de mi cabeza.

«Calla, maldita», le ordené, pero ella continuaba bramando, cada vez con más ahínco. Hacía días que consumía sólo la mitad de cada pastilla, el dinero no me alcanzaba para comprarlas este mes y debía reducir la dosis.

Creo que fue un grave error.

Un terrible error.

Un imperdonable error.

—¿Se siente bien, Lizzy? —demandó Matt y me dirigió una mirada inquisitoria.

Di un leve brinco como si acabara de despertarme de alguna pesadilla.

—Sí —mentí.

Matt estudió mi rostro detenidamente. Su rostro perfecto me hechizaba y mal podía desviar la mirada. Estaba nerviosa y embrujada a la vez.

—Aquí tienes —dijo la dependienta y me estiró mi pequeño pastel, envuelto en un delicado papel con el eslogan del local.

—Gracias, señorita —aduje y retiré unos billetes de mi bolso.

—Lo pagaré yo —se ofreció Matt entusiasmado, sacando su cartera tras ello.

Su cartera de cuero valía más que mi casa. Le miré con falso disgusto.

—No se moleste —gruñí sin querer.

—Es un placer —matizó y sonrió.

«Madre mía, era aún más hermosos cuando sonreía».

Reprimí mi enfado y adopté un tono razonable.

—No se moleste —expuse sin mucha convicción.

Matt sacó unos billetes generosos de su billetera de cuero. Jamás había visto tanto dinero y tantas tarjetas en mi vida. Rico, atento y hermoso, el sueño de toda mujer.

—Insisto —señaló y decidí aceptar su oferta, el orgullo se callaba cuando la necesidad comandaba tu vida.

Me oteó con magnitud y me quedé sin aire en los pulmones.

—Gracias —insté antes de coger la tarta.

Matt y yo intercambiamos una mirada fugaz antes de que cruzara la puerta principal. Me detuve y lo miré por última vez, quizá jamás volvería a verlo en esta vida.

«Adiós», musité para mí misma.

—De nada —escuché que dijo a lo lejos—. ¿Me preparas una tarta de chocolate? —demandó con cortesía.

Quizá era para su esposa y sus hijos.

♪Crazy in love - Sofia Karlberg♪

Llegué media hora después a casa. Hanna había comprado hamburguesas y una botella de vino.

—Hola, amiga —me saludó.

Acababa de salir del cuarto de baño enfundada en una bata y con una toalla enroscada en la

cabeza, ambas de color rosa claro. En casa era ella misma, una mujer cursi y enamorada de las películas románticas.

—¡Felicidades otra vez mi hermosa novia cadáver! —clamó y me abrazó con afecto. Olía a fresas—. Compré hamburguesas de pollo y ensalada César —anunció sonriendo—. Y, además —hizo una pausa expectante—: Te compré esto —me estiró el libro «Yo antes de ti», de Jojo Moyes.

La miré conmovida hasta el alma y la estreché con fuerza.

—Te quiero, Hanna.

Un gemido se le escapó.

—Y yo a ti, flacucha. No soy a favor de los finales tristes, pero hoy es tu día y opté por tus gustos y no los míos.

—Gracias —farfullé al borde las lágrimas.

Hanna soltó un chillido de placer que me estremeció desde la punta de los pies hasta la cabeza.

—He traído la tarta —apremié con la voz entrecortada por la emoción.

Hanna revisó el paquete y asintió satisfecha al ver el sabor elegido por mí.

—¡He comprado el DVD de 50 sombras de Grey! —señaló eufórica, como si aquello fuera lo mejor del mundo.

Hice una mueca de espanto e incredulidad a la vez.

—¡No me mires como si acabara de asesinar a un oso panda, Lizzy!

Lo vimos en el cine cuando se estrenó. ¿Por qué torturarme dos veces? ¡Y en mi cumpleaños!

—¿Has comprado las fustas también? —bromeé y ella rio de buena gana.

—¡No! ¡Solo las esposas! —satirizó y yo me limité a sonreír.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, como si la sangre bombeara por sus cuatro cavidades al mismo tiempo.

—Uhm —dije algo nerviosa—. Me ducharé —acoté, y me metí a mi cuarto a toda prisa.

—¡No tardes! —gritó—. También compré «Jamás besada», mi película favorita en todo el mundo—. Ah, por cierto, en los supermercados «Aldi» están buscando cajas.

—¡Genial! —proferí, sin darle mucha importancia.

Me desnudé lentamente. La canción «Crazy in love» versión Sofia Karlberg sonaba en mi móvil. Su voz me estremeció.

—Dios, no la dejes huir —supliqué al tiempo que cruzaba la puerta del cuarto de baño.

Me duché con agua helada, intentando relajar a la fiera que yacía dentro de mí. El corazón me golpeaba con fuerza contra las costillas al tiempo que un helado escalo frío me recorría la espalda.

—No, no —repetí exhausta, como si acabara de correr diez kilómetros sin parar.

Salí de la bañera jadeando y me enjuagué perezosamente con la toalla. Limpié el vaho del espejo y me miré fijo en él.

—No —resoplé con los ojos muy dilatados.

Mi otra yo había huido de su mazmorra.

«Lena», susurré y una sonrisa diabólica curvó mis labios.

*Matt*

# El cielo y el infierno

♪ Canon in D - Pachelbel ♪

«La felicidad es saludable para los cuerpos, pero es la pena lo que desarrolla las fuerzas del espíritu», dijo un novelista francés llamado Marcel Proust. Debo reconocer que tenía razón, a medias, evidentemente.

«La pena puede desarrollar tu espíritu, sin embargo, endurecía tu corazón», reflexioné mientras cruzaba la calle, rumbo a la confitería donde estaba el ángel triste.

La composición de Pachelbel «Canon in D» irrumpió mi mente, como una banda sonora ante mi acto un tanto inusual y desconcertante. Nunca fui espontáneo. No aprendí a serlo, pues mis padres siempre me reprendían. Era un niño educado, callado y obediente, que lloraba todas las noches a escondidas, bajo sus caras y finas sábanas de seda.

Lloraba por el maltrato.

Lloraba por el dolor.

Lloraba por los abusos.

Lloraba por la indiferencia.

Lloraba por la inmensa soledad.

Pobre niño rico decía una cocinera, una dulce mujer llamada Margarita, a quien quise mucho. Ella siempre me preparaba chocolate caliente con malvaviscos tras arribar de la escuela. En ese lapso me contaba algunos cuentos que inventaba mientras preparaba la cena de mis padres.

«Había una vez un hermoso niño de pelo castaño, piel blanca como la nieve y ojos azules intenso, que vivía en un bosque encantado, donde las hadas y los duendes jugaban con él mientras todos dormían en la ciudad...», decía Margarita con voz misteriosa entretanto cortaba las verduras sobre la tabla de picar carne.

De ahí nació mi fascinación por aquel bosque perdido en medio de la ciudad grande. Podía parecer estúpido, pero durante mucho tiempo busqué a los duendes y las hadas, incluso de adulto. Con el tiempo comprendí que los duendes y las hadas eran aquellas personas mágicas que aparecían en tu vida para colorear un poco tu cielo gris.

Margarita fue despedida el día que mi nana inventó una mentira en su contra. Mi padre la echó sin contemplaciones. Ella se despidió de mí llorando y me regaló un duende de porcelana que cargaba a una hada sobre sus espaldas.

—No quiero que te vayas, Maggi —le imploré bajo el árbol de castaño de mi suntuoso jardín.

Ella me secó las lágrimas con un pañuelo que olía a jazmines.

—Ellos siempre estarán contigo, Matt —me dijo sollozando ese último día que la vi.

Margarita fue una de las pocas personas que realmente me había querido a mí, a Matt Caffrey, no al millonario.

Habían pasado más de veinticinco años desde entonces, y la imagen que me regaló continuaba conmigo hasta hoy en día.

Ralentice mis pasos frente a la confitería donde estaba Lizzy. La miré de pies a cabeza, sintiéndome como un adolescente en su primera cita.

«¿Qué mierda me estaba pasando?».

Mientras averiguaba, entré.

La encargada me comió con los ojos desde el momento que ingresé en el local. Me miraba del mismo modo que yo oteaba a Lizzy. Con deseo y fascinación.

«Eres un maldito cerdo», me dije, enfurruñado conmigo mismo.

—Felicidades —esgrimió Lizzy con timidez.

Descubrí que era su cumpleaños. Le felicité y le di dos besos, genuinamente auténticos, no como me había ocurrido con Olga horas atrás.

El perfume frutal de Lizzy, me envolvió y me hizo suspirar en un acto reflejo. Aquella joven triste y menuda me conmovía profundamente y eso era algo realmente insólito.

—Gracias —me dijo cohibida y quise abrazarla.

«¿Qué coña estoy diciendo?».

Me ofrecí para pagar su pastel y ella se enfadó en un primer momento, pero luego aceptó mi oferta, por lo que intuí que debía estar corta de dinero. La verdad me bastaba con analizar sus ropas para comprobar mis sospechas.

—¿Se siente bien? —volví a preguntar y ella volvió a negar con su cabeza.

Estaba muy nerviosa y muy triste. ¿Sabía ella que su rostro reflejaba cada uno de sus sentimientos?

—Gracias —musitó y salió del local a toda prisa.

Me hubiera gustado acercarla a su casa, pero creo que allí la esperaban su marido y su hija, al menos eso deduje por la muñeca que llevaba en el bolso.

«Lizzy», resoplé alicaído para mis adentros.

Un minuto a su lado me bastó para aliviar un poco la pena que cargaba dentro hacía días. Su presencia fue mucho más efectiva que mis consultas caras con el psiquiatra o sus costosos medicamentos.

—¿Desea algo, señor? —me preguntó la dependienta desvergonzada y me arrancó de mi melancólico trance.

Pedí una tarta de chocolate de dos kilos.

—¿Algún mensaje especial?

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

No lograba conectarme con el mundo.

—Allegra, preciosa —contesté y la mujer parpadeó extrañada—. Es una amiga.

Esbocé una sonrisa inescrutable.

—Estará listo en unos instantes, señor —señaló en tono muy sensual.

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

Me comportaba como un psicópata y no como un depresivo.

—Aquí tiene su pedido, señor.

Me estiró la tarta minutos después y también una tarjeta con su número. La hubiera llevado a mi auto y saciado su curiosidad, pero por alguna razón hoy no me apetecía ser el Matt de siempre.

—Muchas gracias por la preferencia, señor —vocalizó con mucha concupiscencia.

—Adiós —le repliqué y antes de subirme al auto, arrojé su tarjeta en el primer basurero que encontré.

Llegué a mi casa y vi a Allegra enfrente, sentada sobre la acera, llorando con exasperación y amargura.

«¡Joder!», el llanto de una mujer me desarmada.

—¡Matt! —chilló al verme y se lanzó a mis brazos como una niña pequeña.

La canción de Meghan Trainor«All about that bass» sonaba en su móvil. Me preguntaba cuánto tiempo llevaba allí esperándome.

—¡Mi amor! —clamó a voz en cuello.

Su grito despabiló incluso mis neuronas muertas por el exceso de café y alcohol.

—Allegra —musitó y le di unas palmaditas en su espalda.



Ella comenzó a succionar mi cuello, despertando mis demonios más salvajes en pocos segundos. Había una amenaza erótica en su gesto. Contuve el aliento.

—Te he echado en falta —confesó y, acto seguido, me besó con ardor en los labios.

Apreté los dientes y emití un sonido inarticulado.

—Allegra —repetí su nombre y la aparté—. ¿Has bebido?

Ella asintió con energía al tiempo que envolvía mi cuello con sus largos y delgados brazos. Estaba ebria y creo que también drogada, la evidenciaban sus ojos enrojecidos y dilatados.

—Allegra —suspiré derrotado.

Me había prometido días atrás que no se drogaba, pero supongo que la adicción era mala consejera.

—Matt —gimió y tocó mi parte íntima con mucha lascivia—. Necesito sentirte urgentemente —me imploró jadeando y obedecí como siempre.

Nos metimos a mi casa a toda prisa para ducharnos juntos.

—Eres delicioso, Matt —jadeó mientras me succionaba la parte íntima con voracidad—. Tu sabor me enloquece...

La levanté del piso vertiginosamente y la puse de espaldas, antes de estallar en solitario. Allegra gritó de placer con cada embestida recibida. Yo mal pude disfrutar del coito. Estaba allí físicamente, pero desconectado mentalmente.

—¡Eres un dios! —prorrumpió tras el frenesí, antes de retirarse de la bañera.

Me guiñó un ojo en señal de complicidad y me sentí por unos segundos como un vulgar y barato gigoló.

—Gracias —susurré absorto en mis cavilaciones.

Allegra se enjugó con la toalla negra mientras yo seguía bajo la ducha pensativo y distante.

—Muero de hambre —dijo relamiéndose los labios.

No supe interpretar su gesto. ¿Hablaba de comida o de otra cosa?

—¿Te pasa algo, mi amor? —preguntó mientras se pasaba crema hidratante en sus largas y pecosas piernas.

Exhalé una gran bocanada de aire y tragué algo de agua caliente de paso. La maldita tristeza me dejaba sin energías.

—Solo estoy cansado —mentí a medias.

Nos vestimos y vimos una de sus películas favoritas en mi cuarto: «Como si fuese la primera vez».

—Amo la historia de Lucy y Henry —dijo Allegra, al tiempo que comía un trozo del pastel que le había comprado.

La miré de soslayo, llevábamos tiempo juntos, teniendo sexo salvaje y viendo películas tontas. Éramos como una pareja normal, excepto por ciertas excentricidades sexuales.

—Es interesante —manifesté retraído, preguntándome hasta qué punto un hombre era capaz de llegar por amor. Ese Henry hacía de todo por la chica rubia y con problemas de memoria.

«Nunca conociste el amor», me dijo Peter hoy y creo que tenía razón.

Allegra deslizó su mano izquierda sobre mi abdomen.

—Tu cuerpo es perfecto, Matt —susurró sin apartar la vista de la enorme pantalla—. Eres el Grey de la vida real —acotó y no sabía si sentirme lisonjeado o no.

Me temblaron las comisuras ante las escenas cómicas de la película, pero no reí. La pesadumbre que padecía hacía años era bastante autócrata.

—¿Soy tu Anna? —inquirió expectante y con los ojos cubiertos por una fina capa de lágrimas.

Anna, ¿quién se suponía que era?

—Eres mi Allegra —respondí con jovialidad y sus ojos lanzaron un brillo muy peculiar.  
«¡Mierda! Estaba alimentando algo que no era recíproco».

Volteó su rostro y miró la película con atención.

—¿Te gusta esa película, Matt?

Era la primera vez que prestaba atención en una de sus tontas películas de amor.

—No está mal —rebatí enfrascado en mis pensamientos.

Allegra suspiró tan hondo que pensé que me faltaría el aire.

—¿Algún día seré la Lucy de alguien?

Aquella pregunta me era tan difícil como calcular la cantidad de estrellas existentes en el universo.

Me reí de pronto, al ver la escena donde Lucy perseguía al amigo de Henry con un bastón.

—¿Ya me has perdonado, Matt, por el otro día?

Mi sonrisa desapareció al instante y una expresión muy severa se adueñó de mi semblante.

—Allegra, no quiero hablar del tema.

Ella comenzó a acariciarme por sobre el bóxer negro y mi parte íntima se endureció de manera inmediata.

—Es que yo pensé que te gustaría sentir lo que yo siento con cada embestida que recibo en mis orificios íntimos —defendió.

Aquella afirmación no tenía sentido. Me miró con ojos de cordero degollado.

—¿No sientes curiosidad, Matt? Yo había estado con mujeres y no estuvo nada mal.

Evoqué nuestras aventuras indecorosas y el calor abrasó cada recoveco de mi cuerpo.

—Uhm.

—¿Me perdonarás? —preguntó con melosidad al tiempo que besaba mi abdomen.

Allegra se refería al trío que habíamos hecho días atrás, cuando me pidió que el otro hombre me penetrara. Me negué con rotundidad y salí de su casa enfurecido como un huracán. Soy peculiar en la intimidad, pero no cruzo ciertos límites. Ya en el pasado lo han hecho sin mi consentimiento y ese recuerdo doloroso vivía latente dentro de mí. No soy un sadomasoquista sentimental, como para revivirlo y menos por una mera curiosidad de mi amante.

—¿Matt? —susurró sin apartar su mano derecha de mi parte íntima.

Lizzy irrumpió mi mente de repente y su recuerdo me hizo suspirar. ¿Por qué invadió de pronto mis pensamientos?

—Te amo, Matt —me dijo Allegra y me arrancó de mi ensoñación de un sopapo.

Mi expresión se congeló.

—No, Allegra, no me amas.

Ella posó su platito sobre la mesilla de luz.

—¿Por qué no, Matt?

Suspiré profundo antes de replicarle.

—Lo que tenemos es complicidad sexual, no sentimental —convine, pero ella no quedó satisfecha con mi argumento.

—¿Entonces, por qué no consigo arrancarte de mi cabeza y de mi corazón?

De pronto me vi en una encrucijada. ¿Cómo podría yo explicarle algo que no conocía?

—Tú jamás me maltrataste o me insultaste o me measte encima.

Su último comentario me dejó perplejo.

—Y cuando hacemos el amor, me haces gritar de placer y no de dolor, como muchos hombres lo han hecho a lo largo de mis veinticinco años.

Una exhalación larga y sonora agitó mi pecho. Explicarle a Allegra lo que implicaba amar a

una persona, me era tan complejo como la existencia de Dios.

—Además, eres cariñoso tras el clímax y eso es amor para mí —defendió con fervor mientras una lágrima se le colaba entre las pestañas.

Puse mis ojos en blanco y maldije por lo bajo.

—Pero, yo no te... —me detuve antes de terminar mi cruel verdad.

Los ojos de Allegra se nublaron de manera súbita y acto seguido lloró con desconsuelo y amargura.

—Lo siento, preciosa —le consolé, arrepentido ante mi insensibilidad.

—El amor es así de simple y complejo, Matt —gimoteó—. Una se enamora, pero si no puede vivirlo, al menos desea la felicidad de la persona que ama.

La culpa atropelló mi corazón.

—Allegra, lo siento.

Ella se sorbió por la nariz con fuerza.

—Te amo y quiero verte feliz, Matt. Sé que soy algo estúpida...

—No lo eres —le dije con el alma a mis pies.

Allegra acarició mi mentón y disfrutó de su aspereza.

—No conozco tus penas, Matt, pero sé que sufres, que algo te lastima por dentro —la miré apenado y juro por Dios, que casi me rompí a llorar—. Te vi en varias oportunidades bajo la lluvia, llorando con amargura.

Los ojos empezaron a arderme por las lágrimas.

—Me rompe el alma verte o sentirte triste, Matt. Anhele que seas feliz, muy feliz.

Su deseo y su llanto tocaron mi insensible corazón.

—Hazme el amor, Matt —rogó anegada en lágrimas y obedecí sin protestar.

Allegra viajó días después al Caribe y posteó en su Instagram «Te amo, Fred, con todo el corazón». Era una chica enamorada del amor.

Lizzy

♪Disturbed - The sound of silence♪

Abrí mis párpados y observé el lugar con ojos curiosos. Un hombre desnudo me saludó y me guiñó un ojo en señal de complicidad.

Su parte íntima —flácida y peluda— me dio asco.

—Eres adictiva, Lena —me dijo y me enseñó los moratones de su espalda—. Y muy salvaje.

No comprendía nada, no conseguía recordar nada. Mi otra yo había dominado mi mente y había hecho lo de siempre, arruinarme la vida.

—¿Nos vemos por la noche?

Mi corazón latía con fuerza.

—Debo irme —le contesté con un enorme nudo en la garganta.

Me levanté de la cama a toda prisa.

—¡Mi amor! —dijo el extraño y palmeó mi trasero derecho.

«¿Por qué no recuerdo nada?», me preguntaba mientras me vestía.

—Nos vemos hoy —exigió y yo me limité a asentir.

Estaba aterrada.

—¿Vendrás, no?

Su tono amenazante me hizo temblar.

—Sí —mentí.

La noche anterior había comido con Hanna y visto una de sus películas favoritas. Luego, bebimos algo de vino y tras ello, una enorme laguna mental se apoderó de mí.

—¿Lena? —dijo el hombre con rasgos árabes.

—Nos vemos —dije y crucé la puerta como alma que lleva el diablo.

Salí de la casa de aquel extraño, que al parecer me conocía muy bien.

—Hola —me dijo un hombre vestido de negro de pies a cabeza en la escalera.

No le devolví el saludo. Miré hacia atrás y vi como daba una patada feroz a la puerta del departamento del amante de mi otra yo.

¿Quién era aquel hombre?, ¿cómo no lo recordaba?, ¿cómo era eso posible?; ¿cómo olvidar lo vivido?; ¿cómo alguien podía tener dos almas?; ¿cómo?!

Corrí sin parar hasta llegar a mi trabajo que no quedaba tan lejos de allí.

Me arrodillé frente al altar y pedí ayuda a aquel ser que siempre escuchaba a los desesperados.

—Por favor, ten piedad de mí, Señor. Ten piedad de mí —rogué y lloré con desconsuelo.

El dolor tiñó mi ser, como la tinta negra de una pluma derramada sobre un papel impoluto.

—Hola —dijo alguien por detrás de mí y me asustó.

Giré mi rostro anegado en lágrimas y allí estaba Matt, estirándome un pañuelo de seda que olía a él.

—¿Por qué lloras, Lizzy? —preguntó apenado.

«¿Recordaba mi nombre?». Su pregunta me enterneció tanto como su tierno y gentil gesto.

—Las lágrimas son la sangre del alma —le respondí.

Matt me secó una lágrima solitaria con el pulgar derecho, sin apartar la vista de mi rostro. Su simple roce aceleró los latidos de mi corazón.

—San Agustín sabía lo que decía —repuso y me robó un suspiro de admiración.

«¿Era él, la respuesta de Dios a mis penas?». Lo miré de pies a cabeza y negué con un cabeceo. Un hombre como Matt, jamás se fijaría en una muerta de hambre como yo.

Su pregunta me devolvió al presente.

—¿Aceptarías tomar un café conmigo, Lizzy? —me demandó estirándome su perfecta e

impoluta mano derecha.

—Me encantaría —respondí, con la voz entrecortada.

Cogí su mano con recelos.

Matt y yo nos miramos con intensidad por varios segundos, de manos dadas enfrente de aquel ser omnipotente al que muchos adoraban y otros renegaban.

—No llores —me pidió con voz melosa.

Una sonrisa bobalicona imperó en mis labios y las lágrimas se disiparon, al menos por hoy.



*Matt*

# Beso y alma

♪1.000 oceans – Tori Amos♪

Alexandre Dumas dijo una vez: «*La mujer es como una buena taza de café, la primera vez que se toma no deja dormir*», este genio de la literatura francesa tenía razón. Aunque, en mi caso, el efecto fue haberlo bebido por primera vez con Lizzy, días atrás, cuando la pena la ahogó por completo.

—¿Conoces la canción «1.000 océanos» de Tori Amos? —me preguntó tras sorber un trago de su café.

Descendí mi taza y la miré con obstinación. Era tan hermosa, que la miraría por horas sin hartarme. Podía fingir ir al servicio y googlear el nombre de la canción que mencionó para impresionarla, pero mirarla me impedía de hacerlo.

—No —confesé con sinceridad.

Parpadeó tres veces seguidos, resaltando el brillo indecible de sus bellos ojos oscuros.

—Es una canción muy emotiva —dijo ruborizada como una deliciosa y salvaje fresa del bosque.

La curiosidad me asaltó.

—¿Es alegre o triste, Lizzy?

Una mueca de agobio se coló en su rostro y supe al instante cual era la respuesta.

—Triste —siseó apenada.

Posé mi mano derecha sobre la suya y no conseguí articular una sola palabra, no era necesario. Nuestras miradas lo hicieron por nuestras bocas.

♪Only time - Enya♪

El día estaba precioso y decidí ir al dichoso evento organizado por Peter y su iglesia. En realidad, iba por un motivo camuflado, quería volver a encontrarme con Lizzy, la chica de la mirada melancólica. ¿Motivo? Mi alma la echaba en falta. Era ridículo, pero desde que la había visto, sentía que la conocía de algún lugar, de algún tiempo, de alguna vida pasada.

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

—Iré a la feria, Peter —le comuniqué el domingo por la mañana tras la misa.

Me miró de un modo muy extraño, como si acabara de ver al mismísimo Jesucristo.

«No blasfemes, Matt», me dijo mi cerebro con fastidio.

—¿Vendrás? —resopló Peter con incredulidad—. ¿A qué se debe el cambio?

«Lizzy, tu limpiadora».

—Curiosidad —contesté y esboqué una sonrisa para acentuar mi respuesta nada sincera.

Observé ensimismado a través de su ventana, el hermoso horizonte rasgado por los rayos del rey diurno aquel maravilloso día.

—Habrás rueda gigante ¿no?

Mi amigo no comprendió mi pregunta y su mueca lo delató.

—Por si necesito arrojarme al vacío —mofé y él me dio un sermón de media hora.

Tomé nota mental: «No hacer chistes suicidas con Peter. Nunca más».

—Nos vemos —insté tras beber el último sorbo del café consagrado.

Él continuó refunfuñando algo en latín. Creo fehacientemente que me estaba exorcizando cada vez que podía. La próxima vez giraré mi cabeza al estilo de la niña de «El exorcista», solo espero



no llevar mi traje más caro a la hora de vomitarle en la cara.

—Hasta pronto —me dijo y me santiguó, como siempre.

«Lizzy», farfullé para mis adentros, al cruzar la puerta del cuarto minúsculo de mi amigo. «Necesito verla, aunque sea de lejos».

Solía venir a misa los domingos, me dijo el otro día mientras bebíamos café en la cafetería de la esquina.

♪Heart door -Paula Cole♪

Entré a la iglesia y la vi arrodillada frente al altar. La miré con devoción por unos segundos y, antes de cruzar la puerta principal, cogí una rosa blanca del jardín.

—No me castigarás por esto ¿sí? —pregunté al amo del cielo antes de arrancar la flor.

Para un ateo como yo, conversaba demasiado con Dios estos últimos días.

Lizzy estaba sollozando, como días atrás. Decidí acercarme y saludarla. Ella giró su rostro anegado en lágrimas y me miró amedrentada, como un animalito salvaje que huía de los humanos crueles que anhelaban su carne y su piel como trofeos.

—Hola —le dije algo intimidado.

Mi corazón se encogió y una sensación de vacío se apoderó de mi estómago. Jamás había sentido aquello, ni siquiera por Ariel, La Sirenita, mi primer amor.

«A veces pienso cosas realmente estúpidas», me reproché segundos después.

—Hola —me respondió en tono vago.

Nos miramos con profundidad.

—¿Aceptarías tomar otro café conmigo, Lizzy?

Ella aceptó mi invitación tras secarse la frente con el dorso de su mano derecha.

Retiré mi pañuelo de seda de color blanco y le estiré. Ella cogió con manos temblorosas y acto seguido se enjugó la frente con él.

—¿Estás bien, Lizzy?

Me miró sorprendida y yo la miré pesaroso.

—¿Recuerda mi nombre?

Asentí con la cabeza.

—Siempre recuerdo las cosas importantes —le respondí sin la mínima intención de coquetear con ella—. Para ti —le dije a continuación y le estiré la flor sagrada/robada/prestada/donada.

Lizzy la cogió emocionada y su expresión la denunció.

—Llámame, Matt —pedí.

Un rubor casi granate tiñó sus mejillas.

—Gracias, Matt.

La carne se me puso de gallina al oír mi nombre en sus labios de miel. Jamás me había pasado antes de ella, ni siquiera con Ariel.

«¿Quieres dejar de mencionar a, Ariel?», me reprendí con severidad.

—No es nada —le dije.

Nos marchamos a la misma cafetería del otro día, a dos manzanas de la iglesia. Jamás había estado en un lugar remotamente similar y nunca había bebido un café con una extraña que apenas conocía.

La voz de mi padre penetró mi mente en ese preciso instante: «Me das asco hijo, bebiendo café con una indigente». Lo expulsé de mi mente de un cabeceo.

Lizzy era la chica de la limpieza. La chica pobre que fregaba los pisos sagrados de una iglesia de barrio. La chica rara que escondía algo, que yo anhelaba descubrir con vesania.

—¿Usted es amigo del padre Peter?

Su pregunta me devolvió al presente. Quise decirle que sí, que Peter era mi amigo, pero mentiría, porque él en realidad era mi ángel de la guarda.

—Matt —le corregí y ella asintió sonrojada como una fresa —. Algo así —respondí a su pregunta anterior y ella me regaló una sonrisa afable.

Aquello era muy buena señal. Aproveché la ocasión para averiguar el motivo de su desazón.

—¿Por qué llorabas, Lizzy?

Ella bebió un sorbo de su café antes de responderme.

—Porque lo necesitaba —contestó con tristeza lacerante.

Quise abrazarla. Quise coger sus manos. Quise besarla.

—Llorar ayuda —mascullé sin mucha convicción.

Recordé mi extraño y habitual ritual de autoflagelación estos últimos días: bajar al sótano, encerrarme en él y llorar en aquella vieja y olvidada cama de madera medieval. Debí haberme librado de ella hace tiempo, pero no lo hice y no sabía muy bien por qué.

—Debo irme, señor —me dijo de pronto y lamenté su decisión.

—Matt —le volví a corregir.

Ella esbozó una sonrisa realmente preciosa.

—Matt —repitió sin abandonar su sonrisa hechizante.

Hice una mueca dubitativa.

—¿Trabajas los domingos?

Se rascó el puente de su pequeña nariz.

—Solo hoy, mañana tengo el día libre.

Una alarma se encendió en alguna parte de mi cerebro.

—¿Puedo ayudarte con tu labor? —lancé sin saber por qué lo hacía.

Lizzy frunció su entrecejo sorprendida.

—¿Usted sabe limpiar?

Entorné con exageración los ojos y solté un silbido de indignación.

—¿Perdona? —repliqué disgustado.

Me sentí profundamente ofendido y tomé aquello como un reto. Fuimos a la iglesia y me puse a trabajar, demostrándole que era un desastre como ella supuso desde el inicio.

Lizzy emitió una suave carcajada al verme empapado en sudor y sucio como un mendigo, tras asear el balcón del coro.

Bajé y me acerqué a ella.

—¡Esto lleva tiempo sin ver agua y jabón! —me quejé y me quité el suéter azul que llevaba puesto.

Lizzy dejó de reírse y me miró encandilada por varios segundos. Me ruboricé como una grana. ¿Matt Caffrey intimidado por una mujer? ¡Eso sí era un milagro!

—Estaba realmente sucio el balcón —me dijo, sin lograr apartar la vista de mi torso desnudo y sudado.

Su mirada inocente, pero atrevida al tiempo agitó mi corazón con brusquedad.

—Pues ahora está muy limpio —susurré acoquinado.

Lizzy deslizó su dedo índice derecho sobre mi pectoral izquierdo, erizándome toda la piel con su caricia inocua e inesperada.

—¿Eres deportista? —me preguntó con timidez y asentí con un leve cabeceo, reclinando mi cabeza lentamente—. Tu cuerpo es inmejorable —susurró sin apartar los ojos de los míos.

—Lizzy —farfullé embrujado a punto de probar sus labios.

Alguien tosió con fuerza por detrás de ambos y nos arrancó de aquel delicioso y pecaminoso

momento.

—Debemos continuar —masculló ella y yo me limité a asentir.

La mujer regordeta y canosa me miró con desaprobación.

—Desvergonzados —siseó y me puse mi suéter con rapidez.

Lizzy me sonrió desde su sitio y yo me limité a devolverle la sonrisa, imaginándome cómo sería el sabor de sus labios.

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

Limpiamos la iglesia en silencio y, tras ello, fuimos a la confitería de enfrente, «Amor», donde compramos algunos dulces, ella estaba hambrienta y yo también.

—¿Eres ítal/a/alemana? —le demandé tras pagar los dulces.

La dependienta miró con desdén a Lizzy y juro por Dios, que quise reprenderla.

—¿Quieres algo más, Lizzy?

Meditó bastante, tenía vergüenza de emitir su deseo, hasta que le animé. Pidió algunas galletas de chocolate para llevar.

—Mi mejor amiga y yo amamos esos dulces —dijo sonrojada.

Probé uno y comprendí porqué eran sus favoritos.

—Prueba el de vainilla —me ordenó—. Es mi favorita.

Su mirada se endureció y la piel se me erizó.

—Es más suave —acotó desviando la mirada.

Cogí una galleta y lo devoré. Solté un gemido de placer al deleitarlo.

—Es igualmente exquisito —dije y sus ojos recobraron su brillo natural.

La dependienta carraspeó y nos arrancó de nuestro flirteo silencioso.

—Gracias por la preferencia —dijo con voz apática.

Lizzy cogió una galleta y lo devoró con voracidad.

—Mi madre nació aquí, meses después de que toda su familia se mudara. Pero nunca olvidó sus raíces —prosiguió nuestra charla anterior.

La miré concentrado.

—Eso explica tu belleza exótica —le dije con sinceridad.

Lizzy se sonrojó y desvió la mirada de golpe, como siempre.

—Yo soy inglés/alemán.

Volvió a mirarme.

—¿Ah, sí?

—Mi padre era inglés y mi madre alemana. Se conocieron en Inglaterra, pero decidieron vivir aquí.

—Eso explica tu belleza exuberante —afirmó y nos reímos.

Silencio.

—¿Quieres merendar conmigo y Pamela en la capilla de atrás? —me invitó con timidez.

—¿Habrá Whiskas? —bromeé y ella me dio un ligero golpe en el antebrazo.

—¡Eres muy gracioso!

Abrí mi boca para replicarle, pero mi móvil timbró justo en ese momento.

Era Albert.

—Quizá otro día —cuchicheó Lizzy, con voz entrecortada.

No atendí mi móvil.

—Me encantaría merendar con vosotras dos —le contesté.

Nuestras miradas se entrelazaron en una sola.

—Genial, Matt.

Nos marchamos a su guarida. Le comenté durante el camino que yo también tenía una especie de refugio emocional a unos kilómetros de allí.

—¿Tú tienes un escondrijo? —preguntó mientras tomábamos asiento sobre la vieja ventana de piedras, frente a frente, con Pamela entre los dos.

—Es un bosque misterioso, que cura las almas con su halo mágico —argumenté y me llevé una galleta de vainilla a la boca.

Los ojos de Lizzy brillaron e iluminaron incluso mi oscuridad existencial.

—Quizá un día me lleves allí —dijo arrebolada.

—Será un placer. Jamás llevé a nadie allí, además de Peter —le confesé y ella me miró con admiración.

Nuestros pies se encontraron y el simple contacto nos alteró, nuestros gestos nos delataron.

—¿Vendrás hoy a la feria de comidas? —me demandó vacilante.

Mordí mi labio inferior.

—No me lo perdería por nada del mundo —afirmé, sin desviar la mirada de su hermoso rostro.

En mi vida había visto algo tan perfecto.

En mi vida había deseado tanto a alguien.

En mi vida había sentido esto por nadie.

*♪A thousand Years -Christina Perri♪*

Rebecca y Diana me habían escrito. Llevaban días enviándome mensajes cariñosos y suplicantes. Eran infelices. Me echaban en falta. Yo no. Las ignoré. Hoy tenía un encuentro, con Lizzy.

Nada más me importaba.

Por la noche, me encontraría con ella en la plaza donde se llevaría a cabo la feria de comidas.

—¿Vendrás a mi fiesta? —me preguntó Albert.

El ruido de fondo era infernal. Me acerqué a mi opulento armario y cogí el mando. Pulsé el botón principal y mis ropas comenzaron a moverse frente a mis ojos.

—Tengo un compromiso —le dije mientras elegía una ropa adecuada para el lugar.

—¿Estás de coña, Matt? Lara ha venido por ti —gruñó.

¿Lara?

—Es una reunión muy importante, Albert.

Elegí las ropas que llevaría y cerré mi armario tras ello.

—¡Hace días que me ignoras! —se quejó y le prometí subsanar mi falta.

—¡Estoy retrasado! —clamé y colgué.

Llegué media hora antes al lugar, quería saludar a mi amigo y cerciorarme de que no descubriría mi amistad con Lizzy, su limpiadora.

Había un parque de diversiones con varias atracciones y también un circo un tanto destartado.

—¡Buenas noches! —exclamaba con alegría fingida un payaso en la entrada.

Le miré con desdén y resentimiento.

—Odio a los payasos —dije molesto.

Su rostro me recordaba al muñeco payaso que yacía a un costado de mi cuarto, cuando era niño, cuyo semblante taimado y maquillado me observaba divertido aquellas noches morbosas en que mi nana abusaba de mí.

—Hola —me saludó una payasita de unos ocho años.

Sentí ternura por ella y no rabia.

—¿Quieres unos dulces? —preguntó sonriendo y me robó una sonrisa.

Su mirada triste me conmovió profundamente. Siempre sentía lástima por los niños explotados por sus padres. Le di un billete de cien euros y le dije que lo guardara bien. Ella abrió con exageración sus ojos color café.

—¡Gracias!

Su sonrisa candorosa aplacó por unos instantes mi antipatía por los payasos.

—¡Matt! —clamó mi amigo a unos metros, desde su tienda sagrada.

—Adiós —le dije a la niña.

—Adiós —musitó y se alejó.

Saludé a Peter, que como de costumbre, estaba rodeado por mujeres. Eché un vistazo a su tienda de chucherías y sus fieles me echaron el ojo a mí. Me miraron como unas diabéticas en abstinencia.

—No ha restado mucho —dijo Peter y me enseñó el lugar casi vacío.

A pesar de su atuendo celestial, mi amigo hechizaba a las mujeres, que embelesadas venderían incluso sus almas por unos instantes de su atención.

—No me sorprende que hayas vendido todo —bromeé y él me dirigió una mirada considerable.

—Matt...

Una risotada se me escapó sin querer.

—¿Es su hermano, padre? —preguntaron sus fieles y me devoraron con los ojos.

Peter se aclaró la garganta intimidado.

—Suerte, amigo —le dije y me alejé, antes de ser engullido por sus admiradoras.

Peter me sonrió.

—Bendiciones, Matt.

—Amén —le dije antes de girar.

Lizzy apareció a las ocho en punto, usando una blusa roja sin hombros y unos vaqueros azules prelavados de cadera. Su larga melena caía suelta por su espalda y olía muy bien, maravillosamente bien. Yo opté por una camiseta negra cuello redondo, unos vaqueros negros y una chaqueta de algodón también negra.

—Estás hermosa —le dije y ella se ruborizó de manera evidente.

Sus largas pestañas resaltaron el brillo de sus expresivos ojos oscuros.

—Gracias, Matt.

Parecíamos dos adolescentes en su primera cita. Yo tenía las manos metidas en mis bolsillos y ella entrelazadas sobre su vientre. Solo faltaba matar hormigas imaginarias con la punta de los pies. El aire olía a palomitas azucaradas, a café humeante y salchicha a la brasa. Miré a un costado y una brillante idea nació en mi cabeza.

—¿Jugamos? —la desafié.

Me miró con expresión taimada y no pude evitar reírme. Achinó los ojos con expresión seria, robándome otra risa.

—¿Me estás retando o preguntando?

Fingí meditar.

—Desafiando.

Ella rio con todo su corazón y yo terminé riéndome con ella.

—Acepto —retrucó altiva y quise morderle los labios ligeramente fruncidos.

Nos acercamos a una tienda de tiros al blanco, ella no acertó ninguno, mientras que yo acerté todos. Debí confesarle que practicaba tenis, esgrima y tiro al blanco, pero decidí no estropear

aquel momento mágico.

—¿Qué quieres de premio? —me preguntó el dueño de la tienda.

Lizzy miraba con ojos soñadores una muñeca de trapo y supe al instante lo que quería como premio.

—La muñeca, esa de pelo negro —dije a continuación y ella no pudo esconder su alegría.

Jamás conocí una mujer tan dócil y simple como ella, que se alegraba con una muñeca y no con una joya cara como la mayoría de mis amantes. Aunque, debo resaltar que Allegra también solía alegrarse con cosas sin mucho valor.

—Gracias, Matt —susurró con voz temblorosa.

Sus ojos se encapotaron y sentí un enorme deseo de abrazarla.

—Ey, no te pongas triste —le supliqué al tiempo que acariciaba su bello y delicado rostro.

Una lágrima rebosó su ojo derecho.

—Es un regalo maravilloso, Matt.

Acuné su rostro entre mis manos y la miré con magnitud.

—Estar a tu lado es maravilloso —le repliqué y miré con insistencia su pequeña boca.

—Matt —vocalizó con los labios y agitó mi corazón.

Nervioso, tomé aire y enredé mis dedos en su negra cabellera sin desviar la mirada de sus hermosos ojos. Lizzy suspiró y miró con obstinación mi boca. Me recliné lentamente, dispuesto a probar aquellos labios de ensueño, que prometían cambiar el rumbo de mi destino para siempre.



Lizzy

## Lágrimas y sonrisas

♪*Never let me go -Florence the machine*♪

«Tras las lágrimas de dolor llegan las risas de alegría, como tras la tormenta llega la calma», pensé mientras caminaba al lado de Matt, el hombre enigmático que apareció en mi vida de la nada y que comenzaba a calmar la tormenta que llevaba dentro desde mi infancia.

La canción «Never let me go» de Florence the machine sonaba a lo lejos, envolviendo el lugar con su sonido sombrío y emocionante.

*Nunca me dejes ir, no me dejes ir*

*Nunca me dejes ir, no me dejes ir*

Rezaba la canción, muy apropiada en este caso.

Matt acababa de ganar la apuesta que habíamos hecho minutos atrás y, como premio, eligió la muñeca de trapo más hermosa de la tienda.

Siempre quise tener una muñeca de trapo con cara de goma, pero cuando era niña el dinero nunca sobraba para esos lujos sin importancia, como solía gritar mi malvado y déspota padre. Mi madre me compró una, pero no era de trapo sino de plástico.

—No es nada valioso, es solo una muñeca —me dijo apenado al verme tan triste.

Quizá era un simple juguete para él, pero para alguien como yo, era mucho más que eso. Matt salvó a mi niña interior del abismo gélido y sombrío en el que le habían encerrado.

—He soñado con ella durante toda mi infancia —le dije anegada en lágrimas.

La emoción me desbordó y lloré.

—Lizzy —murmuró en un hilo de voz apenas audible.

Me miró con tanta ternura, que quise abrazarlo fuerte.

—Matt —musité, sin apartar mis ojos de sus labios.

Ahucó mi rostro entre sus manos y me miró fijo a los ojos. Me conmocioné y mal pude disimularlo. Me rodeó la cintura con sus brazos de manera cautelosa. Me pegó por completo a él antes de inclinar su cabeza. Sus labios cubrieron los míos mientras me estrechaba con fuerza contra su cuerpo. Acabamos unidos desde las caderas hasta el pecho. Me quedé sin aire en los pulmones y me tambaleé cuando me fallaron las piernas.

Matt me besó con ardor y se apoderó de mis labios de un modo muy incitante. Mordisqueó mis labios y penetró su lengua en mi boca, robándome la paz mental y emocional por completo.

Me aferré a él y le devolví el beso con la misma pasión.

—Lizzy —jadeó, al tiempo que me apretujaba con más vigor contra su cuerpo.

La pasión nos consumió y nos lanzó por un precipicio. Matt enterró sus dedos en mi pelo y me sujetó con brío la cabeza, mientras continuaba con su sensual asalto.

Floté.

Suspiré.

Parpadeé.

Temblé.

Soñé.

Matt y yo nos miramos con adoración tras el beso.

—¿Quieres subirte a la rueda gigante? —invité y él aceptó sin articular una sola palabra.

Nos montamos en la rueda gigante y continuamos besándonos con vehemencia y desenfreno. El móvil de Matt sonaba incesantemente, pero él lo ignoró por completo.



—Puede ser importante —le dije sin apartarme de él.

Cogió su móvil y lo apagó sin pestañear.

—Nada, ni nadie puede ser más importante que este momento a tu lado —dijo y volvió a besarme, con vesania y apego.

Eran casi la dos de la mañana cuando me llevó a mi humilde morada.

—Vivo en este viejo y destartado edificio —le indiqué con un cabeceo, al tiempo que estrechaba a mi muñeca, Elsa.

Así la había bautizado Matt.

—Es enigmático —dijo y yo me reí.

Me miró con expresión divertida e inquisitiva.

—¿Enigmáticamente deplorable? —agregué con sorna.

Matt se rio y yo también.

—Gracias por la hermosa velada —le dije ruborizada como una grana al recomponerme de la risotada.

Matt se acercó y posó sus labios sobre los míos, sellando aquella noche inolvidable con un dulce y profundo beso.

—Hasta luego —le dije de repente y me alejé.

Entré a mi casa flotando, convencida de que aquel momento fue un pasaje idílico, pero fugaz. Un hombre como Matt no se fijaría en una chica común y corriente como yo.

La tristeza se apoderó de mí.

Lloré a moco tendido.

Me dormí convencida de ello.

Estaba equivocada.

Al día siguiente, volvió a la iglesia para ayudarme con mis tareas.

—¿Tú no tienes compromisos? —le pregunté anonadada mientras ambos limpiábamos al Arcángel San Miguel con entusiasmo y fervor. El padre Peter no se encontraba.

—No —contestó sonriendo con malicia.

Matt llevaba un suéter negro de algodón, remangado hasta sus codos. Sudaba y su olor despertó mi lado más salvaje. Jamás sentí tanto deseo por alguien. Jamás.

—Soy el dueño de mis empresas —dijo con petulancia y le salpiqué con algo de agua, él me devolvió el gesto.

—¡Matt! —chillé y él me besó.

Un beso con matices sagrados.

*Matt*

♪ *I miss you love - María Mena* ♪

Lizzy y yo hacíamos lo mismo todas las tardes. Nos encontrábamos en la iglesia, la limpiábamos, y, luego, salíamos a tomar una taza de café, sin que Peter lo supiera o sospechara, aún. Mi amigo no vería con buenos ojos lo que hacía.

—¿Quieres ver la película Casper? —me preguntó Lizzy el quinto día.

Era una película triste y bastante emotiva.

—¿En tu casa enigmática? —bromeé y ella asintió sonriendo.

Salir con Lizzy era romper las reglas impuestas por mi estirpe social. Los ricos y los pobres eran seres diferentes a pesar de vivir en el mismo planeta. Una creencia arcaica que llevaba siglos vigente.

—Me encantaría —le dije y dibujé una dulce sonrisa en sus labios—. ¿Cuándo?

Me dirigió una mirada socarrona y pueril.

—Hoy.

Le devolví la mirada. Ella parpadeó nerviosa.

—Perfecto.

Ella me miraba con disimulo por sobre la taza de su café todos los días. Un gesto inocente que alteraba los latidos de mi duro e impenetrable corazón. Yo, por mi parte, la miraba sin tapujos y sin contemplaciones.

Era una chica simple a primera vista, pero cuando la mirabas con atención, descubrías que era la chica más compleja de toda la tierra; al menos de las que alguna vez conocí.

Charlamos como dos amigos tras salir de la cafetería.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —me preguntó con timidez.

Caminábamos lado a lado, yo con las manos metidas en los bolsillos delanteros de mi pantalón. Ella abrazada a su delgado cuerpo. Giré el rostro y la miré por el rabillo del ojo derecho con ternura.

—Ocho meses después del tuyo —contesté y ella hizo un cálculo mental.

—¿20 de diciembre!

Una risita se me escapó.

—Sagitariano —repuso satisfecha—. Una ariana y un sagitariano, ¡vaya combinación explosiva!

Enarqué ambas cejas y solté una bromita celestial.

—Dijeron que vine cinco días antes —acoté con sorna y ella me miró con jovialidad—. Para no competir con... —empiné el dedo derecho y ella me dio un golpecito en el antebrazo.

—No blasfemes —rogó riendo, pero su risa no le llegaba a los ojos.

Ella estaba triste.

Yo obstinado.

Ella era ingenua.

Yo un depravado.

Ella creía en Dios.

Yo era ateo.

Ella escondía algo.

Yo también.

—¿Una Ferrari? —dijo al ver mi coche y sonreí intimidado.

Nunca fui presumido y mucho menos pretendía serlo con ella, pero tenía un objetivo esta noche y pronto lo abordaría. Abrí la puerta del copiloto.

—¿Te gusta la adrenalina, Lizzy?

Quería borrar por unos instantes su tristeza. Ella me besó y perdí por completo el control de mi corazón.

—Mucho —repuso, antes de subirse al auto.

Recorrimos gran parte de la ciudad, en especial las carreteras.

—¡Me encanta! —chilló y aceleré aún más.

Lizzy había olvidado su pena, al menos durante ese corto viaje.

Llegamos a su casa casi a las diez de la noche y vimos la película que había mencionado horas atrás.

—Casper tenía un deseo —le dije apesadumbrado.

Estábamos acostados en su vieja cama de hierro, lado a lado, abrazados, pero sin segundas intenciones. En otro momento, con otra mujer, ya hubiera hecho el amor unas tres veces.

—Quería ser humano, para cumplir el último deseo de su padre —masculló ella sollozando—. Su padre lo amaba.

Giré mi rostro y la miré apenado.

—¿Qué tienes, Lizzy?

Ella enterró su rostro en mi cuello.

—Abrazame —me imploró y yo la obedecí sin vacilar, necesitaba tanto como ella de aquel gesto cariñoso.

—Mi padre me odiaba, Matt —masculló con dolor.

Un helado escalo frío me recorrió la espalda.

—¿Qué quieres decir, Lizzy? —balbucí temeroso.

Un sollozo agitó su cuerpo.

—Me odiaba profundamente y me lo ha demostrado día y noche —repitió sollozando sin lograr proseguir.

La pesadumbre se adueñó de mi ser. Nadie mejor que yo podía comprender su pesar. Sentí una punzada de dolor al oír sus palabras.

—Sé muy bien lo que sientes —le dije y la estreché con más vigor.

Sus lágrimas empaparon mi suéter y también mi corazón. Quería meterla dentro de mí y protegerla de aquel dolor que la estaba matando.

—Nunca me amó. Quien ama, no lastima, no hiere, no maltrata, no golpea, no destroza, no abusa.

«Dios mío».

Su historia de vida era similar a la mía, infelizmente. Quise darle mi corazón, pero el mío estaba tan reventado como el suyo.

—¿Lizzy, tu padre ha abusado de ti? —pregunté con cautela y con un enorme nudo en la garganta.

Levantó la cabeza lentamente y me miró con infinita tristeza.

—Nunca se lo dije a nadie —masculló temblando—. Necesitaba hacerlo.

Los ojos se me nublaron.

—Tu secreto está a salvo conmigo, Lizzy.

Cada sollozo suyo rasgaba mi alma con saña.

—Gr... gra... gracias —balbució.

Entrecerré mis ojos de golpe. Su dolor era palpable, tanto como el mío.

—Llora, Lizzy —le dije, y la apretujé con más fuerza.

Una lágrima solitaria, tibia y húmeda atravesó mi rostro. Casper quería realizar el último deseo de su padre. Lizzy y yo, queríamos haber tenido un padre como el suyo.

♪Everybody hurts –REM♪

Días después, Lizzy me llevó a mi primer bazar de jardín. Me había invitado el viernes a través de un mensaje de WhatsApp. Acepté sin titubear.

Necesitaba verla.

—Me encantan estas cosas —me dijo con alegría pueril cuando llegamos al lugar.

Solté un suspiro sin querer. Giró su candoroso rostro y me dirigió una lastimera mirada.

—¿No te gusta, Matt?

«El infierno sería maravilloso a tu lado», pensé.

—Nunca fui a uno antes —declaré con franqueza y miré el lugar con ojos curiosos—. No está mal.

Lizzy sonrió de oreja a oreja y agradecí al cielo por ello.

—Gracias, por haber aceptado mi invitación.

Me dio un tímido y tierno beso en los labios.

—Gracias a ti —retruqué.

Recorrimos las mesas que exponían las cosas usadas de una pareja, que había vivido una gran historia de amor según mi acompañante.

—Eran almas gemelas —manifestó Lizzy algo pensativa.

Me quité las gafas de sol y los metí en el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Eran almas gemelas? —repliqué con escepticismo.

Me miró con tanta pesadumbre, que quise masticar mi lengua y tragarlo a continuación.

—Ellos se enamoraron en plena guerra —relató con ojos brillantes—. Ella era judía y él un soldado nazi.

Una chica regordeta se acercó a nosotros y besó las mejillas de Lizzy.

—Le estaba comentando acerca de tus abuelos.

La mujer me miró a la cara.

—Hola —dijo y acotó—: Incluso murieron el mismo día, con minutos de diferencia.

—Es Malila, la nieta de ambos —resaltó Lizzy.

—Mucho gusto —dije y ella me sonrió.

La mujer se arregló la melena rubia sin apartar la vista de Lizzy.

—Ella estaba en el hospital y él en su casa, preparándose para ir a verla —comentó Lizzy, con ojos melosos.

—Ah... —me limité a decir.

Lizzy paseó sus ojos en mi cara y me estremecí de arriba abajo.

—Las almas gemelas existen —siseó Malila con rotundidad—. Pero muy pocos logran encontrarse con la suya.

—Malila es vidente —bromeó Lizzy.

Yo creía en el karma y quizá también en las brujas.

—Lizzy no me cree cuando le digo que su alma gemela llegará a su vida mientras ella esté limpiando el altar —manifestó y ambos palidecimos.

¿Era una videncia? ¿Una promesa? ¿Un regalo del destino? ¿La cura de nuestras almas?

Silencio.

Lizzy miraba embobada un vestido blanco de organza con unos bordados delicados en el pecho. Sin breteles, cintura baja y corte princesa, largo hasta las rodillas; que yacía en una de las perchas.

—Fue el vestido que usó mi abuela en su boda. Yo no entraría en él —se miró y sonrió.

La nieta no entraría, pero Lizzy sí.

—Pruébalo —le sugerí.

Lizzy obedeció sin rechistar. Pasó a un cambiador improvisado cerca de las ropas con el vestido entre manos.

—Volveré al rato —me dijo antes de correr la cortina mar.

Mi móvil timbró. Curioso oteé. Era Allegra.

«Te necesito», decía su mensaje.

Allegra y su gran amor habían roto, tres días después de haber posteado su declaración en todas sus redes sociales. Ella era incorregible. Le había dicho que no entregara su corazón, pero ella siempre lo hacía y con más velocidad que un rayo.

«Hola, preciosa», contesté con un emoticón alegre.

Mientras Allegra tecleaba su respuesta, yo fisgoneaba unas botellas de vino.

«¿1 Euro por un vino de 1976?», farfullé asombrado al ver los precios de aquellas reliquias inestimables.

—Hola —me saludó una mujer, realmente atractiva.

La miré con atención y por primera vez no sentí aquel deseo irrefrenable de llevarla a la cama. Desvié la mirada y volví a prestar atención en las botellas de vino que yacían sobre la mesa.

—Las botellas de vino están rebajadas, porque la verdad no sabemos si se encuentran en buen estado —aclaró la mujer que atendía la mesa.

Eran reservas antañas y valían mucho más que un euro.

—Llevaré todas las botellas —dije decidido y la mujer sonrió satisfecha.

Eran quince botellas. Le estiré un billete de cien euros y le dije que se quedara con el cambio.

—Puede llevarse estas dos copas finísimas de cristal —acotó y asentí condescendiente—. Gracias por su generosidad, señor.

—No es nada.

Acerqué la caja de madera con las botellas de vino a mi auto y la acomodé en el maletero. Cogí mi móvil tras cerrar la puerta del mismo.

«¿Quieres ver una película romántica y luego, quizá echar un polvo?», decía el mensaje directo y preciso de Allegra.

Llevaba días sin hacerlo.

No echaba en falta.

Al menos no con ella.

Era extraño.

Era anormal.

«Quizá», contesté sin mucha convicción, cuando de repente vi a Lizzy con el vestido puesto.

«Dios mío», balbucí como un niño pequeño que acababa de dejar su chupete.

—Estás hermosa, Lizzy —dijo su amiga, girándola sobre sus pies.

El sol irrumpió el sitio con sus rayos portentosos y dorados, enmarcándola de pies a cabeza. Parecía un ángel. Era un ángel.

Se acercó tímidamente.

—¿Te gusta? —preguntó en un susurro.

Asentí.

Suspiré.

Babeé.

Sonreí.

Jadeé.

—Estás... estás... primorosa —tartamudeé.

Sus mejillas se ruborizaron como siempre y creo que las mías también. Estaba nervioso, como un adolescente ante su primer amor.

—Para ti —me dijo y me estiró una corbata negra a rayas—. Es usada, pero parece nueva. Es de Valentino —me mostró la etiqueta con alegría pueril.

La observé con el corazón en los ojos.

—¿Para mí?

Ella asintió. Yo cogí su regalo, como si acabara de ganarme una Mercedes Benz último modelo.

—Gracias, Lizzy.

Su mirada dócil se entrelazó con la mía.

—De nada, Matt.

Le arreglé un mechón rebelde de su larga melena y lo puse detrás de su minúscula oreja.

—La usaré en Berlín, la semana que viene —afirmé y ella desenchajó su semblante.

¿Acaso me echaría en falta?

—Te echaré en falta, Matt —declaró, como si hubiera leído mi mente.

—Y yo a ti, Lizzy.

El tiempo se paralizó a nuestro alrededor y nada más nos importaba que aquel instante épico y único que vivíamos nosotros dos en medio de la multitud.



*Lizzy*



# Almas gemelas

♪ Tomorrow – Avril Lavigne ♪

*«Eran almas gemelas, de alguna manera los dos estaban mucho más solos que los demás, compartiendo el mismo agujero del abismo», dijo José Agustín.*

¿Sería Matt mi otra mitad?

¿Sería él mi compañero de abismo?

¿Sería él la cura de mis penas?

¿Sería él mi salvación?

El destino implacable me puso a prueba. Ayer me robaron el móvil. Por fortuna mis medicinas estaban en el bolsillo de mi chaqueta y no en mi bolso. No tenía como comunicarme con Matt, que ha viajado a Berlín ayer por la tarde. Quedamos en vernos por video llamada, pero sin móvil y sin su número era imposible. Pensé en el padre Peter, pero luego descubrí que había viajado y las esperanzas de conseguir el número de Matt, se disiparon de un plumazo.

«Matt. Matt. Matt».

El sábado pasado fuimos al bazar de Malila.

Fue mágico.

Fue etéreo.

Fue indeleble.

Matt y yo recorrimos las mesitas con ahínco pueril tras probarme el vestido. Al inicio no lo vi tan animado, hasta que me probé aquel atuendo mágico y todo cambió.

Me compró zapatos pasados de moda, bolsos raídos, peluches ajados y sombreros pletóricos. Yo le regalé una corbata muy bonita y elegante.

—Lo usaré pensando en ti —me prometió, mientras bebíamos una copa de vino en el jardín Stadtgarten, que quedaba a unos metros de la casa de Malila.

—Espero que te de suerte.

Él sonrió enternecido.

—Es un buen vino —comenté tras sorber un trago de mi copa.

Acarició mi mejilla derecha y toda mi piel se erizó. Cogió mi copa y la puso a un lado del banco, junto a la suya.

—Me gustaría probarlo —dijo mirándome con vehemencia.

Reclinó su cabeza a cámara lenta y posó su boca sobre la mía con mucha delicadeza. Capturé sus labios, mordisqueándolos y chupándolos con voracidad. Le succioné la lengua de un modo muy lascivo, pero tierno a la vez.

Matt cogió mi rostro entre sus manos e introdujo su lengua en mi boca, con suavidad y timidez.

—Lizzy —gimió y me rodeó la cintura con sus brazos.

Me engarcé a su cuello y nos perdimos en aquel momento diseñado por los ángeles.

—¿Me has hechizado? —me preguntó tras apartarse unos centímetros de mi boca.

Me encogí de hombros y volvió a besarme.

Al día siguiente, fui a su casa, después de recibir una invitación suya. Con la condición de que iría sola y no sería él quien me buscara a la salida del trabajo. Anhelaba sorprenderlo. Pero al arribar a su mansión, la sorprendida terminé siendo yo. Miré perpleja a sus invitados. Eran más de cien, calculé al ver la cantidad.

Llevaba puesto el vestido blanco, con unas bailarinas blancas y un chal de hilo, color crema tejido por Hanna. El pelo lo llevaba recogido en una trenza de costado. Mi estilo pastoril no congeniaba mucho con el mundo exuberante y lujoso de Matt. Sus invitados me miraron con curiosidad y desdén. Las mujeres voluptuosas se rieron de mí y de mi vestimenta. Pensé morir, hasta que lo vi y todo cambió. Matt llevaba puesta una camisa negra, unos pantalones negros ajustados y la corbata que yo le había regalado.

Cruzó la puerta sin desviar la mirada de mi rostro, como si estuviera encantado por algún hechizo.

—Has venido —me dijo emocionado y me besó, frente todas aquellas arpías.

Le besé con ardor y morriña, sin importarme con nadie más que nosotros dos.

—Necesitaba verte —expresé, sin apartar mis labios de los suyos.

Sus besos sabían a champán caro y a cigarrillo de menta.

—Y yo a ti —declaró—. ¿Quieres salir de aquí?

Miré su suntuosa casa y asentí sin vacilar.

—Llévame lejos —le imploré y él obedeció sin rechistar.

Me cargó de golpe entre sus brazos, frente a todos sus amigos, que nos miraron curiosos y asombrados.

—¿Quién es esa? —preguntaron algunas mujeres.

—Tus amigos son muy despreciativos —dije cabizbaja.

Matt frenó sus pasos de golpe y me miró con intensidad, como si me estuviera viendo por primera vez en su vida.

—No les des importancia, Lizzy.

Me besó con mucha pasión y casi perdí el conocimiento.

—A mí solo me importas tú, nadie más —afirmó y prosiguió.

Me llevó hasta su garaje y me depositó sobre una moto Ninja negra enorme.

—¿Y tu fiesta? —demandé.

Besó mis labios con ternura.

—¿Prefieres la fiesta a un paseo romántico y loco por la ciudad? —preguntó.

Me puso un casco y una chaqueta de cuero que retiró de uno de sus tantos autos.

—¡No! —chillé y él subió a la moto resolutivo.

—¿Lista?

Rodeé su cintura con mis brazos y recliné mi cabeza contra su espalda ancha.

—Lista...

«Mi amor».

¿Era amor?

¿Era fascinación?

¿Era deseo?

No sabía al cierto lo que era, pero sí lo fuerte que se hacía a diario.

Recorrimos la ciudad a toda pastilla. Olvidándonos del mundo y en especial, de nuestras penas.

—¿Te gustó el paseo? —me preguntó tras aparcar la moto cerca de un lago iluminado por varias farolas, en una plaza solitaria, en algún pueblo vecino al nuestro.

La canción «Tomorrow» de Avril Lavigne comenzó a sonar de fondo. Era una llamada de Hanna.

—¿Avril Lavigne? —dijo con sorna.

Una sonrisa eléctrica se apoderó de mis labios.

—La cantante favorita de mi amiga, la gótica más falsa del mundo —dije sonriendo.

Matt esbozó una cálida sonrisa y mi corazón se paralizó por unos instantes. Era aún más hermoso cuando sonreía.

—¿Te ha gustado el paseo? —repitió.

Me mordí el labio inferior para contener una débil sonrisa.

—Mucho —murmuré y él se adueñó de mi boca mientras la canción de la canadiense nos servía de fondo musical.

El deseo fluía entre nosotros cual tornado que ganaba fuerza y velocidad a cada segundo que pasaba.

La mente se me nubló por completo.

Pero no apagamos el fuego.

No era el momento.

Aquello lo hacía especial.

Único.

Unas tímidas gotas declinaron del cielo y nos advirtieron que pronto caería algún chaparrón.

—¡Llueve! —grité.

Matt soltó un taco y me reí.

—Mejor nos vamos —propuso y asentí.

Empezó a llover y nos marchamos del lugar a toda prisa, antes de que aumentara de intensidad.

—Debo viajar mañana a Berlín —anunció en la despedida—. Como te comenté ayer.

El corazón se me quebró y mal pude disimularlo.

—Salgo a las tres de la tarde.

Le di un beso apasionado.

—Buen viaje —le deseé tras apartarme.

Me estrechó entre sus brazos y quise morir allí.

—Nos vemos a la vuelta —prometió y yo le creí—. Te escribiré.

Acaricié su mejilla con la mano derecha al apartarme y él entrecerró sus ojos.

—Esperaré ansiosa.

Me volví. Matt me tiró de la mano derecha y volvió a besarme. Le devolví el beso con pasión, introduciéndole mi lengua en su boca. Él soltó un gemido ronco.

—Lizzy... —jadeó al tiempo que me acariciaba los glúteos con fogosidad.

Mi cuerpo ardía de deseo.

—¿Qué debo esperar, Matt? —reboqué.

Quería llorar, pero ni siquiera sabía por qué. Tenía miedo de apostar al vacío y sufrir otra terrible decepción. Mi corazón ya no soportaría otra herida. Ya no.

—No lo sé, Lizzy —expresó con franqueza—. Necesito de tiempo para desentrañar lo que siento de verdad por ti —alegó—. Para descubrir lo que es esto.

Le besé, como si fuera la última vez en mi vida.

—Lizzy —balbució al borde del éxtasis.

Mi otra yo reaccionó y temblé de miedo.

—¡Nos vemos! —grité y me alejé sin mirar atrás.

Lena había huido de su prisión. La detuve a tiempo, por fortuna.

A la mañana siguiente, cogí un autobús tras terminar mis tareas en la iglesia y fui al aeropuerto de Düsseldorf de sorpresa, para despedirme de Matt. La canción de Naruto «White night» sonaba

en mis auriculares mientras corría por el lugar como alma que lleva el diablo. La enorme estatua de jirafa con trompa de elefante me miró decepcionada desde su sitio.

«Has llegado tarde», imaginé que me decía.

—¡Joder! —solté al mirar mi reloj.

Llegué con retraso y solamente pude verlo a través del vidrio que separaba la sala de espera de la sala de embarque.

—¡Matt! —chillé y golpeé el cristal antes que cruzara el portón de embarque.

Me vio y se acercó a grandes zancadas, elegantemente vestido. Llevaba puesta la corbata que le había regalado. Me emocioné. Jamás lo había visto de aquel modo. Parecía un príncipe.

Me sonrió y todo mi ser vibró. Acaricié su rostro a través del vidrio. Él entrecerró sus ojos al sentir mi caricia invisible.

«Te quiero», musité.

Matt abrió de golpe sus ojos, como si me hubiera escuchado. Besó el vidrioado y yo besé sus labios a través del mismo. Muchos nos miraron curiosos y otros enternecidos.

—Te portaré conmigo —vocalizó con sus labios, indicando el centro de su pecho con su mano derecha.

Una sonrisa bobalicona domó mis labios.

—Buen viaje —modulé con los míos y él sonrió con entrañable afecto.

Coloqué mi mano derecha contra el vidrio y él copió mi gesto. Nos miramos con añoranza desmedida, como si fuera la última vez que nos veríamos en esta vida. Se me nublaron los ojos lentamente y a él también. Todo se ralentizó a nuestro alrededor, como solía suceder en la parte final de alguna serie de televisión.

—Pasajeros del vuelo con destino a Berlín... —anunció una voz femenina a través de los altavoces.

—Debo irme —me dijo con un gesto.

Giró sobre sus pies y antes de embarcar, se volvió y me lanzó un beso en el aire. Lo cogí con la mano y lo llevé al corazón.

«Buen viaje, mi amor».



*Matt*

# Amor y depresión

♪Dishwalla –Angels or Devils♪

«Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades» dijo Miguel de Cervantes.

Y comenzaba a entender a qué se refería.

Desde que conocí a Lizzy, no había podido salir con otras mujeres.

La deseaba.

La extrañaba.

La quería.

La necesitaba.

Nadie comprendería mi embelesamiento por la chica simple, humilde, menuda, triste y desolada, que trabajaba en una iglesia como doméstica.

A veces, ni siquiera yo lo entendía.

Ayer, tras el paseo en mi moto Ninja, la besé bajo la lluvia, enfrente de su humilde y ajada casa. Fue un beso dulce y embriagador que me hizo perder por completo la cordura.

—Lizzy —gemí antes de acometer su pequeña boca con mi lengua atrevida.

Ella me devolvió el beso con la misma pasión, incluso con más osadía que yo. Me aparté sorprendido y la miré con devoción. Una vez más, vi a la otra, a la mujer misteriosa que se escondía dentro de ella.

—¿Lizzy? —Quedé perplejo.

Desvió la mirada.

—Nos vemos —dijo antes de marcharse.

«¿Qué me está pasando contigo?», me cuestioné.

Lizzy había penetrado la coraza que había construido alrededor de aquel músculo llamado corazón.

Estaba aterrado.

Ansioso.

Preocupado.

Desorientado.

Enamorado.

«¿Estaba enamorado?», repetí.

Los tendones de mi cuello se tensaron y mis ojos se oscurecieron. Retorcí la cara en una máscara de terror, apretando los puños y tragando compulsivamente.

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

Todos los días, tras mi rutina diaria: empresa reuniones/comidas/corridas, pensaba en ella y la buscaba, a pesar de luchar contra ello.

Siempre hui de cualquier tipo de emoción y, ahora, corría detrás de una que ni siquiera sabía definir con palabras.

Lizzy era tan misteriosa como lo que yo sentía por ella.

Mi meta era vivir algo distinto, pero esto que siento, se me escapaba de las manos.

—Estás sexualmente obsesionado —me dijo Albert el día de la fiesta, horas antes de ver a Lizzy—. Llévala a la cama y saciarás tu deseo.

Le miré con desdén y me maldije por haberlo comentado.

—Luego me la prestas y observas cómo la hago mía una y otra vez, hasta que ella ruegue que la deje.

Una oleada de rabia me dominó por entero.

—¡Eso nunca! —grité enfurecido como una bestia.

Albert me miró sorprendido y algo abrumado.

—¡Santo cielo, Matt! —graznó estupefacto e hizo una extraña pausa—: ¿estás enamorado de ella? —inquirió conmovido.

Su pregunta flotó en el aire y me derrumbó.

Al día siguiente, viajé a Berlín para reunirme con los nuevos inversores. Precisaba espantar a mis demonios y volver a ser el mismo de antes. Lo que sentía no era bueno y debía marcharse cuanto antes de mi vida. Pero, Lizzy apareció de la nada en el aeropuerto y toda certeza desapareció. Me dejé llevar por lo que sentía y no estaba arrepentido, al contrario, estaba ilusionado, como nunca lo había estado antes.

*«Algunos fuman, otros se embriagan, algunos se drogan y otros se enamoran, lo cierto es que cada quien se destruye a su manera»* dijo alguien cierta vez en alguna serie, no estoy muy seguro.

Me he enamorado por primera vez.

Escapé de mis sentimientos.

Busqué refugio.

Pensé día y noche en ella.

La quiero.

Pero no la llamé.

Desaparecí.

Hui.

Cogí el mejor caballo de mi granja, en la capital alemana, Huracán, y deambulé a toda pastilla por mi finca. Necesitaba desconectar mi mente y también mi corazón, que de a poco volvía a la vida tras tanto tiempo de haber estado momificado.

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

Me reuní con los inversionistas al día siguiente. Firmé el mayor contrato de mi vida y la dicha brilló por su ausencia.

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

Asistí a la fiesta de la empresa esa misma noche, donde me presentaron a Sarah Leuenberger, la modelo más bien pagada de la moda europea actualmente. Era la Claudia Schiffer del nuevo siglo. Era hermosa, pero no era Lizzy.

Me habló.

Me sonrió.

Me invitó un trago.

Me besó.

Sus labios sabían a nada. Podían presentarme cien modelos iguales a ella, pero ninguna sería Lizzy.

«Mierda. Mierda. Mierda».

Busqué aire fresco en la ornamental terraza de la mansión de uno de los socios y aproveché el momento para llamar a Lizzy. La ansiedad y la añoranza me estaban matando, en complicidad con la depresión.

...Llamando...



—Hola —dijo una voz masculina y me heló la sangre de golpe.

Sentí como la bilis subió por mi garganta, hasta dejarme un sabor muy amargo en la boca.

—¿Lizzy? —pregunté aturdido.

El hombre rio de buena gana mientras a mí me embargaba una desesperación tan amarga y profunda que mal podía respirar.

—Se está duchando.

Me mareé y tuve la sensación que me desmayaría. El estómago se me removió y tuve que llevar el puño a la boca. El pecho me ardía, y mal podía respirar. Me aflojé la corbata, en busca de aire. Una sensación de hormigueo me recorrió desde la planta de los pies hasta el cuero cabelludo. El corazón me palpitaba alocadamente. Se me nubló la vista.

«Dios».

Perdí la consciencia al no lograr controlar mi ataque de pánico.

♪*Time and time again – Stretch Princess*♪

Estuve dos días en el hospital. El ataque que había sufrido casi me fulminó, de no ser por los meseros que me habían encontrado tendido en la terraza.

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

La voz de aquel hombre resonaba en mi cabeza día y noche, como un molesto zumbido.

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

Cuando llegué a mi casa, lo primero que hice fue pensar en ella, como todos estos últimos días. Estaba pasando la mayor crisis de mi vida. Cerré los ojos y luché contra las emociones que habían derribado el último muro de mis defensas.

«Estoy enamorado».

Enamorado. Enamorado. Enamorado. Enamorado. Enamorado. Enamorado. Enamorado. Enamorado. Enamorado.

Estaba demasiado confundido, las emociones delirantes y caóticas, me abrumaban como si estuviera a punto de caerme de algún precipicio.

—Necesito verla —me dije y fui a la iglesia.

Peter aún no había regresado de su viaje.

Llovía a cántaros ese día, pero eso no me impidió de ir. Llegué al lugar santo y Lizzy no estaba por ninguna parte. Corrí a la iglesia abandonada y allí la encontré, mirando la lluvia a través de la ventana arruinada.

Mi corazón brincó al verla. Era una imagen idílica, sublime, casi utópica.

Estaba de espalda, perdida en sus pensamientos y quizá en sus nuevos sentimientos. En ese lapso comprendí lo que yo sentía por ella.

«Amor».

Ese era el sentimiento que no había reconocido, el sentimiento que provocó el deshielo en mi interior. Me picaban los ojos por las lágrimas contenidas y me ardían los pulmones.

Me acerqué y, sin decirle nada, le rodeé la cintura. Ella gimió al sentir mi abrazo húmedo e inesperado.

—Lizzy —jadeé y recorrí su torso con caricias inocentes, exentas de segundas intenciones.

Ella respiró con dificultad.

—Matt.

Giró su cuerpo y me besó con ardor.

—Te he echado de menos —me dijo con lágrimas en los ojos.

El rencor me dominó.

—¿Por qué mientes?

Su semblante se endureció.

—No te miento, Matt.

Los celos me embargaron y el corazón me golpeó las costillas.

—¿Quién era el hombre que atendió tu móvil días atrás? —le reproché, como un novio celoso y posesivo.

Entonces, me explicó lo sucedido. La llené de besos y le conté mi patético episodio en Berlín.

—¿Estás mejor? —se aventuró y yo la besé, necesitaba sentirle con desesperación.

Ella me devolvía los besos con la misma adoración.

—Ahora estoy mejor —declaré y hundí mi lengua en su boca —. Lizzy —resoplé al borde del delirio.

Su olor a frambuesa despertó mi demonio, aquel que vivía dentro de mí como un intruso.

—Matt —musitó mordisqueando las comisuras de mis labios con lascivia.

Lizzy llevaba unos vaqueros holgados, viejos y muy gastados. Desabroché el botón del mismo y deslicé mi mano derecha dentro en busca de su centro.

—Ohhhh... —gimió al sentir mi caricia húmeda y fría entre sus piernas.

—Te he echado tanto en falta —murmuré y ella jadeó, al tiempo que se abandonaba a la pasión que le provocaba mis caricias atrevidas.

Quería observarla desnuda, ver la palidez de su piel. Sopesar sus senos, lamerlos, chuparlos, devorarlos enteros. Necesitaba olerla, saborearla y sentir sus caricias. Aumenté el ritmo de mis roces. Ella se estremeció.

—¡Oh, Matt! —Lizzy explotó y soltó un ronco gemido cuando el frenesí la poseyó.

Cada célula de su menudo cuerpo bullía de excitación.

—Necesito sentirte —le susurré al oído.

Se retorció de placer.

—Hazme tuya —rogó y obedecí sumiso.

La giré sin miramiento, bajé la cabeza y cubrí su boca con la mía. Ella separó sus labios y penetré su boca con mi lengua. Con un rápido movimiento me quité la chaqueta y la arrojé sobre los viejos ladrillos del altar. Presa de la pasión desenfundada, Lizzy me arrancó de un tirón la camisa negra que llevaba puesta. Sentí morir de deseo.

—Quiero hacerte el amor —le dije embargado de deseo.

Lizzy besó mis pechos y deslizó sus pequeñas y delicadas manos sobre mi abdomen.

—Eres tan hermoso —me dijo y succionó mi pezón derecho.

Eché hacia atrás la cabeza con los ojos apretados para no estallar de gozo antes del tiempo.

—Me vuelves loco —le dije agitado y al borde de un abismo.

Lizzy succionó mi lengua con ardor y todo giró a nuestro alrededor como un loco carrusel.

—Juro por Dios, que jamás sentí tanto deseo por alguien en mi vida —le dije sin apenas mover mis labios.

La lluvia se había convertido en diluvio.

—Igual yo —rebatí ella y me mordió el hombro derecho con cierta violencia.

—Ay —chillé.

A Lizzy se le puso un enorme nudo en la garganta y se perdió en las profundidades azules de mis ojos.

—Te deseo tanto, Matt.

El placer atravesó mi cuerpo y dominó por completo mi ser.



*Lizzy*

# Sólo tuya

♪*Better in time*—Leona Lewis♪

*A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante. «Oscar Wilde».*

Estaba muerta cuando Matt llegó a mi vida. Un instante a su lado y toda tristeza se marchaba de un plumazo.

Matt era tan esencial en mi vida, como lo eran las medicinas que aplacaban a mi otra yo; la mujer desconocida capaz de todo por defenderme de los hombres.

Pero él no estaba preparado.

Huyó por unos días.

Lloré por él.

Pedí al cielo una señal.

Él volvió.

Y me entregó lo que quedaba de su corazón.

—¿Estás saliendo con alguien? —me preguntó Hanna mientras desayunábamos.

Mis mejillas se acalararon súbitamente, respondiendo a su demanda sin la necesidad de emitir una sola palabra.

—¿Es bueno en la cama? —replicó risueña y evoqué aquella tarde lluviosa en la iglesia abandonada, donde Matt y yo hicimos por primera vez el amor.

Luego de llevarme a la cima del más intenso placer solitario, Matt me cargó entre sus brazos y me acercó al altar.

—Eres hermosa —me dijo con los ojos resplandecientes de deseo.

Me recostó con delicadeza sobre sus viejos ladrillos y contempló mi cara, como si me estuviera viendo por primera vez.

—Quiero hacerte el amor —me dijo y el corazón me dio un vuelco, luego continuó latiendo desbocadamente en mi pecho—. Necesito sentirte, Lizzy, con pasión y abandono. Te deseo tanto...

Y entonces, me besó. Fue un beso tierno, lento y abrasador que me derritió por completo. Nuestras lenguas se fundieron y comenzaron a moverse, cada vez con más ímpetu. Se quitó su costosa chaqueta y la acomodó sobre la fría piedra a modo de manto. Me besó con fogosidad mientras me desvestía con presteza e impaciencia. El beso despertó a la fiera que llevaba dentro y, obedeciéndola, le arranqué la camisa negra con bestialidad; algunos botones salieron volando. Él se sorprendió con mi arrebató febril y me besó con más fervor.

—Eres tan hermoso —le dije, recorriendo su abdomen plano y definido con ambas manos.

La llovizna se convirtió en una tormenta desapacible.

—Me tienes hechizado —gimió y me giró de golpe.

Arrimó su torso atlético y desnudo contra mi espalda y deslizó sus manos alrededor de mi cuerpo, hasta que alcanzó mis diminutos pechos. Se me hizo imposible pensar mientras él me acariciaba los senos de aquel modo tan enardecedor.

Quería ser suya.

Necesitaba ser suya. Lo necesitaba antes de que la otra saliera de su encierro y tomara el control.

—Matt, hazme el amor —le rogué entre gemidos.

Él me besó con tanta vesania que nubló mi mente por completo.

—Te haré mía, solo mía.

Me desnudó por completo y saboreó cada trozo de mi ser con deleite y veneración. Me separó los muslos y se arrodilló entre ellos, tras lo cual separó los pliegues de mi sexo con suavidad. Me acarició con los labios y con la lengua, arrastrándome al abismo.

—Matt —gemí, arqueándome contra su boca.

Era el beso lento de un hombre que sabía lo que quería, que sabía lo que yo quería, incluso mejor que yo misma.

—Mírame —me dijo jadeando.

Embriagada de placer abrí los ojos y miré al hombre que amaba con locura.

—Jamás deseé tanto a alguien —declaró extasiado.

Mis pezones se pusieron erectos ante su mirada felina. Me devoró con sus ojos azules y voraces.

—Te he esperado... —dijo con la voz entrecortada—. Toda mi vida.

Un enorme nudo se me formó en la garganta.

—Y yo a ti —alcancé a decir.

Sus manos se deslizaron por mi cuerpo y su boca se precipitó sobre mi pecho izquierdo. Solté un grito antes de apretar mis labios. Succionó un pezón y luego el otro con verdadera adoración. Me retorcí de placer.

—¿Me estás torturando? —insté.

Levantó su rostro y me miró con magnitud.

—Te estoy amando, como nunca te amaron antes.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. No era virgen, pero era la primera vez que haría el amor con amor.

Se precipitó sobre mi cuerpo.

—Lizzy —resopló y entrelazó sus dedos con los míos, en un intento por comunicarse conmigo más allá de las palabras.

Cubrió mi boca con la suya y se apoderó de mí, por completo.

Los gemidos, inundaron nuestros oídos, excitándonos aún más. Se sentó sobre la chaqueta, completamente desnudo, y me hizo sentar a horcajadas sobre él. Cuando lo sentí dentro de mí, quise gritar.

—Matt —gemí de placer y enterré mi rostro en su cuello.

La sensación era increíble. Me mecí contra él, cada vez con más velocidad.

—Eres perfecta —me dijo apretando mis nalgas con pasión.

Me embistió con delicadeza al principio y con fiereza después, tanta que un alarido se me escapó de la garganta.

—Grita, Lizzy, libera tu otra yo —me dijo y su afirmación me dejó helada por unos instantes, hasta que el deseo se volvió a apoderar de mí y abrasó cada rincón de mi cuerpo.

Me tumbó sobre la chaqueta arrugada antes de que estalláramos y se abalanzó sobre mi cuerpo, decidido y muy excitado. Me penetró de golpe y comenzó a moverse sin parar y con mucha fuerza, como si estuviera enfadado, furioso.

—Eres mía —jadeó sin detener sus embestidas salvajes.

Me abracé a él y le exigí que fuera más de prisa. Él obedeció. Me acometió una y otra vez mientras de su boca salían palabras ininteligibles que me endulzaban el oído.

—Oh... sí...

Floté.  
Sudé.  
Gemí.  
Grité.  
Convulsioné.

Arqueé la espalda y apreté los dientes mientras otro espasmo me hizo sollozar. Aquella poderosa sensación crecía en mi interior con cada acometida.

Cuando el clímax nos golpeó, gritamos de placer y nos abrazamos con brío.

—Eres mía —dijo temblando sobre mí.

Contuve la respiración y las lágrimas. Estaba tan feliz que los ojos me desobedecieron.

—Solamente tuya —bufé sin aliento y lo estreché con fuerza, temiendo despertarme de aquel sueño perfecto.

Nos quedamos allí hasta que la tormenta cesó y el deseo volvió. Nos volvimos a amar, con la misma intensidad que la primera vez...

—¿Lizzy? —la voz de Hanna me arrancó de golpe de mi delicioso y lujurioso trance.

—Dios —bufé asustada.

Di un respingo y casi me caigo de la silla.

—¡Ey! Soy yo —dijo Hanna y me dirigió una mirada teñida de interrogantes.

Deseaba ver y sentir a Matt de nuevo. Una sonrisa bobalicona ensanchó mis labios y mi amiga supo al instante la razón de mi júbilo.

—¡Estás saliendo con alguien! ¡Dios ha escuchado mis oraciones! —exclamó eufórica y me robó una risa.

¡Qué maravilloso era reír!

De pronto vi la foto de alguien en el periódico y mi sonrisa desapareció de un sopetón. El corazón se me encogió y la piel se me erizó.

—Dios mío —musité estupefacta al leer el título: «Hombre brutalmente asesinado en su departamento».

—No mires esas cosas —me aconsejó Hanna y retiró el periódico de la mesa—. Los homicidios siempre te impresionan mucho.

¡Y vaya si lo hacían! Tanto mi padre como mi ex novio habían sido brutalmente asesinados. Mi pasado estaba marcado por la violencia, tanto de ellos como de quienes le quitaron la vida.

—Come, Lizzy, porque el sexo exige muchas energías.

Una mano helada apretujó mis entrañas.

No me atreví a confesarle a mi amiga que aquel hombre del periódico era el mismo con quien había estado días atrás, cuando Lena se apoderó de mí. En realidad, nunca le conté acerca de mi enfermedad. Por temor y vergüenza.

—Sí —murmullé sin apartar la vista del periódico.

—Mejor lo tiro al basurero —dijo Hanna y lo lanzó al bote de basura.

Un mensaje de WhatsApp de Matt nos interrumpió:

«Hola cielo, ¿quieres alejarte un poco de tu mundo el próximo fin de semana?».

—¿Es tu amor? —demandó Hanna, alargando el cuello.

La empujé.

—Privacidad —amonesté y ella puso sus manos en alto.

—¡Ni loca pienso meterme y que pierdas la oportunidad de amar!

«¿Amar?», repetí con incredulidad.

Medité unos minutos antes de contestar a Matt.

«¿Borrarás los pensamientos de mi mente como ayer?».

Matt me envió un corazón que latía sin parar.

«Te lo prometo».

Una mueca de duda se dibujó en mi cara.

«¿Y mi trabajo?», le escribí con una carita alarmada al final de mi pregunta.

Matt envió un emoticón gracioso.

«Confía en mí, cielo».

—¡Joder! —clamó mi amiga y me despabiló—. ¡Ya son las diez!

Hanna se despidió de mí a toda prisa, estaba retrasada, como de costumbre.

—¡Ya me contarás! —gritó antes de cerrar la puerta.

Luego de limpiar los platos y las tazas sucias, retiré el periódico del basurero y leí el artículo que atenazaba mi corazón:

*Andreas Albat de 42 años de edad, de origen turco fue asesinado de ocho impactos con arma de fuego. El hecho se registró aproximadamente a las 9 de la mañana...*

No pude seguir leyendo. Arrojé el periódico al tacho y cerré la misma con su tapa.

«El asesino solo podía ser el hombre que se cruzó conmigo en la escalera», pensé atribulada.

Me prepararé una taza de tilo y lo bebí impaciente.

—No es tu culpa —me dije y decidí olvidar el asunto, o al menos intentarlo.

Un mensaje de WhatsApp me sacó de mi trance. Era Matt.

«Te echo en falta», escribió con una carita triste.

Mi corazón era suyo.

«Y yo a ti», contesté con una carita sonrojada.

Mientras Matt respondía, bebía mi té, concentrada en cada respuesta suya. Leía una y otra vez sus mensajes anteriores, como una adolescente enamorada lo haría.

«Muero por abrazarte y llenarte de besos, Lizzy».

«Muero por sentirlos», repliqué y ambos intercambiamos un corazón que latía con fuerza.

¡Éramos tan cursis! Pero tan dichosos...

Fui a mi cuarto y me acuclillé cerca de mi vieja y oxidada cama. Alargué mi brazo derecho y sujeté la vieja maleta de cuero negro que escondía allí. La abrí y observé con infinita tristeza los escombros de mi vida. Fotos de mi madre y yo, una horquilla de piedras que le pertenecía a ella y que pensaba usar algún día en mi boda; una vieja taza rota, unos recortes de periódicos con la parejita inglesa «Amor es», dos libros de colección «Orgullo y prejuicio y Cumbres borrascosas» primera edición, mi vieja muñeca de plástico y el pedazo de mi corazón, que hoy, al fin, tenía un dueño.

Miré el techo y esboqué una amplia sonrisa.

«Matt».





*Matt*

## **Matt y sus ocurrencias**

*«Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia adelante. La vida, en realidad es una calle de sentido único», dijo Agatha Christie.*

Una de mis escritoras favoritas sabía muy bien lo que decía. Hoy me tocaba confirmarlo en carne propia. La vida era una calle de sentido único y he decidido caminarla con Lizzy.

Peter estaba furioso. Su semblante cambió de color unas diez veces y temí que me arrancara la cabeza de un momento a otro.

—¡Tú estás saliendo con Lizzy?! —gritó realmente enfurecido.

Hice una mueca de espanto muy al estilo «La máscara» y su furia aumentó. Peter soltaba humo por los oídos y temí lo peor.

—No sabía que eras prejuicioso —manifesté ofendido y él me asesinó con sus balas azules.

—¡Matt!

Llegué a pensar que estaba poseído. Le miré con ojos de cordero degollado y su expresión se suavizó, ligeramente.

—Te lo iba a decir, pero temí que reaccionaras así.

Peter echó hacia atrás su cabeza y emitió algo ininteligible. Quizá era el idioma que usaba para hablar con Dios. Miré el techo curioso, pero solo atisé el tejado de color blanco con algunas manchas.

—No es como las demás—se quejó y me zarandeó por los hombros.

Mi pelo, al igual que mis ideas, se desordenaron.

—¡Dios es amor! —exclamé a voz en cuello y él me soltó de manera vertiginosa.

Aquello siempre funcionaba.

—¡Por el amor de Dios! ¡No blasfemes!

Pocas veces lo vi así en mi vida, en realidad, sólo un par de veces, como cuando arribé en su antigua iglesia completamente drogado y desnudo. Me metió dentro de la vasija donde yacía el agua bendita y me despabiló en pocos instantes.

—¡Matt!

Su voz ronca y grave me devolvió al presente.

—La llevaré a la granja —solté de pronto y él me miró conmocionado.

—¿Qué?

Peter comprendió que Lizzy no era un juego, sino algo mucho más poderoso que un simple revolcón.

—¿Me hablas en serio, Matt?

Sus ojos me miraron con admiración y suspicacia.

—Sí.

Soltó un gemido.

—Llevo semanas sin probar drogas, alcohol o sexo casual.

Mi amigo el fervoroso esbozó una sonrisa radiante, como si presenciara por primera vez un milagro...

Esa misma tarde la llevé a mi sitio sagrado, al bosque etéreo donde encontraba paz y calma. Lizzy corrió hacia el lago.

—¡Es hermoso, Matt! —gritó, se desnudó y se lanzó al agua de un salto.

Entorné mis ojos con exageración.

—¡Lizzy!

—¡Ven, Matt! —bramó, exhibiendo sus pequeños y deliciosos senos por sobre el agua.

«¡Ay Dios!», dije antes de quitarme a toda prisa, las ropas.

—Jamás he nadado aquí —declaré al tiempo que me acercaba a ella.

Una expresión jocosa se dibujó en su bello rostro.

—¿No? —Envolvió mi cuello con sus brazos y me rodeó la cintura con sus delgadas piernas.

—No. Era un chico decente antes de conocerte —confesé haciendo una mueca que imaginé enigmática.

Se carcajeó echando hacia atrás su cabeza con la boca repleta de risas.

—Además, el color del agua no me inspiraba mucho.

Me miró con expresión ladina tras componerse de la carcajada.

—¡Gallina! —tronó y me metí dentro del agua de golpe, con ella encima—. ¡Ahhhhhhh! —vociferó al emerger del lago.

Me desternillé y ella también.

—¡Estás loco!

Posé mi cabeza sobre la suya.

—Por ti, Lizzy. Por ti...

Se mordió el labio inferior nerviosa.

—¿Hablas en serio, Matt?

Me sentía vulnerable ante su escrutinio meloso.

—Completamente —aduje con un enorme nudo en la garganta.

El sol, en ese instante, derramaba su luz amarilla por todo el sitio. Lizzy se acomodó sobre mi regazo y la penetré lentamente. Ella soltó un gemido de placer al amoldarse a mi erección.

—Lizzy —susurré excitado al tiempo que ella se montaba sobre mí a toda prisa y con mucha fuerza.

Le acaricié los senos. Ella se movía con envilecimiento sobre mí, removiéndome con violencia el agua a nuestro alrededor.

—¡Me vuelves loca! —chilló y se irguió de golpe.

Me besó con ardor.

—Y tú a mí.

La penetré sin delicadezas ni contemplaciones. La apretujé contra mi cuerpo y ambos nos movimos al mismo compás.

«Frena un poco, cielo» pensé, a punto de correrme.

Tuve que morderme los labios e imaginarme a Albert con ropa femenina para no estallar antes del tiempo.

Lizzy gritó y echó atrás la cabeza mientras se agarrotaba y convulsionaba contra mi cuerpo. Abrió mucho la boca, esta vez, sin emitir sonido, y me clavó las uñas en el bíceps al tiempo que sufría un último estremecimiento. El clímax nos golpeó con una fuerza cegadora.

—¡Ay! —grité tras recibir un mordisco en mi cuello, y no con demasiada dulzura que digamos.

—Lo siento —me dijo algo azorada, mientras clavaba mis ojos en su rostro.

La miré turbado, al ver en sus pupilas a la otra.



Lizzy

## La felicidad

♪ *You and Me - Lifehouse* ♪

*«La dicha de la vida consiste en tener siempre algo que hacer, alguien a quien amar y alguna cosa que esperar», dijo Thomas Chalmers*

Tenía algo que hacer.  
Tenía a alguien a quien amar.  
Y ahora, también tenía alguna cosa que esperar.

El corazón se me encogía cada vez que miraba a Matt. Dormía a mi lado como un ángel inocente.

Lo amaba con enajenación.  
Lo amaba con inocencia pueril.  
Lo amaba con todo mi ser.  
Lo amaba, como jamás había amado a otro en mi vida.

Besé sus labios y él suspiró hondo.  
—Lizzy —murmulló, pero no se despertó.

La noche anterior habíamos hecho el amor tres veces seguidas, sin la menor necesidad de usar algún afrodisiaco extra. Era el amor y sus efectos.

—Te amo —le susurré y él repitió mi nombre.

Me levanté de la cama completamente desnuda y cogí su camisa blanca para cubrirme. Decidí deambular por el jardín de su mansión, caminar siempre me hacía bien cuando la otra intentaba huir de su mazmorra como ayer, cuando mordió salvajemente a Matt. Un mordisco que dejó una horrible marca en su cuello. Al evocarlo, la culpa me embargó.

—¿Me has mordido? —preguntó Matt, atribulado y bastante asustado, como un niño que acababa de ser atacado por un perro salvaje.

Creo que él sabía más de lo que decía.  
—Lo siento —le dije abatida y cabizbaja.

Matt farfulló algo inarticulado. Yo continué alicaída.

—Mírame —rogó y levantó mi mentón con el dedo índice derecho.

Le escrudiñé con ojos nublados y huidizos al tiempo que apretaba mi mejilla contra la suya.

—¿Soy tan apetecible? —preguntó con sorna y no pude evitar reírme.

Me rodeó la cintura con sus fuertes brazos. Los ojos que cayeron sobre mí eran tiernos y dulces.

—Estaba hambrienta. —Seguí el chiste.

Nos abrazamos con fuerza, como si lleváramos meses sin vernos. De pronto nos relajamos y la tensión de minutos atrás desapareció. Matt me rozó la oreja con sus labios y un gemido ronco se me escapó del pecho.

—Estar aquí contigo es un sueño —le susurré llorando.  
Me meció bajo el agua. Sonreí a través de las lágrimas.  
—¿Tienes frío, cielo? —preguntó al notar mis tembleques.  
Me aparté y le dediqué una mirada profunda.  
—Frío y hambre —respondí con sinceridad.

Él abrió con exageración sus ojos azules clarísimos e hizo una mueca muy divertida.

—¡Válgame Dios!

—¡Eres un payaso! —le grité y él me besó.

Salimos del lago tiritando. Nos vestimos y fuimos a un restaurante cercano. Comimos hasta saciarnos.

Volví al presente con una sensación difícil de definir con palabras.

Fue una tarde maravillosa.

Inolvidable.

Etérea.

Crucé el suntuoso jardín descalza, con los brazos entrelazados. Me detuve cerca de un columpio de madera. Lo admiré y luego me senté en él.

Observé taciturna aquel sitio opulento, cuya fachada cara había visto únicamente en revistas o en la televisión. Matt era rico, pero pobre por dentro me dijo días atrás. El vacío que cargaba dentro no se rellenaba con los millones que tenía en su cuenta. Entonces, le hice una propuesta y le llevé a mi mundo, a mi humilde mundo días atrás. Visitamos orfanatos, asilos y algunos alberges de animales abandonados, donde yo solía trabajar como voluntaria. No tenía un duro, pero al menos tenía dos manos y un corazón tan carente como aquellos que ayudaba cada fin de semana.

Matt lloró al conocer la miseria humana.

Matt lamentó la suerte de aquellos niños, ancianos y animales.

Matt compartió su fortuna.

Matt decidió ser voluntario.

Matt no era pobre como pensaba, sino inmensamente rico como yo suponía.

—¿Lizzy? —dijo desde la sala y me arrancó de mi ensoñación.

«Gracias», murmuré mirando al cielo.

—¿Lizzy? —repitió somnoliento.

Me sorbí por la nariz.

—¡Aquí! —le grité desde mi sitio.

Tenía el pelo tan alborotado como sus pensamientos. Su expresión lo delató.

—¿Qué haces ahí, vida? —me preguntó bostezando desde la puerta ventana acristalada.

Le miré embobada. Matt llevaba puesto únicamente su bóxer negro de la marca Calvin Klein. Deslicé mis ojos en su cuerpo de ensueño. Los dioses mitológicos sentirían celos de su belleza.

—Buscaba paz.

Se acercó a grandes zancadas.

—El cielo está precioso —comenté y eché atrás la cabeza para admirar la bóveda nocturna.

Nos miramos el uno al otro y, por un instante, me dio la impresión de que nos olvidábamos del resto del mundo.

—Está maravilloso —dijo mirándome con magnitud.

En su rostro se dibujó una sonrisa bobalicona. Me ruboricé.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó y asentí con la cabeza.

Se acomodó junto a mí y me hizo sentar sobre su regazo como si fuera una niña pequeña a continuación.

—Te he echado en falta —musitó.

—También yo.

Empezó a mecer el columpio. Acomodé mi cabeza sobre su hombro izquierdo y el sueño se apoderó de mí tiempo después.

—Te amo —siseó y su confesión se coló en mis sueños haciéndola irreal.







*Matt*

# Matt y su cielo

♪ *Say something - A Great Big World* ♪

«La felicidad humana generalmente no se logra con grandes golpes de suerte, que pueden ocurrir pocas veces, sino con pequeñas cosas que ocurren todos los días», dijo Benjamín Franklin.

Él tenía razón.

Mis días grises fueron coloreados desde que conocí a Lizzy. Llorar no era necesario cuando la risa usurpaba su lugar.

Viajamos el fin de semana al sitio mágico donde alguna vez fui tan feliz. Era la granja de mis abuelos, unos de los pocos seres humanos que me amaron de verdad en la tierra. Por desgracia, murieron muy pronto y dejaron un enorme hueco en mi vida y en mi pecho.

—¿Adónde iremos? —me preguntó Lizzy, ansiosa durante el camino.

Su larga melena jugueteaba con la brisa salvaje y perfumada del campo. Una imagen etérea que acariciaba mi ser y agitaba mi corazón.

—A un santuario —respondí y besé el dorso de su mano.

Me miró asombrada, como si en lugar de verme a mí, estuviera viendo un fantasma.

—A mí santuario —repuse sonriendo y aceleré aún más mi auto deportivo descapotable.

Se arregló la melena y me miró con intensidad.

—No veo la hora de sanarme allí. —Mi corazón estalló de alegría.

Llevábamos unos dos meses saliendo y haciendo el amor en los lugares menos tradicionales. En la iglesia abandonada, en la plaza cerca de su casa, en mi bosque, sobre el viejo tronco caído, en algún charco de lluvia, en el cine, en alguna tienda de ropa, en el lago, en algún bosque, en el jardín de su vecina o en el mío. Era una loca y yo estaba loco por ella.

Jamás había sentido algo igual.

Lizzy era la cura de mis males.

Era mi salvación.

Y perdición.

Sentía mil cosas por ella. No sabía que un ser humano podía sentir tantas emociones por una sola persona. Pero, no todos mis sentimientos hacia ella eran buenos e inocentes. Infelizmente.

Días atrás, cuando la vi hablando con Albert en mi casa, me volví loco de celos. La llevé al sótano —donde mi padre solía encerrarme cuando hacía alguna travesura—, tras la reunión con mis amigos. Le hice lo mismo a ella, a pesar de sus ruegos y su desesperación. Lloraba a lágrima viva mientras la arrastraba hasta el lugar del horror.

—¡Matt, no! ¡Por favor!

Lizzy tenía pavor a los sótanos.

Su padre la encerraba en uno.

La violentaba.

La golpeaba.

La torturaba.

—¡No! —grité iracundo antes de trancar la puerta.

—¡Por favor, Matt! ¡Tengo miedo!

Taponé mis oídos con mis manos.

—¡Matt!

Lizzy gritó exasperada al otro lado y yo no cedí. Me senté sobre el frío piso y lloré con amargura, sumiéndome en mi martirio del pasado.

—Matt, por favor —suplicó sollozando.

Un llanto desconsolado agitó mi pecho.

—¡Por favor! —suplicó sin fuerzas.

La tristeza me embargó y también la compasión.

—Lizzy —gemí de dolor y abrí la maldita puerta.

—¡Matt! —chilló al verme y se lanzó a mis brazos a pesar de mi maldad.

—Lo siento, mi amor.

Besé su cara y sentí el sabor amargo de su pena en mis labios.

Jadeó y se apretujó contra mi cuerpo, temblando.

—Tenía mucho miedo —gimió y la apretujé.

—Lo siento... —lloré como un crío pequeño, como el niño que alguna vez fui.

Le pedí perdón llorando y ella me lo concedió al instante.

La detesté por ello y le exigí que fuera más tenaz. Entonces, ella me dijo que el amor era comprensivo y todo, todo, lo disculpaba.

Las palabras de Peter irrumpieron mi mente y alteraron mi corazón.

*«El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».*

—No me cansaré de disculparme —le dije y ella besó mis labios con ternura.

—Al menos me has pedido perdón.

Lizzy se refería a su padre y a su novio, quienes nunca lo habían hecho.

—Lo siento —repetía incesantemente.

Le hice el amor en aquella vieja cama de madera. Borrarnos juntos las huellas dolorosas del pasado, con un hermoso e indeleble momento.

—Mi padre me encerraba aquí, Lizzy.—Su cabeza reposaba sobre mi pecho—. Me pegaba hasta cansarse, hasta que le doliera el brazo.—Comenzó a sollozar—. No le importaba mis ruegos y mis promesas infantiles.

—Matt —gimió, temblando como una hoja.

Me senté sobre la cama y la estreché con fuerza.

—Mi amor —le susurré y le acaricié su delicada espalda.

—¿Por qué Dios nos olvidó, Matt?

Su pregunta me dejó enmudecido por varios segundos.

—Quizá Él no escuchó nuestros ruegos, porque nuestros verdugos gritaron más alto —le dije con un fervor que desconocía en mí hasta entonces.

«¿Acaso Dios había hablado por mí?».

Lizzy se apartó y me miró con fervor y admiración.

—Y hoy nos regala la cura ¿no? —preguntó con un ápice de esperanza en el rostro.

Asentí con la cabeza. La recosté sobre la cama maldita y la volví a amar.

Al día siguiente, destrozamos la misma con unas hachas y quemamos las maderas en la fastuosa chimenea de la sala mientras afuera llovía desapaciblemente.

—Llevaré algunos trozos a la chimenea de tu cuarto, Matt.

La miré fijo y negué con ambas manos.

—Los llevaré yo, cielo.

Lizzy respiró hondo y alzó la barbilla.

—Los malos recuerdos deben desaparecer —enunció y yo me limité a asentir.

Contemplé mi casa con ojos críticos.

—Creo que es momento de abandonar ésta mansión, Lizzy.

Ella se desnudó con sensualidad frente a mí, robándose mi paz y mi atención por completo. Me pasé la lengua sobre los labios, incitado por lo que mis ojos veían. Nunca sentí tanto deseo por una mujer.

—¡Primero hazme el amor en la terraza, bajo la lluvia! —pidió y salió corriendo.

Una sonora carcajada se me escapó del pecho.

—¡Eres muy traviesa!

Me lanzó una mirada desafiante.

—¡Gallina!

Subió las escaleras a toda prisa.

—¿Qué has dicho?

Se detuvo a medio andar y me lanzó una mirada socarrona.

—G-a-l-l-i-n-a —deletreó con sorna y segundos después se echó a correr de nuevo.

Resoplé sin abandonar mi sonrisa.

—¡Pagarás tu insolencia, Lizzy!

Ella se carcajeó y su risotada acarició los rincones más profundos y sombríos de mi alma.

Me desnudé a toda prisa, dejando una prenda a cada paso que daba. ¡Estábamos locos!

—¿Lizzy? —dije sonriendo al tiempo que cruzaba la puerta de mi recámara como había venido al mundo.

Ella no contestó y temí lo peor al ver la puerta acristalada de mi cuarto abierta de par en par. No la vi en la terraza y perdí el control de mi sensatez por completo.

—¡Lizzy! —aullé exasperado y crucé el umbral a toda prisa, sin importarme con la tormenta que caía afuera—. ¡Lizzy!

Alguien cerró la puerta de cristal de mi cuarto con violencia, arrancándome de mi desesperación.

—¿Cielo? —murmullé algo atónito al ver la expresión sombría de su rostro al otro lado del cristal.

Respiré con dificultad, como si el aire no me llegara a los pulmones. Me acerqué con cautela, tragando constantemente la saliva. Me sentí vulnerable e impotente desde mi sitio.

«Lizzy», farfullé derrotado.

Encendió el aparato de música y la canción«Say something» de A Great Big World comenzó a sonar a toda potencia, erizándome la piel y acelerándome el corazón a niveles inhumanos.

Me miraba con ojos flameantes al otro lado del cristal, desnuda e indefensa. Contemplándome con terror y amor a la vez.

Me acerqué calado hasta los huesos e intenté abrir la puerta, que estaba trancada por dentro.

Modulé su nombre con los labios y golpeé el vidrio varias veces.

Ella acababa de apagar las luces de afuera, pero de todos modos podíamos vernos.

—Matt. —Leí en su boca.

El vacío se adueñó de mi estómago.

—Lizzy —dije abrumado al comprender que ella no era ella en realidad.

La otra había vuelto. La huésped maldita que muchas veces domaba su ser por completo.

«Lena» trazó en el cristal, escrutándome con ojos suplicantes.

Quise abrazarla y protegerla de aquel monstruo.

—Estoy aquí —solfeé moviendo mis labios.

Ella entrecerró sus ojos por unos instantes.

—Siempre —garabateé en el vidrio y lloró.

Los truenos desapacibles asaltaron el cielo, como la tristeza asaltaba mi corazón. Lizzy colocó ambas manos contra el cristal y yo puse las mías a continuación, intentando tocarla a través del duro y frío vidrio que nos separaba.

Un rayo fulguroso cruzó el cielo embravecido e iluminó nuestros rostros por unos segundos. Nos miramos con añoranza desmesurada y empezamos a deslizar nuestras manos al mismo compás contra el vidriado, mientras la canción rellenaba los espacios silenciosos.

Sus ojos se nublaron y los míos también. ¿Ella me estaba dedicando aquella canción tan triste? La letra me hizo sollozar y no tuve vergüenza de ello.

*Di algo, estoy renunciando a ti  
Voy a ser el indicado si quieres que lo sea  
A cualquier parte te hubiera seguido...  
Di algo, estoy renunciando a ti  
Y yo...  
Me siento tan insignificante  
Todo estaba por encima de mi cabeza  
No sabía nada, en absoluto...  
Y yo...  
Voy a tropezar y caer,  
Todavía estoy aprendiendo a amar,  
Apenas comenzando a gatear,  
Di algo, estoy renunciando a ti...*

Lizzy abrió la puerta de repente y rompió con la barrera que nos separaba.

—No podría renunciar a ti —me dijo y me besó con vehemencia, como si fuera la última vez —. Prefiero renunciar a la vida, Matt, que a ti.

La cargué entre mis brazos y la besé con una pasión realmente insana.

—Igual yo —jadeé sobre sus labios.

Me apartó y me miró con los ojos brillantes de deseo.

—Hazme el amor, Matt, quiero ser tuya para siempre —me pidió y yo, sumiso, obedecí.

La posé sobre la barandilla de piedras y la adoré con los ojos, mientras la lluvia nos calaba hasta los huesos. Ella abrió sus piernas de un modo muy sensual, me acuclillé como un esclavo y hundí mi lengua en su centro, necesitaba saborearla, sentirla, atormentarla.

—Matt —susurró extasiada.

Apretó mi cabeza contra su parte íntima. Un estremecimiento de placer atravesó su cuerpo como un relámpago cuando mi lengua la penetró.

—Eres exquisita —susurré sin apartar del todo mi boca de su parte íntima.

—Oh, Dios...

Un ronco murmullo de placer se le escapó de la garganta cuando comencé a succionarle sus deliciosos y húmedos pliegues. Ardíamos a pesar de estar bajo agua.

—Continúa —rogo retorciéndose cada vez más.

—Suplícame —le ordené y me alejé de su entrepierna.

—Por favorrrrr... —rogó arrastrando cada letra.

No podía más, me levanté y me acomodé entre sus piernas. Necesitaba penetrarla, hacerla mía. Ella me acogió sin protestar.

—Oh, Lizzy —jadeé embistiéndola con fuerza.

—Oh... —gimió, echándose hacia atrás y robándome la cordura por completo.  
Lizzy arqueó su espalda y se entregó a un clímax destructivo.



*Matt*



# El perdón

♪ *Cinema Paradiso -Ennio Morricone*♪

*Se perdona mientras se ama. «François de la Rochefoucauld.*

Lizzy me ha perdonado, pero yo no.

La culpa me estaba matando.

Era difícil explicar lo que sentía dentro de mí, era la primera vez que lo experimentaba. Era mágico, dulce, tierno, aterrador, embriagador, maravilloso, adictivo y, ante todo, sanador. Lizzy era la cura que precisaba hacía tiempo. El destino había escuchado mis deseos y la felicidad al fin había llegado a mi vida.

—Me daré un baño —anunció y se levantó de la cama completamente desnuda.

La miré embelesado, como si fuera la primera vez que la estuviera viendo así. Sus glúteos, delgados pero firmes, me robaban la paz, al igual que sus pequeños senos y su delicada espalda de sirena. Giró su rostro y me lanzó un beso desde el umbral del cuarto de baño. Cogí el beso en el aire y lo llevé al corazón.

—¿No vendrás? —me preguntó con su voz, melosa, revestida de segundas intenciones.

Yo acababa de ducharme.

—Tengo algunas cosas que hacer —dije fascinado como un adolescente de doce años, mirando por primera vez una revista *Playboy*.

Me puse una camisa blanca y un pantalón de vestir negro. Fui al cuarto de baño y me rocié algo de mi perfume.

—Amo el aroma de tu perfume, ¿de qué marca es? —demandó mordiéndose los labios con sensualidad mientras preparaba la bañera.

Escruté el frasco y luego la miré a ella.

—Es personalizado —contesté algo intimidado.

El dinero otorgaba ciertos lujos, pero no sanaba las heridas del alma. Lizzy me miró con picardía.

—Estás hermoso —me dijo, mientras se sumergía en la bañera con sensualidad.

Me mordí el labio inferior con lascivia. Ver a Lizzy desnuda siempre despertaba mis demonios más salvajes.

—Mejor bajo o entraré junto a ti sin quitarme las ropas.

Ella rio con todo su corazón y espantó por unos instantes la culpa que yo cargaba tras el incidente del sótano.

—Iré junto a ti —siseó tras recomponerse de la risa.

Esta vez yo le lancé un beso en el aire, que ella sujetó con la mano derecha y lo guardó en su pecho izquierdo a continuación.

¡Éramos tan cursis! Y felices, muy felices.

Terminé una reunión via Skype con mis nuevos socios. Descendí la escalinata de caracol, meditabundo. Visualicé mi reloj de pulsera y solté un silbido de indignación.

—Se hizo tarde. ¡Joder!

Ennio Morricone irrumpía el ambiente con la banda sonora de la película «Cinema Paradiso». Mi favorita.

Prepararía mi especialidad: Fettuccine Alfredo con gambas, pan de ajo y ensalada. Llevaba

tiempo haciendo un curso de cocina con Allegra y no era nada malo como cocinero.

Hablando en ella...

Cuando llegué recién a la ciudad, tras mi viaje de negocios en Berlín, ella me buscó y conversamos como dos amigos de toda la vida.

—¿Has encontrado a tu Lucy? —me había preguntado cuando le dije que estaba completamente enamorado de Lizzy—. ¿Cuándo lo supiste? ¿Cuándo te diste cuenta que estabas enamorado? —preguntó expectante y ansiosa.

Un suspiro profundo y sonoro agitó mi pecho.

—Cuando la vi con aquel vestido blanco en el bazar, bajo el manto dorado del sol, que la iluminaba como si de un ángel se tratara. Mi corazón latió con fuerza, tras años de haberse petrificado —confesé mientras bebíamos una copa de vino Chardonnay—. Ni el tratamiento de choque logró tal hazaña en mí.

—¡Matt! —chilló y me dio un golpecito en el antebrazo derecho.

Miré ensimismado mi suntuoso jardín, evocando una y otra vez a Lizzy, a la dueña absoluta de mi ser.

—Aquel día, supe que jamás podría olvidarla, que la vida sin ella no tenía sentido.

Una lágrima atravesó el rostro de Allegra.

—Es tu Lucy.

—No llores, Allegra. Pronto encontrarás a tu Henry.

Ella comenzó a hipar.

—Me conformaría con su amigo —mofó y no pude evitar reírme.

Sonrió a través de la cortina de lágrimas que cubría su bello y pecoso rostro.

—No llores —le supliqué con el corazón en un puño.

Se sorbió por la nariz.

—¿Me dejarás organizarte la fiesta de boda?

Le dije que sí, para que dejara de llorar. Las lágrimas de una mujer me desarmaban.

El aroma exquisito de la salsa me arrancó de mi trance. Descorché una botella de vino a continuación y me serví una copa.

—¿No me invitarás una copa? —dijo de pronto Lizzy a mis espaldas.

Giré mi rostro y la miré con infinito amor.

—Nunca vi un ser más celestial que tú —manifesté, abriendo mucho los ojos y la boca.

Lizzy giró sobre sí misma y su vestido se balanceó con gracia.

—Gracias, mi amor.

«Mi amor. Mi amor. Mi amor», resonó en mi cabeza y agitó mi corazón como un torbellino furioso e indomable. Lizzy estaba hermosa con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. La miré como si tuviese ante mis ojos lo que más amaba en el mundo. Y era cierto, lo tenía.

—¿Sabes cocinar? —inquirió con expresión de sorpresa.

Esbocé una sonrisa petulante. Le estiré una copa y deposité un beso en sus pequeños, pero carnosos labios. Lizzy llevaba algo de maquillaje, pero la verdad no lo necesitaba, en absoluto.

—Odio tener empleados, así que hice un curso de cocina con Allegra.

Enarcó sus cejas en un gesto suspicaz.

—¿Tu ex?

Allegra fue mi amante, amiga, compañera y cómplice de locuras. Pero nunca fue mi novia. Sin embargo, el pasado era inmutable y decidí asentir con la cabeza. Explicar mi vida desordenada no causarían buena impresión. Lizzy parpadeó y sus bellos ojos oscuros brillaron con fulgor.

—¡Huele delicioso! —esgrimió tras sorber un trago de su copa.

Serví la comida en el jardín, en la mesa acristalada que yacía cerca de la enorme piscina. Apagué las luces y encendí varias velas alrededor de la mesa. Una cena romántica a luz de velas aromáticas. Velas artesanales elaboradas por Allegra, en uno de sus tantos cursos.

—Mmm... huele delicioso —dijo Lizzy, olfateando el aire.

Las velas olían a frambuesas, tras conocerla, ese aroma pasó a ser uno de mis favoritos.

—Para ti —le dije y le regalé una rosa blanca.

Cogió la flor sonriendo con una expresión muy pícara.

—¿Has robado una rosa de la iglesia? —demandó con expresión taimada.

Puse mi dedo índice derecho sobre mis labios.

—No me delates con Peter. —Ambos reímos.

Tomamos asiento y comimos entre risas y recuerdos.

—No hables de Thor —le dije, refiriéndome al perro que habíamos rescatado el otro día en plena madrugada.

—¡Te lamió la cara y tú estabas con la boca abierta! —No pude evitar reírme con ella.

Lizzy era aún más hermosa cuando reía.

—¡Tenemos dieciséis perros y veinte gatos en el primer albergue que hemos fundado! —exclamé con el pecho hinchado de orgullo y satisfacción.

—Les has devuelto la vida a esos pobres angelitos —susurró con un enorme nudo en la garganta.

—Y ellos a mí.

Empapó el pan de ajo en la salsa y lo llevó a la boca con mucha sensualidad.

—Me encanta verte feliz —repuse y ella asintió, sin abandonar del todo su sonrisa.

Me levanté de un momento a otro y le extendí mi mano derecha.

—¿Bailarías esta pieza conmigo? —le pregunté reclinándome levemente.

Bebió un sorbo de su vino antes de coger mi mano con brío. Lizzy llevaba puesto un hermoso vestido negro sin hombros, de corte caído y largo hasta sus pequeños pies.

—Encantada —contestó tras limpiarse los labios con la servilleta de lino.

Giramos al compás de la canción «Se» de Josh Groban, sobre el césped del jardín. Nos miramos con embeleso y aunque sonaba raro, con nostalgia.

—Eres un ángel —dije embrujado por su belleza.

Ella se ensombreció y nos detuvimos de pronto.

—O un demonio —murmuró afligida.

No dije nada, simplemente la besé con todo el amor que me dictaba el corazón.

La cargué entre mis brazos y la llevé a mi cuarto.

Esa noche por primera vez le hice el amor a una mujer en mi vida.

## Lizzy

♪Moments -John Barry♪

El trastorno bipolar es una afección mental en la cual una persona tiene cambios marcados o extremos en el estado de ánimo. Los periodos de sentirse triste o deprimido pueden alternar con periodos de sentirse muy feliz y activo o malhumorado.

Afecta por igual a hombres y mujeres, con frecuencia comienza entre los 15 y 25 años. La causa exacta se desconoce, pero se presenta con mayor frecuencia en parientes de personas que padecen dicho trastorno.

Las causas no siempre son claras. Los científicos están tratando de obtener más informaciones sobre él a través de estudios.

Mi madre me dijo que mi abuela lo padeció.

Quizá lo heredé.

El dolor lo desarrolló.

El odio lo profundizó.

Tenía 20 años cuando mi madre notó los primeros síntomas. Al inicio supuso que era depresión, motivos no me faltaban. Pero los cambios repentinos y continuos de humores le confirmaron sus sospechas.

Me habló de la enfermedad y yo le hablé de mi amiga Lena. Ella palideció al oírme.

—¿Quién es Lena? —preguntó temblando.

La miré fijo y curiosa. ¿Por qué reaccionaba de aquel modo?

—Ella es mi amiga interna —afirmé sonriendo—. Ella me hacía compañía en el sótano, —la miré con rabia— donde papá me encerraba cuando era una cría, tras su ritual, mientras tú te recuperabas de alguna paliza.

Mi madre lloraba a moco tendido, pero sus lágrimas no me conmovían. Era mi madre y su deber era cuidarme, pero no lo hizo.

—Lena me ayudaba a superar el dolor y el miedo que me causaba ese hombre, al que solía llamar papá.

Mi padre me encerraba allí tras violentarme. El sótano era un sitio aterrador de noche. Frío, oscuro y desolador.

—¡Cuidado con las ratas y arañas! —chillaba ese enfermo tras trancarme allí.

—¡Sácame de aquí! —imploraba con desesperación.

—Te has portado mal, Lizzy y mereces un buen castigo.

Abrazaba mis piernas cerca del alféizar de la ventana y lloraba, suplicando al cielo que me protegiera. Allí conocí a Lena, mi amiga invisible, que juró cuidarme de todos los hombres desde entonces.

A menudo, me sentía muy triste. De niña no iba a la escuela o me quedaba en la cama cuando me sentía deprimida. En otras ocasiones me sentía muy feliz. Hablaba rápido y pensaba que podía hacer cualquier cosa, incluso matar a mi padre.

Entonces, mamá me llevó a un médico y este nos indicó un psiquiatra. Hablé con él sobre cómo me sentía. Pronto pude ver que mis altibajos eran graves. Me diagnosticaron «Trastorno bipolar», y desde entonces uso medicamentos y hago terapias de diálogos.

Un secreto bien guardado que Matt no conocía aún. Temía a su reacción y por ello lo callaba, al menos por un lapso, hasta lograr domar mi temor.

En la clínica conocí a Martín Müller y a Malila Schneider, ambos padecían del mismo trastorno que yo.

Algunas personas no mejoraban con los medicamentos y la terapia de diálogos. Últimamente

creo que era mi caso.

—Existe la terapia electroconvulsiva o TEC. A veces se la llama terapia de «choque» —me dijo mi terapeuta la última vez que consulté con él.

—¿En qué consiste el tratamiento? —pregunté nerviosa y agitada.

Él me miró con reserva antes de contestarme.

—La TEC da un choque rápido que a veces puede corregir problemas en el cerebro. Se utiliza para tratar la depresión y otras enfermedades mentales. La actividad convulsiva puede ayudar al cerebro a reconectarse a sí mismo, lo cual ayuda a aliviar los síntomas.

Mi corazón latió con fuerza.

—¿Es efectiva? —demandé con cautela.

El médico sonrió y el alivio me envolvió de pies a cabeza.

—Es muy efectiva —aseguró—. Pero, actualmente ya no se emplea ese método.

Lo miré pasmada y entonces, comprendí el trasfondo. El tratamiento era vedado y alternativo. Lo miré curiosa. Quizá lo estaban investigando otra vez y necesitaban de cobayas. Me habló de los efectos colaterales y comprendí porqué lo habían prohibido.

—Piénsalo —repuso y se retiró de la sala.

Todo iba bien, hasta que Matt me encerró en el sótano días atrás y Lena juró vengarse de él. Ella era capaz de todo.

—No tengo otra alternativa —me dije apenada.



*Lizzy*

# El secreto de Matt

♪There`s no play like home – Michael Giacchino♪

«La dicha de la vida consiste en tener siempre algo que hacer, alguien a quien amar y alguna cosa que esperar», dijo Thomas Chalmers y hoy lo confirmaba con creces.

La felicidad siempre había tenido fecha de caducidad en mi vida, hasta que Matt llegó y lo cambió. Al menos, eso pensé.

—¡No me hallarás! —grité antes de salir corriendo como una flecha por la granja.

Matt soltó una carcajada sonora.

—¡Contaré hasta cincuenta y luego te hallaré!

Jugamos a las escondidas en el frondoso y misterioso bosque que rodeaba el lugar. Era precioso y bastante intrigante. Matt me encontró en el arroyo, completamente desnuda, sobre unas piedras que yacían allí. El sol enmarcaba mi menudo cuerpo, mientras él me observaba con deleite desde su sitio. No tardó ni un minuto en sacarse las ropas y venir a mi encuentro.

—Te encontré —me dijo, arrastrándome hacia él.

Envolví su cuello con mis delgados brazos. Él se amoldó entre mis piernas.

—¿Siempre lo harás, Matt? —pregunté con voz llorosa—. ¿Siempre me encontrarás, vaya donde vaya?

—Siempre Lizzy, siempre —prometió y yo le creí.

Hicimos el amor bajo el manto dorado de aquel sol primoroso que nos cubría, nos acariciaba, nos abrazaba.

—Te amo —le dije y con esas palabras le entregué mi magullado corazón.

Matt me miró con adoración y, en lugar de replicarme, me besó. Aún no estaba preparado para decir aquellas dos palabras tan poderosas. Quizá la culpa del otro día todavía lo asaltaba. El dolor que me causó abrió una profunda herida en su ser. Yo lo perdoné, porque quien ama siempre perdona todo.

Por la noche, tras la deliciosa cena, nos acostamos sobre el césped y terminamos haciendo el amor, como siempre. Él se puso pensativo y yo curiosa tras amarnos.

—¿Tienes un secreto, Matt? —le pregunté y mi voz sonó lejana.

Él no me respondió al instante y temí haber abierto algún portal oscuro y doloroso en su pecho.

Suspiré y tragué con cierta dificultad.

Observábamos el cielo estrellado desde el jardín frontal de la casa. El aire olía a jazmines, rosas, margaritas, castaños y almendros. Los grillos y las ranas rellenaron el silencio con sus peculiares melodías. Estábamos acostados sobre una manta, completamente desnudos y abrazados bajo un edredón. Matt había apagado todas las luces.

—Es un lugar mágico —dijo absorto en sus pensamientos o quizá en sus recuerdos.

Miré el cielo con ojos soñadores.

—El principito sentiría envidia de este cielo —murmuré, evocando de manera inevitable la noche anterior, cuando Matt me contó mi primer cuento en toda mi vida.

Mis padres nunca lo hicieron.

Se olvidaron.

En lugar de ello, me traumaron.

El vacío no se llenó.

Pero el corazón agradeció.



Y mi niña interior, también.

—Tengo un secreto, Lizzy, uno muy oscuro y muy doloroso.

Tapé nuestros cuerpos con el edredón y acurruqué mi cabeza sobre su pecho. Él acarició mi cabeza, mirando el cielo con embeleso. Ayer, antes de dormirnos, me dijo que siempre miraba la bóveda y buscaba a Dios. Pero nunca lo vio y su corazón sangró. Dejó de buscarlo, hasta el día que la desesperación retornó a su vida. Él al igual que yo, pensaba quitarse la vida, aquel fin de mes, el mes en que nuestras vidas cambió para siempre.

Era obra de Dios, tenía certeza.

—No tienes que contarme, Matt —dije tras suspirar.

Me miró.

—Tú lo hiciste, mi amor. Ahora me toca a mí —dijo con un enorme nudo en la garganta.

Me contó lo que su niñera, Miranda, le había hecho durante los años de su infancia.

—Mi padre me golpeó duramente cuando le confesé lo que esa mujer me hacía —agregó enronquecido—. Él siempre lo supo y no le importó en lo más mínimo.

Mis ojos se empañaron. Conocía su dolor, lo había vivido en carne propia. No quería verlo triste y recordar el pasado era volver a vivirlo.

—Matt —mascullé, llorando.

Me acarició la cabeza, ajeno a mí.

—Pero mi tormento apenas había empezado, Lizzy.

Mi corazón dejó de latir.

—Aparte de los abusos y los maltratos físicos por parte de mi nana —su voz se quebró—, tiempo después encontré a mi padre con su mejor amigo en su despacho. —Hizo una pausa dramática. La sangre se me congeló—. Se estaban besando apasionadamente. Tenía solo diez años y mucho no comprendía de la vida, pero sabía que aquello que hacía con su amigo, no estaba bien.

Me estremecí.

—Había descubierto su mayor secreto y tenía que pagar por ello.

Una lágrima atravesó su hermoso rostro. Apreté su pectoral izquierdo en un acto reflejo.

—Mi padre me golpeó hasta el cansancio aquella noche y me encerró en el sótano. —Tragó con fuerza antes de continuar—: donde me violó... —le detuve con un ademán.

—No prosigas, por favor.

Matt entrecerró sus ojos con fuerza.

—Nadie, excepto tú, conoces este secreto, Lizzy —suspiró hondo—, ni siquiera Peter lo sabe, tenía demasiada vergüenza cómo para confesárselo.

El corazón se me volcó y mal podía respirar. Me embargó una profunda y dolorosa tristeza. Lloré a moco tendido mientras él me abría su caja torácica.

—Mi padre destruyó mi vida, y nunca se arrepintió.

La pesadumbre ensombreció su rostro.

—Al igual que mi padre hizo con la mía —le dije y nos abrazamos con fuerza.

—Dos almas y un mismo secreto —farfulló anegado en lágrimas.

«Tú no conoces todos mis secretos», pensé entristecida.

—Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida, Lizzy. —Lloré a lágrima viva al sentirme tan identificada con su afirmación—. Por muchos años fui sadomasoquista. Me gustaba causar dolor en las mujeres durante la intimidad, porque buscaba a mi niñera en todas ellas y quería castigarlas por ello.

Mis lágrimas brotaron e inundaron mis ojos.

—¿Por eso me castigaste el otro día? —pregunté en un susurro, empapando su pecho con mi

llanto.

Matt acarició mi cabeza con ternura.

—No, Lizzy —confesó apesadumbrado—. Te castigué porque habías entrado en mi corazón y no sabía cómo arrancarte de allí.

—Matt...

Le sequé las lágrimas con mis dedos.

—Lo que siento por ti me domina por completo y odio ser esclavo de un sentimiento que hasta hoy no conocía.

Nos quedamos en silencio.

—Lizzy... —Lo rompió él tras varios minutos.

Alcé la cabeza y busqué sus ojos.

—Dime.

Matt exhaló una gran bocanada de aire antes de hablar, parecía nervioso o quizá ansioso.

—Sonará muy precipitado —comenzó a decir y lo miré con una expresión de confusión en los ojos. —Sin embargo, creo que es momento de ser feliz ¿no?

Esbocé una sonrisa casi imperceptible en mis labios.

—Sí.

Matt soltó un largo y sonoro suspiro, que recorrió todo el valle antes de acariciarme la piel.

—¿Quieres casarte conmigo?

Mi alma se despegó de mi cuerpo.

—¿Cómo? —Estaba estupefacta.

Giró su cuerpo y me miró con adoración.

—¿Quieres pasar el resto de tu vida a mi lado, cielo?

Pausa mental para asimilar su pregunta. Quería gritar, llorar, patallar. ¡Nunca fui más feliz en mi vida! ¡Nuca! Me precipité sobre su cuerpo de golpe y le llené de besos.

—¿Es un sí? —preguntó riendo.

Me detuve y esbocé una amplia sonrisa.

—¡Sí! ¡Quiero ser tu esposa! —bramé y volvimos a hacer el amor, bajo aquel cielo lírico diseñado por los seres más celestiales y misteriosos del universo.



*Matt*

# Dos almas y un secreto

♪Why Worry-Dire Straits♪

«Te amo»

*De una manera inexplicable.*

*De una forma inconfesable.*

*De un modo contradictorio.*

*Te amo...*

*Con mis estados de ánimo que son muchos y cambian de humor continuamente, por lo que ya sabes.*

*El tiempo, la vida, la muerte.*

*Te amo...*

*Con el mundo que no entiendo,*

*Con la gente que no comprende,*

*Con la ambivalencia de mi alma,*

*Con la incoherencia de mis actos,*

*Con la fatalidad del destino,*

*Con la conspiración del deseo,*

*Con la ambigüedad de los hechos.*

*Aún cuando te digo que no te amo, te amo.*

*Hasta cuando te engaño, no te engaño,*

*En el fondo llevo a cabo un plan, para*

*Amarte mejor...*

*Te amo...*

*Sin reflexionar, inconscientemente,*

*Irresponsablemente, espontáneamente,*

*Involuntariamente, por instinto,*

*Por impulso, irracionalmente.*

*En efecto no tengo argumento lógico,*

*Ni siquiera improvisados para fundamentar*

*este amor que siento por ti,*

*Que surgió misteriosamente, de la nada y que*

*milagrosamente, de a poco, con poco y nada, ha mejorado lo peor de mí...*

*Te amo...*

*Te amo con un cuerpo que no piensa,*

*Con un corazón que no razona,*

*Con una cabeza que no coordina.*

*Te amo...*

*Incomprensiblemente, sin preguntarme por qué te amo,*

*Sin importarme por qué te amo,*

*Sin cuestionarme porqué te amo...*

*Te amo...*

*Sencillamente porque te amo,*

*Yo mismo no sé por qué te amo»*

*Pablo Neruda*

Elegí el poema de Pablo Neruda para mis votos matrimoniales, porque simplemente describía con precisión lo que sentía por Lizzy.

No era poeta.

Ni cantante.

Ni pintor.

Solo era un hombre enamorado y nada más tenía, que mi amor.

La vida al lado de Lizzy, era un sueño eterno sin fecha de caducidad. Tras nuestro viaje fugaz a mi granja y de comprometernos allí, vivimos un sinfín de momentos únicos en la iglesia abandonada, en mi bosque mágico, en su casa, en la mía, y en muchos otros sitios.

—¿Quieres hacer un pacto humano? —me preguntó cierto día, mientras sumergíamos nuestros pies en el lago de nuestro bosque.

Giré mi rostro y la miré fijo.

—¿En qué consiste?

Ella retiró un corazón de piedra partido en dos de su bolso

—Una vez me dijiste que tu corazón se había roto, Matt.

Suspiré con tristeza.

—Sí.

Ella separó el corazón con suavidad.

—Anoche tallé la mitad de estos dos.

Alzó la vista y contempló maravillada el cielo azul de aquel día poético. Yo la miré embobado a ella.

—Yo había enterrado un pedazo del mío con Mimosa —continuó.

—Tu gatita —repuse apenadísimo.

Tragó con dificultad su saliva.

—Esto ha sobrado del mío —me dijo al tiempo que me enseñaba la piedra perfectamente tallada en forma de un corazón.

La canción del grupo Secret Garden, «Melancholy», sonaba en su móvil, relleno el lugar con su majestuosa y triste melodía.

—Y esta sería la tuya —me aclaró y depositó el otro trozo en mi palma derecha.

—Dos almas, un solo corazón —le dije al borde de las lágrimas.

Lizzy asintió satisfecha y emocionada.

—En nuestra boda, en lugar de anillos, nos daremos lo que ha sobrado de nuestros corazones —expresó y me besó.

Sus labios sabían a menta.

—¡Me encanta la idea! —exclamé entusiasmado.

Me levanté de pronto y alcancé mi móvil. Lizzy silenció el suyo. Busqué una canción: «Why Worry» del grupo Dire Straits.

—¿Me concederías ésta canción, mi adorada novia?

Me dedicó una de sus sonrisas más hermosas. Cogió mi mano con vigor sin abandonar su sonrisa.

—Será un placer, mi amor.

La estreché y comencé a canturrearle la canción en su oído:

*Baby, veo que este mundo te ha puesto triste,*

*Algunas personas pueden ser malas,*

*Las cosas que hacen, las cosas que dicen,  
Pero nena yo enjugaré esas lágrimas amargas,  
Voy a ahuyentar esos miedos inquietos,  
Que hacen que tu cielo azul se vuelva gris...  
Por qué preocuparse, tiene que haber risa después del dolor,  
Tiene que brillar el sol después de la lluvia,  
Esas cosas siempre han sido así,  
Así que por qué preocuparse ahora...  
Nena cuando me deprimó me vuelvo hacia ti y tú  
Das sentido a lo que yo hago,  
Ya sé que es difícil de decir;  
Pero nena, justo cuando este mundo parece miserable y frío  
Nuestro amor empieza a brillar en rojo y oro  
Y todo lo demás no importa...  
Por qué preocuparse, tiene que haber risas después del dolor,  
Tiene que brillar el sol después de la lluvia  
Esas cosas siempre han sucedido así, así que...  
¿Por qué preocuparse ahora mi amor?*

Lizzy lloró a lágrima viva y yo la abracé. Le prometí transformar su dolor en risas y pensaba cumplirlo al pie de la letra.

—Eres mi ángel, Matt.

La aparté de mí y enjugué sus lágrimas con mis pulgares.

—Eres mi sol tras la tormenta, Lizzy.

Ella besó la punta de mi nariz enrojecida. A su lado, las emociones se me escapaban sin mucho tapujo.

—¿Será la canción de nuestro vals nupcial? —me preguntó con su peculiar dulzura—. ¿Lo permitirá, Allegra?

Reímos al evocarla. Allegra y Hanna organizaban nuestra boda, sin sospechar que ambos ya habíamos decidido hacerlo a nuestra manera.

—Será nuestra canción, Lizzy, incluso más allá de la propia muerte —le prometí con el corazón puesto en cada palabra.

—Te amo, Matt.

No pude replicarle. Besó mis labios con fogosidad y ternura al tiempo. Le devolví el beso con el mismo ardor.

—Tengo una idea —dije de pronto y la llevé al auto sin darle más explicaciones.

Arribamos a una tienda de tatuajes, para marcar nuestras pieles con una promesa eterna de amor. Yo no había conseguido aún decirle «te amo» al menos estando ella despierta. No sabía por qué me costaba tanto hacerlo. Opté por un gesto que valdría más que mil palabras.

—Queremos un ancla —dije decidido.

Lizzy seguía mirando el catálogo de dibujos, cuando lancé mi deseo sin consultarla antes.

—¿Un ancla? —preguntó confundida.

Entrelacé mi dedo índice izquierdo con su dedo índice derecho.

—El ancla es el símbolo de protección y seguridad, cielo —musité en un hilo de voz apenas audible—. Sea donde sea que estés, yo estaré allí para protegerte de todo mal.

Me besó con pasión, frente al dependiente de la tripa abultada y barba peculiar.

—Te amo —me dijo y yo no pude replicarle, como siempre.

Una pequeña imagen de un ancla en mi dedo índice izquierdo y uno en su dedo índice derecho, coronaron aquel hermoso día de promesas indelebles.

—Para siempre—prometió.

—Por siempre —juré.





*Lizzy*

# Nuestra boda

♪Hasta mi final -Il divo♪

*No te amo, como si fueras rosa de sal,  
topacio o flechas de claveles que propagan el fuego;  
Te amo como se aman ciertas cosas oscuras,  
Secretamente, entre la sombra y el alma...  
Te amo, como la planta que no florece y lleva  
dentro de sí, escondida, la luz de aquellas flores,  
y gracias a tu amor, vive oscuro en mi cuerpo el apretado aroma  
que ascendió de la tierra.  
Te amo sin saber cómo, ni cuándo, ni de dónde,  
Te amo directamente sin problemas ni orgullo.  
Así te amo, porque no sé amar de otra manera,  
Sino así de este modo en que no soy ni eres  
Tan cerca que tu mano sobre mi pecho es mía,  
tan cerca que se cierran tus ojos con mi sueño...*

*Soneto XVII, Pablo Neruda.*

El poema de Pablo Neruda era perfecto para este día. Decía todo con una sencillez y emotividad majestuosa.

No conocía los votos de mi futuro marido, pero supongo que optará por algún poema o algún mensaje bíblico.

No era escritora.

Ni cantante.

Ni pintora.

Era sencillamente una mujer enamorada, dispuesta a dar todo lo mejor de mí al hombre que Dios me había enviado.

Allegra y Hanna me visitaron por la tarde y me arreglaron para la noche. Discutían sobre los colores que usarían para maquillarme, sin siquiera consultarme.

—Realcemos sus bellos ojos oscuros —comentó Hanna.

Me sentía invisible.

—Quizá un peinado romano le acentuaría su bello y delicado rostro —matizó Allegra.

Ambas hablaban como si yo no estuviera allí.

«Te echo de menos», me escribió Matt y me envió una selfie desde su casa.

Estaba hermoso, como nunca. Sus ojos brillaban de un modo difícil de describir. Efecto de la felicidad.

«Y yo a ti», le respondí y cuando pensaba enviarle una foto, Hanna y Allegra gritaron.

—¡No! ¡Eso da mala suerte! —dijeron al unísono.

«Te amo», le escribí a mi futuro esposo, antes de que ambas me arrancaran los ojos.

*Matt*

♪ *Why worry - Dire Straits* ♪

Peter aceptó a regañadientes celebrar mi boda con Lizzy en la iglesia abandonada. No era el sitio ideal, me dijo, pero le aseguré que fue el sitio donde encontré la dicha y mi salvación.

Mi argumento lo convenció.

—¿Estás seguro de ello, Matt? —me preguntó algo suspicaz.

Mis ojos le respondieron antes que mi boca.

—Muy seguro, Peter.

Me miró con complicidad.

—¿Por qué no me lo comentaste antes?

Le miré con afecto, aquel padre de fe inquebrantable celaba por mi vida como lo haría un buen hermano mayor.

—Porque los milagros no se cuentan, se viven, amigo mío.

Peter me abrazó y santiguó, como de costumbre.

El gran día llegó.

Albert colocó la banda sonora de la película «La historia de Spitfire Grill», «Remembering Eli», del compositor James Horner como fondo musical para nuestra boda; petición exclusiva de mi futura esposa.

—Sois muy cursis —dijo Albert, algo gruñón.

Hice una mueca de fastidio.

—Pero felices —aduje y lo dejé estupefacto.

—No comprendo cómo pudieron rechazar mi fiesta —se quejaba Allegra por milésima vez, mientras esparcía pétalos de rosas rosas en el piso o lo que había restado de él.

—¿Has visto la boda de Noah y Allie? —le demandé, refiriéndome a los protagonistas de la película «Diario de una pasión».

Albert paseó sus ojos en mí y luego en Allegra.

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Albert, pero lo ignoramos.

Resopló y dijo algo por lo bajo.

—No —respondió ella algo alelada con mi pregunta.

—Pues, esto sería lo más similar —aseguré y ella comenzó a llorar.

Albert le pasó un pañuelo.

—Este pañuelo está casi limpio...

Allegra lo miró con embeleso.

—Hablas como George Wade.

Una mueca de confusión se dibujó en el rostro de mi amigo.

—¿Y ese, quién sería? —replicó Albert.

—El protagonista de «Amor a segunda vista» —respondí en un acto reflejo.

Resultado de las tardes noches viendo comedias románticas con Allegra.

—Ah —dijo él, más desorientado que antes.

—Eres despistado como él —acotó Allegra sonriendo atontadamente.

Se miraron con fascinación por unos instantes, hasta que ambos al unísono, resoplaron hastiados.

—Nunca más —amonestó ella.

—Totalmente de acuerdo —señaló él y se alejaron uno del otro.

«¿Se han liado alguna vez?», pensé aturrido y ofendido.

—Gracias a Dios —murmuró Peter y yo lo miré con asombro.

Abrí mi boca para protestar, pero lo volví a cerrar cuando vi a mi hermosa futura esposa en la puerta.

—Madre mía —susurré enamorado.

Lizzy acababa de aparecer, a las siete de la tarde con su mejor amiga, Hanna, la gótica más falsa del mundo, según ella. Albert le echó el ojo y creo que ella también. ¿Sería el destino de ambos? ¿O un castigo?

Mi hermosa novia llevaba el romántico vestido sin hombros de color blanco que había comprado en el bazar de la tal Malila. Combinado con una delicada corona de flores naturales, sujetada por una horquilla de piedras muy exótica a un costado. Yo llevaba el típico traje de novio, y el típico mohín de idiota en el rostro. Estaba muy nervioso; Albert, aún más.

—Me hago pis encima —murmuró y Peter le lanzó una mirada fulminante.

—Me caso yo, no tú —le regañé y me acerqué a Lizzy.

Hanna me obstaculizó el paso, como una leona lo haría ante sus cachorros.

—La cuidarás ¿no? —me preguntó con seriedad y yo asentí con una sonrisa bobalicona.

—Por siempre —respondí y ella me entregó a su amiga con la misma confianza que una madre lo haría.

Besé la frente de Lizzy en señal de respeto y luego unimos nuestros dedos tatuados.

—Estás hermosa, mi amor. —Suspiró.

—Igual tú, mi amor —dijo apabullada.

Cogí sus manos temblorosas y deposité un beso en cada una.

—Juntos de la mano —murmuré.

Nos miramos con devoción.

—Sin miedo a nada —repuso.

Nos acercamos al altar arruinado, que hoy estaba enfundado con un mantel de lino carísimo que Allegra había traído de su casa. Peter nos esperaba allí con su envergadura de sacerdote y amigo.

Hanna y Allegra comenzaron a tomarnos fotos con sus cámaras.

Lizzy y yo nos miramos con profundo amor, sin importarnos con los flashes. Pamela también asistió a la ceremonia, llevaba un collar de perlas y un tul en la cabeza. La miramos con expresión divertida.

—Allegra —dijimos al unísono.

Miramos a Peter, con ojos de cordero de degollado al arribar al altar.

—Queridos hermanos —empezó a decir Peter con mucha seriedad.

Hanna y Allegra se abrazaron y empezaron a lloriquear.

—Es tan romántico —repuso Allegra, sonándose con fuerza la nariz.

—¿No ha empezado y ya están llorando? —demandó Albert, atónito.

Ambas lo ignoraron.

—Amo los finales felices —agregó Hanna y también se sorbió por la nariz.

Peter empezó el rito matrimonial.

—El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso, ni jactancioso, ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, lo cree, todo lo espera, todo lo soporta —rezó y ambos nos emocionamos con aquellas palabras tan verdaderas.

En lugar de los tradicionales anillos, presentamos nuestros corazones.

—¿Cómo han dicho? —preguntó Peter, algo perplejo al ver nuestras piedras en forma de

corazón sobre una almohada blanca de satén.

—Es el símbolo de nuestro amor —le dijimos con fervor.

Abrió con exageración sus lindos ojitos azules.

—¡Dios mío, ven en mi auxilio! —profirió y bendijo las piedras a continuación.

Albert, Hanna y Allegra miraron asombrados las rocas, como si fueran pequeños dinosaurios.

—Lizzy, amor mío —comencé a decir con la voz rota por la emoción—. Hoy te entrego lo que ha restado de mi corazón, para amarte y respetarte hasta que la muerte nos separe, e incluso más allá de ella misma.

Recité el poema de Pablo Neruda «Te amo» y ella se rompió a llorar. Allegra le secó las lágrimas con un pañuelo y le guiñó un ojo.

—Dios mío, Nicholas Sparks sentiría envidia de ti, Matt —balbució Allegra, anegada en lágrimas.

Hanna giró trepidante su rostro y le lanzó una mirada interrogante.

—¿Te gusta Nicholas Sparks? —preguntó con voz enronquecida.

Allegra se sorbió por la nariz y parpadeó varias veces.

—Lo amo.

Hanna la miró embobada.

—¿Y, John Green?

Allegra hizo una mueca de sorpresa.

—¡Lo amo también!

Ambas se abrazaron y lloraron como si estuvieran en el funeral de ambos escritores. Los cuatro las miramos con estupor.

—Mi alma gemela nació mujer y yo amo a los hombres —dijo Hanna sollozando.

—A mí tampoco me gustan las mujeres, ya probé —aclaró Allegra y ambas lloraron con más desconsuelo.

Lizzy y yo las miramos con aturdimiento.

—Esto se pone interesante —graznó Albert, grabándolas con su móvil.

Peter se aclaró con fuerza la garganta y nos despabiló.

—Continuemos... —dijo impaciente.

Lizzy cogió mi piedra, símbolo de mi corazón, y depositó el suyo en mi palma derecha.

—Matt, acepta mi corazón como símbolo de mi amor eterno por ti. Prometo amarte para el todo siempre, hasta que la muerte nos separe. Incluso más allá de ella misma —dijo con voz entrecortada y acto seguido, recitó El soneto XVII de Pablo Neruda.

¿Habíamos elegido al mismo poeta?

Peter tragó con fuerza, estaba emocionado y sus ojos lo delataban.

—Los declaro marido y mujer —sentenció con voz ronca.

Besé a mi hermosa esposa con todo el amor que me dictaba el corazón.

—Dios mío —masculló Albert al borde de las lágrimas también—. Creo que me entró una basurita en el ojo.

Ambos nos reímos por lo bajo.

—Bienvenido al club de las lloronas —mofó Allegra y lo abrazó.

—Me siento tan triste —puntualizó mi amigo, recostando su cabeza sobre los pechos voluptuosos de Allegra.

—¡No abuses!

Tras la emotiva celebración, fuimos al cuarto de Peter y brindamos, o al menos, eso intentamos.

—¿Puedes darme el cuchillo? —pidió Hanna con poca cortesía a Albert.

Allegra bebía champán cerca del Jesús de piedra. Creo que conversaba con él. Quizá la escuche, como alguna vez lo hizo conmigo.

«Todos tenemos un secreto».

—No —respondió Albert y lamió la cuchara.

Hanna le arrojó un trozo de pastel a la cara.

—¿Qué haces!

—Te he avisado, riquillo —amonestó ella tras coger el cuchillo.

Lizzy y yo nos echamos a reír.

—¡Sois unos críos maleducados! —voceó Peter al tiempo que cogía el trozo de pastel que se había caído al suelo.

—Lo sentimos, padre —dijeron a coro Hanna y Albert, como dos críos arrepentidos.

Peter les dio su clásico e inagotable sermón de media hora.

Lizzy y yo aprovechamos el momento para huir. Fuimos a la iglesia en ruinas. Busqué la canción«Why worry» del grupo Dire Straits en mi móvil y bailamos bajo aquellos viejos escombros nuestra canción nupcial.

—Podríamos haber tenido la boda más suntuosa del mundo, mi amor —le dije con sorna.

Lizzy rodeó mi cuello y me miró con amor infinito.

—¿Cambiarías esto por algo tan banal y superficial?

Negué con la cabeza sin lograr apartar mis ojos de mi bella esposa.

—Para siempre —masculló Lizzy.

—Por siempre —musité y la besé lleno de amor.





*Matt*

# La venganza de la otra

♪La misión – Ennio Morricone♪

*En la venganza, como en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre. «Friedrich Nietzsche».*

Luego de la luna de miel, recorriendo gran parte de Europa, Lizzy y yo, nos trasladamos a nuestra nueva casa.

—¿Adónde vamos, amor? —preguntó impaciente mi adorable mujer.

Apretujé su mano.

—A nuestro hogar, a nuestro dulce y soñado hogar.

Besó mi mano con los ojos entrecerrados. Hacerla feliz, me llenaba de un gozo difícil de explicar.

—¿Te ha gustado conocer mis recovecos secretos por Europa? —le pregunté, pasando a otro tema.

Sus ojos brillaron.

—¿Es necesario responderte, mi amor? —replicó sonriendo.

Cogí su mano y deposité un tierno beso en ella.

Hemos disfrutado bastante de nuestro viaje. Recorrimos los sitios más misteriosos del viejo continente, lugares casi immaculados. La soledad y la naturaleza, eran mis mejores medicinas contra la tristeza y los malos recuerdos.

—Me ha encantado el Lago Pilato —dijo pensativa.

La miré de reojo.

—A mí también, mi amor —convine sonriendo de costado.

Habíamos viajado a Italia los últimos días de nuestra luna de miel. La llevé al Monte Vettore y acampamos allí una noche. El cielo mítico de aquel lugar era indecible.

—¿Volveremos allí alguna vez, Matt? —inquirió ilusionada.

Mi corazón hizo piruetas en mi pecho.

—Te lo prometo —le dije y le robé un suspiro.

De pronto, evoqué lo que pasó durante la madrugada en aquel épico y misterioso sitio. Lizzy comenzó a tocarme de un modo muy lascivo bajo el saco de dormir. Me desperté dispuesto a apagar el fuego que había encendido, pero cuando la miré supe que no era ella a desearme, sino la otra. Sus pupilas dilatadas y su deje ladino, no pertenecían a mi dulce mujer, sino a aquella que vivía dentro suyo, martirizándola y esclavizándola.

«Dios, protege a Lizzy», rogué al cielo.

Llevaba tiempo sondeando a mi esposa, pero Lizzy no abría su caja de Pandora. La respetaba, pero ante todo, la amaba y necesitaba conocer su secreto para protegerla de él.

—¿Lena? —le dije con un temblor en la voz, evocando aquel nombre sombrío y amenazador que alguna vez Lizzy garabateó en el vidrio, tiempo atrás.

Sus pupilas se dilataron aún más.

—Sí, mi amor —respondió sonriendo de un modo muy abrumador.

Tenía varias teorías al respecto y pensaba investigarlo con más ahínco tras nuestra luna de miel. Quizá era bipolar o en última instancia estaba poseída por algún espíritu maligno. Mi bella y atormentada esposa, padecía de alguna enfermedad mental, secuelas de su triste e inmutable pasado.

—Hazme el amor, Matt —ordenó furiosa, precipitándose sobre mí decidida.

Me besó con ardor y la empujé en un acto reflejo, no la quería a ella, quería a Lizzy, solamente a Lizzy. Ante mi rechazo, intentó asfixiarme con las manos.

—¡Maldito! —gruñó encolerizada—: ¿Por qué la prefieres a ella?

Le di una bofetada y la lancé a un costado de un manotazo.

—¿Matt? —dijo de pronto mi esposa, al volver en sí.

Respiré hondo antes de contestarle.

—Tuve una pesadilla, cielo —mentí por su bien.

La banda sonora de la película «La misión» del compositor Ennio Morricone comenzó a sonar y volví al presente, al dulce presente con mi amada esposa.

—Te amo —susurró Lizzy y recostó su cabeza contra mi hombro.

—Yo también —contesté y aceleré el auto.

Cuando llegamos al bosque mágico, ella miró estupefacta la casita de cuentos de hadas que yacía cerca del lago. Tener dinero tenía sus ventajas.

—Madre mía, Matt.

La cargué entre mis brazos de sopetón.

—¡Bienvenida a nuestro dulce hogar, señora Caffrey!

Lizzy parpadeó varias veces.

—¿Has comprado el bosque? —preguntó eufórica, moviendo sus piernas de arriba abajo como una niña—. ¿Es la casita de *Pinypon*?

Yo sonreí condescendiente y henchido de orgullo.

—Es la casita de *Pinypon* —respondí, alegre. La hice girar en el aire—. Y también tenemos un columpio bajo los árboles, como en la granja.

Había cumplido cada uno de los deseos de mi amada esposa.

—¡Ay, Dios! —dijo Lizzy y me besó con mucha pasión—. ¿Quieres estrenar la cama?

El deseo me envolvió de pies a cabeza.

—¡Mi premio! —aullé y la giré en el aire.

—¡Ahhhh! —gritó con los ojos entrecerrados.

La llevé a la segunda planta, donde se encontraba nuestra cama matrimonial. La deposité sobre la misma y la miré con adoración.

«¡Madre mía! Estaba loco por ella».

—¿Has construido el muelle también? —me preguntó con un temblor en la voz.

Comenzó a desnudarse con erotismo ante mis ojos voraces.

—Sí.

Mis pupilas se agrandaron al verla sin ropa. Siempre reaccionaría del mismo modo, aunque pasaran muchos años y fuéramos dos ancianitos arrugados.

—Todos tus deseos fueron atendidos, esposa mía.

Ella se acercó y me ayudó con mis ropas.

—Esto merece un premio —dijo y se arrodilló.

Eché la cabeza hacia atrás al sentir sus besos atrevidos en mi parte íntima.

—Oh, Lizzy.

Me sentí en el séptimo cielo.

Ella jadeó sin detenerse un solo segundo. Me aparté de golpe. No quería llegar a la cima solo.

—Necesito sentirte, mi amor —supliqué sin aliento.

Me terminé de quitar mis últimas prendas a toda prisa.

Volví a ella, saboreé su deliciosa boca y apreté sus pechos con fervor.

—Matt —gimió arqueando su espalda y ofreciéndome su cuerpo por entero.

Nos besamos con ardor, hasta que nos fue difícil respirar normalmente. Introduje la mano entre sus muslos y busqué el punto más caliente y húmedo de su centro. Ella se estremeció y soltó un gemido apagado cuando sintió mi caricia. Busqué sus labios sin detenerme en mis roces íntimos. La besé con enajenación y luego posé mis labios famélicos sobre sus pechos. Lizzy gimió cuando hice unos círculos alrededor de su pezón derecho con mi lengua. Le chupé con más fuerza, hasta que el pezón quedó erecto.

—Dios, eres deliciosa cielo. —Estaba al borde de la locura.

Me agaché hasta su pubis y separé sus piernas.

—Matt...

Se agarró a la sábana y arqueó más y más su espalda. Hundí la lengua en su interior y ella lanzó un gemido de placer. Su aroma me volvía loco y no conseguía domar mi instinto animal. Jamás sentí esto por ninguna mujer antes, jamás.

—Necesito sentirte, cielo —bufé y me precipité sobre ella.

Le abrí aún más las piernas y la penetré con vigor. Ella se aferró a mis hombros con más fuerza.

—Oh, Dios —gimió al sentirme.

Enrolló sus piernas alrededor de mi cintura, empujándose más hacia ella y moviéndose rítmicamente conmigo.

El clímax nos atizó a los dos al mismo tiempo.

—Dios... —jadeé empapado en sudor.

Ella se estremeció.

—Nunca podré darte hijos —me susurró sin aliento.

La miré con infinita tristeza, sabía que aquello le afectaba bastante.

—No pienses en ello, mi amor —le supliqué, aún dentro de ella.

—Te amo, Matt.

La besé con apasionamiento por respuesta.



*Matt*

# La triste realidad

♪ *Buongiorno principessa -Nicola Piovani* ♪

*Quiero hacer el amor contigo, no sola una vez, sino cientos de veces, pero a ti no te lo diré nunca, solo si me volviera loco te diría que haría el amor contigo aquí, delante de tu casa, toda la vida- «La vida es bella».*

Guido, el protagonista de esta maravillosa película, no estaba loco, sino enamorado.  
Hoy podía comprenderlo mejor.  
Porque yo también lo estaba.

Vimos la película «La vita e bella». Era una de nuestras películas favoritas. El personaje de Roberto Benigni era una inspiración y un ejemplo a seguir. Ver cosas positivas en medio del tormento era loable en cualquier época, y con más razón en aquella.

—Voy a dormir un poco —me dijo Lizzy bostezando.

—Descansa, mi amor.

Decidí preparar algo para comer, mientras ella dormía serenamente en nuestra cama. La cubrí con el edredón y besé su cabeza con afecto.

—Eres mi mundo —le dije sin lograr apartar mis ojos de su hermoso rostro.

Jamás imaginé amar tanto a alguien.

—Matt —farfulló entre sueños.

—Aquí estoy, cielo.

—Nunca me faltes —musitó y giró a un costado.

—Nunca —juré.

Me di un baño fugaz y bajé a la cocina tras ello. Encendí la radio tras colocar mi pendrive en ella y comencé mi labor culinaria. La canción de Mario Frangoulis «Buongiorno principessa» rellenó la cocina con su peculiar y emocionante voz.

—Haré salmón a la salsa tártara —dije tras retirar el pez del congelador, colocando una botella de vino blanco en su lugar.

Troceaba concentrado el salmón, cuando de pronto, vi a Lizzy completamente desnuda al otro lado del muelle, a través de la ventana acristalada de la cocina. Caminaba como un zombi.

—¿Lizzy? —mascullé aterrado antes de salir de la casa como una exhalación.

Ella se lanzó al lago como una bolsa pesada de patatas.

—¡Cielo! —grité con desesperación, pero ella no me respondió.

Me lancé al lago de un salto y la rescaté. Lizzy abrió sus ojos y me miró con extrañeza, como si no me reconociera o me estuviera viendo por primera vez. Aquellos ojos agrandados no me eran del todo ajeno. Era la otra, Lena.

—Lizzy —jadeé impotente.

Ella me miró desafiante al tiempo que envolvía mi cuello con sus delgados y frágiles brazos.

—Matt —siseó con rabia.

Creo que seguía enfadada por mi rechazo en el Monte Vettore.

—Cielo —le dije anonadado sin saber cómo reaccionar.

Sus pupilas se dilataron aún más y una mueca enigmática se apoderó de su semblante.

—Matt —dijo con una voz espectral.

Sin previo aviso, hundió mi cabeza bajo el agua, con una fuerza titánica. Una fuerza que no parecía acorde a alguien tan menudo y frágil como mi reciente esposa.

—L... y... z... z... y... —balbuceé bajo sus manos.

En su ansia de sangre, el ser al que me enfrentaba buscaba una y otra vez la manera de aniquilarme. La niña que sollozaba más allá de la realidad, era Lizzy. Mi Lizzy.

—Debes morir, Matt —musitó, llorando.

Tuve que darle una patata en la pierna derecha y desequilibrarla para poder liberarme de sus garras.

—¡Agggggg! —gritó adolorida—. Lo siento, Matt —sollozó con amargura al retornar en sí.

Era mi esposa la que lloraba.

—Lizzy, mi amor —resollé, tras recuperar el aliento.

La abracé y ella me empujó iracunda de su lado. Sus pupilas seguían dilatadas, demasiado dilatadas.

Parecían los ojos de un monstruo.

—Tengo un secreto que no te conté —manifestó al borde del llanto.

—¿Un secreto? —repetí, azorado, fingiendo no saber nada.

De sus labios brotó su historia. Llevaba años luchando contra el trastorno bipolar, sus medicinas ya no surtían efectos en ella como antes.

—Mi otra yo es más fuerte, mi amor —me dijo gimiendo y la abracé con recelos—. Mi terapeuta me habló de un tratamiento alternativo —agregó con un ápice de esperanza en la voz.

Esa vez era la verdadera Lizzy, esa vez no me rechazó.

♪*Saturn –Sleeping at last*♪

La llevé al mejor psiquiatra del país. Estaba dispuesto a llevarla al mejor del mundo.

—Siempre estaré a tu lado, mi amor —le prometí, antes de que se marchara con las enfermeras.

Le realizarían algunos estudios, en aquella macabra y triste clínica. Lizzy me habló de un tratamiento de choque, pero tras leer los efectos colaterales en la internet, descarté tal posibilidad.

—Juntos, de la mano, sin miedo a nada —le grité y ella me lanzó una mirada revestida de amor, de amor infinito.

—Te amo —replicó, lanzándome un beso en el aire.

Cogí el beso y lo deposité en mi pecho, llorando. El temor se mezcló con la tristeza. No sabría vivir sin ella, tras haberla conocido.

—Vuelve, Lizzy —supliqué anegado en lágrimas.

Le recetaron otras medicinas y volvió a ser la misma por unos días. Pero Lizzy, tenía razón, la otra era más fuerte y retornó. Intentó matarme por segunda vez, mientras me duchaba. En esa ocasión, con un cuchillo. Me abrió una profunda herida en el brazo izquierdo cuando intenté protegerme de su intención.

—¡Debes internarme, Matt! —aulló a voz en cuello cuando volvió en sí, media hora después del ataque.

—Lizzy —lloré, lloré como un crío pequeño.

Llevaba años esperando la felicidad y cuando la encontré, debía separarme de ella para protegerme de sus garras.

—Debes hacerlo, amor mío —suplicó de rodillas—. ¡O lo haré yo! —amenazó gritando con desesperación.

Me acuclillé derrotado delante de mi esposa y nos abrazamos con fuerza, llorando por nuestro triste destino.

—Te amo, Matt —farfulló—. Hoy, mañana y siempre.

El llanto nos esclavizó.



—Lizzy —balbucí entre quejidos lastimeros.

Al día siguiente, la llevé a la clínica. La cargué entre mis brazos, a pesar de la herida de mi brazo izquierdo. Sangraba bajo las vendas, pero no me importaba. El dolor físico, no se podía comparar con el dolor emocional que cargaba mi corazón en ese momento.

—Te cuidarán, amor —expresé entre sollozos—. Y pronto volveremos a estar juntos, para siempre.

Encharcada en lágrimas, me dijo:

—Te amo y siempre te amaré, Matt.

Me besó con ardor.

—No lo olvides, jamás —repuso y entrecerré mis ojos.

«Sálvala, Dios», rogué con desesperación.

La interné a duras penas por unos días, en una de las mejores clínicas psiquiátricas del país.

Estaba destrozado. Toda mi vida padecí de tristeza crónica, pero no se comparaba con esta pena que hoy sufría.

Dejé la casa del bosque y volví a mi antigua morada. No quería vivir allí, sin mi esposa. Por las noches, bajaba al sótano y lloraba, lloraba hasta quedarme dormido sobre el frío y duro piso de mármol.

—Matt, debes ser fuerte —me dijo Albert.

—Albert tiene razón —dijo Peter entristecido.

«Él comprendía mejor que nadie mi dolor».

Tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija en algún punto de mi jardín, arropado por las hojas marchitadas del cerezo y el almendro. Pronto será mi cumpleaños y ya tengo en mente un deseo, un solo deseo.

«Lizzy».

—Ella te necesita —acotó Allegra, rodeándome los hombros con su brazo—. Además, no olvides nuestra sorpresa —me susurró al oído.

«Lizzy. Lizzy. Lizzy».

—Ella estará bien en la clínica —agregó Hanna, al tiempo que entrelazaba su mano con la de mi amigo.

Estaba perdido en mis pensamientos. Nada me importaba, nada más que Lizzy.

Albert carraspeó y me robó la atención por unos instantes.

—Estamos saliendo —dijeron al unísono y por unos segundos sonreí.

Peter me miraba con tristeza desde su sitio. Me preparó algo para comer, pero no probé bocado.

La depresión había vuelto a mi vida y el vacío me engullía, hambriento, a diario. Estaba desesperado, la necesitaba a mi lado. Lizzy era el aire de mis pulmones y sin ella no podía vivir.

Enloqueceré.

Era mi destino.

Era mi castigo.

Peter me consoló como de costumbre, pero nada lograba apaciguar mi desasosiego infernal.

—Me duele respirar —le dije a Peter, cierta mañana de domingo.

—Debes alimentarte —me aconsejó.

El aire no me llegaba a los pulmones.

—No consigo respirar, Peter.

—Dios mío —dijo al percatarse de mi estado.

Caí desmayado y me tuvieron que internar por dos días.

La tristeza y la añoranza me estaba matando.

—Pronto estarás bien —me dijo Peter—. ¿Quieres algo?

Miré con verdadera adoración mi móvil. Peter me la extendió y se marchó tras persignarme.

Luego de su partida, abrí la carpeta de imágenes y observé con arrebató las fotos que Lizzy y yo nos habíamos tomado los últimos meses. Las lágrimas se acumularon en mis ojos mientras los recuerdos asaltaban mi mente y encogían mi corazón.

—¿Serás Hermione? —inquirí decepcionado al verla con su peluca al estilo de la brujita.

Lizzy giró sobre sus pies y exhibió su vestimenta.

—¿No te gusta? —replicó sonriendo con malicia.

Puse bien mis anteojos y sacudí mi varita en el aire.

—Soy Harry Potter —resoplé y me indigné con ambas manos—. Hermione y él son amigos en la saga, no pareja ¿lo has olvidado?

Lizzy rodeó mi cuello con sus brazos y mordió el hoyuelo de mi mentón con suavidad.

—En nuestra versión no.

La miré con expresión ladina.

—Siempre anhelé que Harry y Hermione fueran pareja —afirmó y me besó con mucha pasión.

Antes de irnos a la fiesta de disfraces organizada por Albert en su mansión, le enseñé mis habilidades con mi varita mágica.

Volví al presente, al duro presente, donde la magia había acabado.

—Lizzy, mi amor —susurré mirando las fotos que nos habíamos tomado en su restaurante favorito «Waldlust» días antes del ataque—. Te amo —mascullé y me maldije por no haberle dicho a ella.



*Lizzy*

# El final es el inicio

♪ Wars of Faith- Audiomachine ♪

*Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando. «Rabindranath Tagore».*

Mi vida con Matt era un verdadero cuento de hadas, a nuestro estilo, evidentemente.

Para completar nuestra dicha, mi reciente esposo había comprado su sitio favorito en todo el mundo y había construido, dentro de él, nuestra casita de ensueño, incluyendo un precioso y romántico muelle, donde solíamos contemplar las tardes o las noches épicas de aquel lugar etéreo. Juntos, siempre juntos.

En ese lapso, Matt me habló de una clínica especializada en inseminación artificial. Había esperanza de que fuéramos padres y la noticia, me dejó en las nubes.

—¡Te amo! —chillé y me lancé a sus brazos.

Nos caímos sobre el césped que rodeaba nuestra casa y nos reímos, nos reímos con todo el corazón.

—Soy tan feliz, Matt.

Me besó con ardor.

—Jamás imaginé ser tan feliz, también.

Todo iba bien, hasta que la otra dominó por completo mi sensatez.

Lena vivía dentro de mi cabeza y su existencia comenzaba a apagarme lentamente. Ella conocía mi punto débil y fue justamente ahí donde me atacó.

—Matt morirá —tronaba dentro de mí, día y noche.

—¿Por qué lo odias? —le pregunté, pero ella no contestó.

Intentó asesinar a Matt dos veces y sé que habría una tercera, la definitiva.

Matt me internó al día siguiente del segundo ataque. Aún recuerdo su bello y ensombrecido rostro mientras me alejaban de él. Fue como arrancarle del pecho el corazón, sin anestesia ni piedad.

Lena estaba furiosa con él, pero ¿por qué? No tenía sentido. Rebusqué una y otra vez entre mis recuerdos las posibles causas, pero la laguna era abismal.

—Él morirá —juró ayer, mi otra yo a través del espejo, donde podía verla con nitidez.

—Antes moriremos nosotras —la desafié y ella tomó aquello como una amenaza.

Huí de la clínica días después, tras atacar a un enfermero que había seducido de antemano. Me disfracé de enfermera y salí del lugar sin problemas. Cogí un taxi y me dirigí a la casa de Matt, no la que estaba en el bosque sino la suya antes de la boda. Lo conocía muy bien y sabía que no estaría en nuestra casa sin mí.

Crucé el suntuoso jardín sin que nadie me lo impidiera. Matt nunca tuvo seguridades particulares, amaba su privacidad y soledad. ¡Grave error!

Ella me obligó a coger un cuchillo de la cocina, mientras la canción «Wars of Faith» de Audiomachine sonaba a toda potencia en el cuarto de lectura.

Mi corazón lloraba mientras ella comandaba mis pasos y mi voluntad. Subí las escaleras y abrí la puerta del cuarto con cautela felina.

Matt leía, concentrado, algo en el monitor de su ordenador, junto con una gata blanca de mediana edad.

—Mamá volverá pronto —le dijo a la gata—. Muy pronto, Mimosa —acotó y lloré con amargura.

Su vista seguía clavada en unos informes.

—Trastorno bipolar —leí y lloré de emoción.

Matt, el hombre implacable, sin ánima y sin sentimientos, investigaba mil maneras de salvarme a mí de mi infierno.

Me amaba.

Me echaba en falta.

Lo amaba.

Lo echaba en falta.

Las lágrimas se deslizaban por mis párpados de forma perenne.

«Matt».

—Hora de morir —dijo Lena enfurecida y abrió de golpe la puerta.

Matt giró su rostro y Mimosa salió corriendo por la ventana.

—¿Lizzy, amor? —dijo asustado.

Me removí furiosa o mejor dicho, Lena.

—¿Pensaste que te dejaría vivir? —dijo ella encolerizada.

Una alarma se encendió en alguna parte de mi cabeza. Sus sentimientos aplacaron los míos. Ella quería venganza, porque él la había rechazado.

—Tienes una deuda conmigo —dijo Lena y levantó el cuchillo.

Avancé y le atacé sin piedad.

*Matt*

♪*Adagio -Bach*♪

Abrí mis pupilas con pereza y atisé a mi amigo Peter con ojos vidriados. Me devolvió la mirada sorprendido y muy feliz.

—¡Matt!

Un dolor punzante en mi hombro izquierdo me hizo gemir.

—Tranquilo, amigo —me dijo con su peculiar serenidad.

Hice una mueca de dolor agudo al sentir una punzada abrasadora en mi hombro izquierdo, una calurosa estela de fuego me bajaba desde el hombro hasta el pecho.

—¿Qué ha pasado, Peter? —dije apretando los labios y los ojos.

Una expresión de pena se dibujó en su rostro.

—¿No recuerdas nada?

Busqué en mi mente la respuesta, pero mi cabeza estaba obnubilada. Peter entrecerró sus ojos, abatido antes de abrirme otra herida, una mucho más profunda que ésta en el hombro.

—Lizzy, ha intentado asesinarte.

Aquellas palabras resonaron como ecos en mi cabeza.

No era Lizzy, era la otra, el huésped que vivía dentro de ella tras sus tragedias familiares; la intrusa que comandaba su mente y sus acciones. ¡Era Lena!

—Hay más, Matt —remarcó.

El corazón me latía alocadamente en el pecho.

—La están buscando por varios asesinatos —acotó, ensombrecido.

La noticia me derrumbó por completo. Su horrible afirmación resonaba en mis oídos una y otra vez.

—¿Cómo?

Peter apretó con fuerza su mandíbula.

—Lizzy es la principal sospechosa de la muerte de su padre y de su ex novio.

—No... No... —repetí agitado.

Peter me abrazó y me quebré entre sus brazos.

—Tranquilo, Matt. Tranquilo, amigo.

—Noooooo —chillé encolerizado, golpeando la cama y de paso a mi amigo.

—¡Enfermera!

Los nervios me hicieron una mala jugada en complicidad con la tristeza. Una enfermera me tuvo que aplicar un sedante, por petición de mi amigo.





*Matt*

# Dos almas y un destino

♪Footprins in the sand – Leona Lewis♪

*«Sólo puedo pensar en ti, mi amor inmortal.  
Sólo puedo vivir del todo contigo o de ningún modo.  
Tranquila, mi vida, mi amor.  
Sólo pensando en nuestra existencia  
Conseguiremos nuestro objetivo que es vivir juntos.  
Sigue oh, amándome,  
nunca juzgues mal el corazón de tu fiel enamorado.  
Siempre tuyo.  
Siempre mía.»*

*Beethoven.*

Fue el poema que le leí a Lizzy, la noche que me atacó por segunda vez. Ella y yo habíamos visto la película *Sexo en la ciudad*, donde una de las protagonistas recitó dicho fragmento. Busqué el poemario por *Amazon* durante días, hasta hallarlo. Lo declamé bajo nuestro árbol de cerezo, mientras el sol se hundía en el horizonte, saludando con cordialidad a su hermana luna.

Lizzy, era mi amada inmortal.  
Mi razón de existir.  
Mi todo.

Esa misma noche le canturreé bajo las estrellas, abrazados en nuestra hamaca de tela, la canción «Footprins in the sand», de Leona Lewis.

—Tengo una canción para ti, mi amor —le dije y ella me miró con expresión candorosa.  
—¿Te gustan los fondos musicales?  
Besé sus labios con ternura y adoración.  
—Me encantan, cielo.  
Lizzy acomodó su cabeza sobre mi pecho izquierdo.  
—Cántamelo, Matt.  
Encendí mi móvil y la voz portentosa de Leona Lewis rellenoó el sitio:

*Tú caminaste conmigo...  
Cuando estuve sola,  
Con tantas cosas sin conocer,  
Durante todo el camino  
Y justo cuando,  
Pensé que me perdí  
Tú me diste la fuerza, para continuar  
Fue ahí cuando te oí decir,  
Te prometo  
Que siempre estaré ahí,  
Cuando tu corazón esté lleno  
De lamentos y desesperación;  
Y yo te llevaré*

*Cuando necesites un amigo,  
Encontrarás mis huellas... en la arena.*

Lizzy y yo hicimos el amor por última vez aquella noche.  
La interné al día siguiente.  
Dejé mi alma con ella.  
Ella huyó.  
Me atacó.  
En nombre de Lena.  
Lloré día y noche.  
Ella volvió.

Días más tarde...

Lizzy apareció en el hospital disfrazada de enfermera días después del ataque en mi mansión.  
Yo dormía profundamente. Me habían sedado, llevaba días sin poder dormir bien.

—He venido para despedirme, mi amor —me dijo en un susurro.

Posó sus labios entumecidos sobre los míos. Abrí mis ojos con parsimonia al sentir su caricia.

—Lizzy —musité, somnoliento, y ella entrelazó su dedo índice derecho con mi índice izquierdo, uniendo nuestros tatuajes, nuestra promesa de amor.

—Te amo, Matt, con todo mi ser —dijo y volvió a besarme—. Debo irme lejos, para no hacerte daño, mi amor.

La miré confundido, como un drogadicto tras doparse.

—¿No comprendo, Lizzy?

Besó con suavidad mis labios al tiempo que colocaba la piedra en forma de corazón sobre mi cama. Una de las mitades, la otra la conservó, supongo.

—A tu lado fui feliz, inmensamente feliz —dijo llorando.

La miré con ojos empañados. Mi esposa estaba mucho más delgada y demacrada, pero sonreía, con la misma dulzura con la que solía sonreírme aquellas tardes maravillosas que habíamos estado juntos estos últimos meses.

—Iré a un lugar lejano, mi amado esposo... —farfulló, cansada, sin abandonar mis labios—. Quizá, un día, Dios se apiade de nosotros y al fin podamos ser felices juntos.

Su voz penetró mi mente y resucitó mi corazón.

—Te amo, Lizzy —susurré por primera vez estando ella despierta.

Mi adorada esposa lloró con desconsuelo. Sus cálidas lágrimas empaparon mi rostro.

—Y yo a ti —me dijo antes de volver a besarme—. Fuiste lo mejor de mi vida, Matt, y vaya donde vaya, siempre te llevaré conmigo —me enseñó la mitad de la otra piedra.

La miré desorientado, luchando con todas mis fuerzas contra el maldito sueño.

—Estoy segura de que nuestros caminos debían cruzarse —besó mi frente—. Que Dios hizo posible el encuentro de nuestras almas —besó mis ojos—. Fuiste la luz que alumbró mi triste y sombría oscuridad —besó mis labios—. Me enseñaste el verdadero secreto de la felicidad, Matt y me marché llevándote conmigo en mi corazón.

—Lizzy —balbucí sin fuerzas.

Ella ahuecó mi rostro entre sus pequeñas manos y me miró embargada de dolor.

—Nací y moriré amándote —besó mis labios—. Gracias por todo, amor de mi vida.

Una fuerte punzada en el pecho me hizo gemir de dolor. ¿Qué me quería decir? ¿Qué se

ocultaba detrás de aquellas tristes palabras?

—Lizzy —dije con cierto agobio.

—Te esperaré al otro lado, mi amor —dijo llorando antes de alejarse de mí.

Sentí como la bilis me subió por la garganta hasta dejarme un sabor amargo en la boca.

—Lizzy —siseé sin fuerzas.

Ella se volvió con delicadeza a pocos centímetros de la puerta y dibujó con sus labios:

«Te amo».

Lizzy

♪Lux Aeterna -Requiem for a dream♪

Me despedí del único hombre que amé en esta vida, dejándole como herencia mi corazón, o lo que él pudo salvar con su amor. Cogí un autobús, calada hasta los huesos. Llovía torrencialmente mientras lloraba con amargura. Me había cambiado de atuendo en el hospital, antes de salir. Me puse un gorro y me corté la melena a la altura de los hombros. Me estaban buscando y necesitaba huir de la cárcel. Sus rejas no protegerían a Matt de su destino.

«Lena debe morir», me repetía una y otra vez. No tenía otra salida. La muerte era la única que me restaba.

Bajé del autobús con el corazón y el alma en un puño. La lluvia caía cada vez con más fuerza. Apresuré mis pasos, apretujando el bolso a un costado, temiendo que alguien me lo robara. Allí llevaba mi última decisión, y nadie, absolutamente nadie impedirá que lo aborde.

Ralentice mis pasos de golpe, al experimentar un dolor profuso en la cabeza.

—¡Ayyyyyy!

Grité y me arrodillé a cámara lenta sobre el pavimento, a pocos metros de la iglesia. Aferré mi cabeza con ambas manos, sin abandonar la mueca de dolor agudo.

«¿Qué me está pasando?», farfullé sin fuerzas, cuando de pronto unos fogonazos irrumpieron mi cabeza y ofuscaron mi visión.

«Dios».

Me levanté con parsimonia y continué caminando. Faltaba poco para arribar a mi destino final. Durante el camino, unos recuerdos ajenos a mí, asaltaron mi mente, aumentando mi molestia a niveles insoportables.

Lena gritaba dentro de mí, estaba sufriendo tanto como yo. Tragué tres cápsulas de mi medicina, sin la menor necesidad de beber agua. Llegué a la iglesia abandonada tambaleando y temblando.

«Elsa», dije emocionada, al ver mi muñeca cerca del altar donde la dejé tiempo atrás.

El dolor intenso retornó con más saña y me robó un grito titánico que resonó por todo el lugar, como un alarido desesperado.

—¡Ahhhhhhhhhhhh! —Me arrodillé en el altar de golpe y sentí como escocían mis rodillas.

Llevé ambas manos a la cabeza y grité, cada vez con más agonía. En medio de mi suplicio, rememoré momentos que no recordaba, hasta ahora.

Mamá siendo golpeada duramente durante su embarazo.

—Carlos, no mates a nuestro hijo como lo has hecho con Lena —suplicó.

«¿Lena?».

—Te dije que no quería más hijos, maldita sea —gruñó y le dio una patada certera en su vientre ligeramente abultado.

—¡Ayyyyyy! —tronó mi madre, bañada en sangre.

Mi padre le dio otra paliza.

—Tú has matado a la gemela de Lizzy aquella noche, dos días después de sus nacimientos, ¡la asfixiaste! —sollozó mi madre entretanto yo los escuchaba atenta a pocos metros de ellos—.

Llévame al hospital —rogó, pero mi padre la ignoró.

—¡Muérete! —ladró él.

Tenía tan solo cinco años y la vida completamente destrozada.

¿Mi padre había matado a mi hermana? ¿Su espíritu vivía en mí? ¿O era producto del dolor? ¿Mi mente lo creó para rellenar el vacío de su ausencia?

Otro recuerdo se coló en mi memoria mientras abrazaba a Elsa.

—Ese es mi padre —le dije al hombre, al mismo hombre que vi aquella mañana confusa tras

mi cumpleaños.

—Ese hijo de puta, jamás volverá a hostigarte la vida, Lena —prometió y me besó con ardor.

—Mátalo Andreas, como él me mató a mí.

Mi padre fue asesinado por él y sus amigos. Yo presencié todo, desde el auto de Andreas, amante de Lena.

Mi corazón y mi cabeza palpitaban cada vez con más fuerza, entretanto revivía otro episodio anulado por mi consciencia. Recuerdos de Lena, no míos.

—Aquel es mi novio.

Andreas también lo mató, con la misma brutalidad con la que había ajusticiado a mi padre.

Abrí mis ojos de golpe de un instante a otro, al ver a Matt en medio de sus recuerdos. La vista se me nubló y el pecho me ardió. Me estaba muriendo, sin la menor necesidad de hacerlo con manos propias.

Una lágrima atravesó mi rostro al tiempo que remembraba a mi amor y nuestros mejores momentos, como si fuera una espectadora ajena a esos instantes mágicos e indelebles.

—Sin ti nada soy —me dijo Matt, la noche en que casi lo maté.

Lena se había vengado de todos aquellos que me habían maltratado y también de Matt, a quien amaba. Sonaba irreal, pero ahora entendía por qué lo atacó, por celos.

Lena era mi hermana.

Lena era mi verdugo.

Lena era mi otra mitad.

Lena era mi rival.

—Él te amaba a ti, Lizzy —me dijo en un murmullo—. Siempre te ha amado a ti... —jadeó con amargura—. Yo nunca existí para él, me odiaba y eso me dolía más de lo que soportaba.

La imagen de Matt agonizando aquel día que lo atacé se coló en medio de mi aflicción.

—No he podido matarlo —declaró con un enorme nudo en la garganta—. Debo irme —dijo ella, dentro de mí—. Mi misión ha terminado, hermana.

Lena cerró los ojos, para siempre.

Yo también.



*Matt*



# El tormento de Matt

♪All of them—Hans Zimmer♪

*Hay dos miradas: la mirada del cuerpo puede olvidar a veces, pero la del alma recuerda siempre. «Alejandro Dumas».*

Abrí mis ojos de golpe al comprender mejor el mensaje de Lizzy. Me levanté de la camilla de un salto y me vestí apresuradamente a pesar de la languidez. Mi corazón latía con fuerza; en lugar de uno parecía tener dos en mi pecho.

—Lizzy —jadeé y cogí el trozo de su corazón.

Salí del hospital como alma que lleva el diablo. «Mierda», dije al sentir una punzada horrible en el hombro. Mi herida sangraba y la camisa, aunque negra, se manchaba lentamente con mi sangre.

Cogí el primer taxi que encontré.

—Necesit... —entrecerré mis ojos ante el maldito dolor que sentía.

El hombre de bigote y piel morena me miró conmocionado.

—¿Se encuentra bien, joven? —me preguntó.

«No, me muero por fuera y por dentro».

—¿Joven?

Lo miré disgustado, casi con rabia.

—Lléveme hasta el... —le indiqué la dirección y él arrancó.

Refunfuñó algo por lo bajo en su idioma nativo.

Me miré fijo en el espejo retrovisor. Apenas me reconocía con aquellas ojeras grisáceas que bordeaban mis ojos. Nada quedaba del Matt feliz de días atrás.

—Lizzy... Lizzy... —repetí agobiado durante todo el viaje.

Llegamos a la iglesia media hora después. El tráfico parecía estar en mi contra, en complicidad con el tiempo. Bajé del taxi lo más rápido que pude tras pagar al taxista. Corrí a la iglesia abandonada.

—¿Matt?! —gritó Peter al verme.

Lo ignoré y apreté mis pasos, a pesar de las pocas fuerzas que tenía.

—¡Ey, Matt! ¿Qué haces aquí?

Me siguió a grandes zancadas. La vista se me nubló, perdía demasiada sangre.

—Lizzy, amor mío —mascullé con el corazón en la boca.

Entré a la iglesia y ralenticé mis pasos de golpe, al igual que Peter. La piedra que llevaba entre manos cayó sobre el pavimento y emitió un ruido ensordecedor.

—Lizzy... —La voz me salió rasposa, como si llevara meses sin beber agua.

Ella estaba acostada cerca del altar, abrazada a su muñeca. No pude moverme, el impacto me paralizó.

Peter se acercó y buscó su pulso. Me miró con intensidad.

—¡Está viva! ¡Aún vive! —gritó y la cargó entre sus brazos.

No recuerdo cómo llegamos al hospital más cercano. El médico que la atendió, nos dijo que había pocas posibilidades de que sobreviviera y, si lograba hacerlo, las consecuencias serían irreversibles.

—Ha sufrido un accidente cerebrovascular, causado por un proceso de isquemia, durante el cual muere parte de la masa encefálica debido al fallo en la irrigación sanguínea.

Sus términos me sonaron chino.

—Sálvela —supliqué—. No me importan las secuelas, la cuidaré —lloré, no podía más.

Lizzy estaba en coma; yo también. Nada tenía sentido para mí, nada.

—Ten fe —me dijo Peter.

«¿Fe en qué?».

¿En Dios?

¿En la medicina?

¿En los médicos?

¿En el tiempo?

¿En Lizzy?

¿En mí?

Esa misma tarde, se presentó el agente que llevaba el caso de mi esposa. Me dijo que un policía custodiaría su puerta día y noche, ya que era la principal sospechosa del asesinato de su padre y de su ex novio. Yo no la denuncié por el ataque. Ni loco lo haría. Contraté al mejor bufete de abogados del país para defenderla. Extorsionaría al mismísimo diablo, si fuese necesario, para salvarla de una condena injusta. Ella sólo se vengó de aquellos que la maltrataron, era lo justo.

♪Cora —The last of the Mohicans♪

El tiempo pasaba y Lizzy continuaba inconsciente. La trasladé al mejor hospital de la ciudad, el más caro y renombrado, aunque eso no garantizase nada.

—Lizzy, amor mío, despiértate —le decía todas las mañanas tras sentarme a su lado, hasta agotar el último segundo del horario de visitas—. He comprado la moto Harley que habíamos visto en una de tus series, ¿lo recuerdas?

Le hablaba, como si en verdad pudiera oírme. Quizá podía, me dije ilusionado. Estaba tan enamorado que creía en cualquier cosa, por ínfima que fuere.

—Cielo, he traído una radio —dije con un nudo en la garganta mientras la contemplaba con ojos de cordero degollado.

Ella dormía, hermosa y frágil como una princesa de cuentos.

—Te echo tanto en falta.

Afuera llovía de manera desapacible.

—Llueve, sé que te encanta la lluvia y los fondos musicales —aduje, a punto de pulverizarme.

Una de sus tantas canciones favoritas «So far away» de Staind comenzó a sonar. La letra me dejó conmocionado, tanto que busqué aire fresco en el pequeño balcón de la habitación, sin importarme con la lluvia.

*Esta es mi vida*

*No es lo que era antes*

*Todos estos sentimientos que he compartido*

*Y estos son mis sueños*

*Que nunca he vivido antes*

*Alguien que me sacuda*

*Porque...*

*Debo estar dormido...*

Giré sobre mis talones y observé a mi esposa con ojos ensombrecidos, evocando fugazmente el día que ella se enfrentó a su otra yo por mí.

«Vuelve, Lizzy. Vuelve, mi amor», le rogué llorando bajo la tormenta.

Llegué a mi casa casi a las diez de la noche y preparé algo para comer, pero no tenía hambre. Tragué mis antidepresivos y subí a mi cuarto. Me duché. Me enjugué.

Me miré horrorizado en el espejo.

—¿Quién era ese hombre? —me pregunté en tono mortecino al mirarme y no reconocirme—.

Un fantasma —repuse sin fuerzas.

Al día siguiente, el médico de Lizzy me dijo algo descorazonador.

—Su esposa no está reaccionando, señor Caffrey. Me temo que, —hizo una pausa expectante— nunca lo hará.

Mis ojos se nublaron.

—¿Se está muriendo?

—Lo lamento mucho.

Posó su mano derecha sobre mi hombro izquierdo.

—¡Miente! —grité y aparté de un manotazo su mano—. ¡Ella no puede morir! —bramé a voz en cuello, antes de alejarme rumbo al cuarto de mi esposa.

Entré y la abracé con desesperación, sollozando con amargura.

—No me dejes, Lizzy. No me dejes, amor mío —rogué ahogado en dolor.

—Señor Caffrey, no la mueva —me aconsejó la enfermera.

Mis lágrimas impregnaron el rostro de mi adorada esposa.

—Te amo, Lizzy, como nunca amé a nadie en mi vida. Sin ti nada soy, nada.

La recosté en la cama con suavidad y me senté a su lado.

«Padre nuestro, que estás en el cielo... », recé, rogué, imploré por un milagro.

*♪Memories of another life –Carlo Siliotto♪*

Hora y media después, subí a mi auto llorando casi con desfallecimiento. Me dirigí a la iglesia de Peter. Afuera llovía torrencialmente. Descendí y cerré la puerta con violencia. Me acerqué al altar y miré con ojos desafiantes al hijo de Dios.

—¡Tú! —vociferé embravecido—. ¿Por qué la castigas? ¡¿No te bastó con todo lo que ha sufrido?!

Me quité las ropas.

—¡Toma todo de mí! —ladré—. Pero no la llesves, te lo ruego. —Me desnudé completamente—. Mírame, nada tengo y nada soy sin ella. —Me arrodillé de golpe—. Quítame todo, pero no la llesves de mi lado, por... por... por favor.

—Matt —me llamó Peter.

Bajé la cabeza, rendido ante aquel que todo lo puede.

—¡Llévame a mí! —troné con desesperación, golpeándome el pecho con bestialidad—. Por favor, no la llesves a ella. ¡Ten piedad! ¡Sí existes, no la llesves! ¡Ten piedad! —grité con exasperación, arrodillado y completamente rendido ante sus pies—. No... no... la llesves —tartamudeé sin aliento.

—Matt —repitió mi amigo, al tiempo que me cubría con un manto.

Se acuclilló a mi lado y me abrazó con fuerza.

—Peter, se está muriendo. Lizzy, se está muriendo —gemí, llorando como un niño pequeño—. Habla con él y pídele que no la lleve, por favor —apelé exasperado.

Mis lágrimas empararon su hombro mientras mi cuerpo se agitaba por el llanto perenne.

—Él es misericordioso —musitó con ojos encapotados—. Y sé que oírás tu petición, Matt. Tengo certeza que lo hará.

Un grito agudo se me escapó de la garganta.

—¡Lizzyyyyyy!

El sollozo agitó todo mi ser.

El dolor me consumió por dentro.

La desesperanza se apoderó de mí.

La tristeza me estaba matando.

Peter me abrazó y me quebré hasta perder la consciencia entre sus brazos.

## Epílogo

*Matt y Lizzy*

# Felices por siempre

♪To where you are -Josh Groban♪

*¿Quién puede decir con seguridad?  
Quizá sigues aquí...  
Te siento a mi alrededor  
Tu recuerdo es tan claro,  
En la profundidad de la calma  
Te puedo escuchar hablar,  
Sigues siendo una inspiración  
Puede ser...  
Que tu eres mi amor eterno  
Y estás cuidándome desde allá arriba...  
Llévame hasta donde estás,  
Más allá de las estrellas distantes  
Deseo en esta noche ver tu sonrisa  
Aunque sea solamente por un rato...  
Para saber que estás ahí...  
A un respiro de distancia, no es muy lejos  
Hasta donde estás...  
¿Estás durmiendo tranquilamente aquí dentro de mis sueños?  
¿Y no es fe creer que todo el poder no puede ser visto?  
Mientras mi corazón te abraza,  
A solo un latido de distancia  
Acaricio todo lo que me diste  
Cada día...  
Porque tú eres mi amor eterno  
Y estás cuidándome desde allá arriba,  
Y yo creo que los ángeles respiran  
Que el amor sobrevivirá y nunca se irá  
Llévame hasta donde estás,  
Más allá de las estrellas distantes  
Deseo en esta noche ver tu sonrisa  
Aunque sea solamente por un rato...  
Para saber que estás ahí...  
A un respiro de distancia, no es muy lejos  
Hasta donde estás...*

«To where you are -de Josh Groban»

La canción de Josh Groban asaltaba mi cuarto mientras intentaba conciliar el sueño. Fue la última canción que Lizzy descargó en su móvil, antes de ser internada. Una semana después de haber visitado una clínica especializada en fertilización in vitro.

Un sueño interrumpido.

Un deseo incumplido.

Un anhelo desangrado.

Allegra me visitó por la tarde.

—Tienes fiebre —me dijo tras retirar el termómetro de mi boca—. Te rasuraré la barba y te asearé —convino mientras colocaba la espuma de barbear sobre mi mentón.

Peter me había cuidado por días tras aquella noche, que entregué todo a su Dios.

—¿Continuaremos con la fertilización, Matt? —me demandó Allegra y asentí tras evocar la alegría de Lizzy, el día que le hablé sobre la posibilidad de tener un hijo.

—¿Tú, aún estás dispuesta? —retruqué sin apenas mover los labios.

Allegra besó mi frente enfiebrejada.

—Sí, Matt. Verte feliz es mi mayor dicha.

La miré por primera vez con otros ojos.

—Te amo y por ti soy capaz de esto y mucho más —repuso con una seriedad inusual.

Besó mis labios con timidez.

—Eres mi Henry, pero yo no soy tu Lucy —bromeó y lloré emocionado—. Lucha por ella, como él lo hizo, Matt.

—Gracias, preciosa —musité ahogado por el dolor.

—Descansa, Matt —siseó acariciándome la cabeza con ternura.

Minutos después, me quedé dormido, profundamente dormido.

Esa noche, soñé con mi esposa, con mi todo, con la razón de mi existir, con el amor de mi vida.

Temblé. Lloré. Reí. Gemí. Sollocé. Agradecí.

—¿Lizzy? —dije con los ojos nublados por la emoción.

«¿Era un espejismo?». Mi amada esposa estaba cerca de un muelle, muy parecido al que teníamos cerca de nuestra casa. Tenía los pies sumergidos en el agua; se la veía pensativa y distante, cuando de pronto, me vio.

Su rostro se iluminó. El mío también.

—¿Matt? —dijo con escepticismo y mi corazón volvió a latir tras meses de haberse congelado.

Nos miramos con ternura y nostalgia. Ella lloró. Yo lloré.

Corrimos apresurados y nos abrazamos con añoranza. La besé con desesperación y desenfreno.

—Mi amor —musité sin detenerme en mis besos.

No comprendía nada, no era una modorra normal. Era real, muy real, como si estuviéramos en un mundo paralelo.

—¿Cómo esto es posible? —le pregunté tras recomponerme.

—Es un milagro —reveló.

«Un milagro».

—Miau —maulló un gato blanco.

—¡Mimosa! —prorrumpió Lizzy y la cargó entre sus brazos.

Acto seguido, me besó y su beso me erizó toda la piel.

—Bienvenido, mi amor —me dijo sin apartar sus labios de los míos.

—¿Bienvenido? —repetí, pero me desperté antes de que ella pudiera responderme.

Lloré al volver a la realidad.

«¿Acaso era un regalo del cielo? ¿Dios me ha escuchado? ¿Me ha concedido mi deseo? ¿Unos instantes al lado de Lizzy?».



Recé de rodillas al lado de mi cama, como solía hacerlo Lizzy antes de acostarse y el milagro se repitió esa misma noche.

—¡Has vuelto, amor! —exclamó y se lanzó a mis brazos.

Todos los días, tras cerrar mis ojos, volvía a aquel sitio mágico e idílico, donde éramos felices, muy felices.

—¿Es nuestro cielo, Lizzy?

Ella y yo nadábamos en el lago perfumado, tras haber hecho el amor, por tercera vez solo esa noche o día. No estaba muy seguro con respecto al horario de ese mundo.

—Quizá Dios, se apiadó de nosotros.

«Quizá».

Dormir se me hizo esencial. Cambié los antidepresivos por sedantes. El insomnio pasó a ser mi mayor enemigo.

—¡Matt! —Me zarandé Peter, días, semanas o años después. Difícil decirlo.

—¡Nooooo! —chillé al despertarme. Lizzy y yo estábamos jugando en el bosque cuando alguien gritó mi nombre—. ¡Déjame! —bramé encolerizado como una bestia.

Peter me dio una bofetada que sacudió mi cerebro y también mi corazón.

—¿Qué mierda estás haciendo? —gruñí masajeando mi mejilla derecha.

Ni loco le daría la otra mejilla como aconsejaban en la biblia. Peter era cura, pero golpeaba como los demonios.

—¡Llevas días durmiendo! —me reprochó y me levantó de la cama sin delicadeza ni consideraciones—. Dios mío —expresó al verme desnudo.

Estaba diez kilos más delgado y bastante demacrado. Comía en aquel mundo paralelo, pero en la vida real no.

—¡Quiero dormir! —gruñí.

—Hora de volver a la vida, Matt.

Peter me metió en el cuarto de baño a empellones.

—¡No! —protesté, mientras el agua helada me lastimaba más allá de la piel.

Me ignoró.

—Comerás —ordenó tras la ducha y tuve que hacerlo a regañadientes—. Lizzy sigue igual —comentó entristecido.

Quería decirle que estaba viva, pero temía que no me creería.

Era complicado.

Era milagroso.

Era un secreto nuestro.

—Estás raro —siseó al tiempo que cogía su rosario.

Le lancé una mirada enigmática.

—Estoy vivo —dije desganado—. Muy vivo.

Peter achicó los ojos en un gesto de desconcierto y confusión. No le pregunté por mi esposa y aquello lo conmocionó.

—Mimosa está bien —comentó sin apartar la vista de mi rostro—. Allegra la está cuidando muy bien.

Allegra se encargó de Mimosa II, ya que yo apenas podía cuidarme a mí mismo. Visualicé el reloj y suspiré agitado.

«Lizzy, pronto volveré», estaba ansioso por retornar a nuestro mundo.

Comí en silencio, entretanto él preparaba su famoso y tradicional café bendito. Me hablaba de

cosas que no me interesaban, lo único que quería era ir a mi cama y dormir.

—Descansa, Matt —me dijo Peter, dos horas después.

—Gracias por todo, amigo —insté con una rara sensación en el pecho.

Mi amigo se remangó el suéter negro que llevaba puesto. Parecía un hombre común y corriente con aquellas ropas informales. Estaba triste por mí, temía lo peor. Sus ojos lo delataron.

—No es nada, Matt.

Me tapó con la manta de cachemira, tenía mucho frío. Afuera nevaba incesantemente.

—¿Cómo pudiste vivir sin ella, Peter? —demandé temblando de frío.

Puso otra manta sobre mí y me miró con ojos curiosos.

—¿Cómo has conseguido vivir sin ella? —repetí castañeándome los dientes.

Mi amigo rubicundo se quedó muy serio. Se acostó a mi lado y me miró con infinita tristeza. Antes de que me abriera su caja de Pandora, le confesé mi mayor secreto. No sabía por qué lo hacía, pero mi corazón lo necesitaba. La noticia lo golpeó con brutalidad. Le conté lo que mi propio padre me había hecho cuando tenía apenas diez años.

Mi amigo se rompió a llorar.

—¿Por qué nunca me lo confesaste? —reprendió con lágrimas en los ojos.

—Tenía vergüenza, la que mi padre nunca tuvo —dije en un susurro.

Me miró con una amargura lacerante, como si mi pena le perteneciera.

—Lo siento, Matt.

—También yo, también yo.

Peter compuso una mueca de pesar antes de rezar. Mi confesión lo pulverizó y mal podía disimularlo.

Silencio mortecino.

—¿Recuerdas cuando fuimos al hospital para visitar a la bruja de mi nana? —rellené el mutismo.

Peter y yo intercambiamos una mirada cómplice teñida de dolor.

—¿Cómo olvidarlo? —replicó apenado.

Acomodó su cabeza sobre la almohada contigua a la mía.

—Ella nunca se arrepintió —dije ensombrecido.

Un suspiro profundo y sonoro se le escapó del pecho. Parecía cansado, muy cansado.

—No solo tenía cáncer en su cuerpo, sino también en su alma —terció Peter, tan quejumbroso como yo.

Silencio.

—Quise contratar una enfermera —alegué tras varios minutos de silencio.

Peter me miró con incredulidad.

—¿En serio?

Una mueca ladina se dibujó en mi cara y él rio de todo corazón.

—Una mucho más mala que Annie, la protagonista de Misery —mofé y él volvió a reír.

La nieve caía con gracia afuera, revistiendo mi balcón con su aterido y blanquecino manto.

—A veces, debemos tomar decisiones altruistas y aunque dolorosas, son las más correctas —dijo apesadumbrado.

Sus ojos se nublaron y los míos también. Mi amigo era la imagen personificada de la tristeza.

—Has renunciado al amor humano, por el amor divino —repuse y un bostezo se me escapó de los labios.

Peter evocó su tormento, lo supe por el mohín sombrío que hizo.

—Renuncié por amor a ella —remarcó con un enorme nudo en la garganta.

Fue la primera vez que la nombró. Mis sospechas eran ciertas, mi amigo había conocido el amor, un sentimiento humano, prohibido para los elegidos de Dios.

—Por amor —repetí en un susurro.

¿Hubiera tenido tal valentía yo en su lugar?

—Descansa, Matt —dijo y zanjó aquella charla sagrada para siempre.

Peter me santiguó, como siempre.

—Adiós, amigo —murmullé antes de cerrar mis ojos.

Lizzy y Mimosa I me esperaban al otro lado como todos los días. Comimos, reímos, nadamos e hicimos el amor una y otra vez.

—Falta poco —dijo ella ensimismada.

La miré fijo.

—¿Para qué?

Mi esposa estaba triste, muy triste.

—Pronto lo sabrás, amor mío.

Su respuesta me dejó intrigado.

—Mira, Matt —me dijo de pronto y me enseñó su tripa ligeramente abultada.

Las lágrimas empaparon su rostro y también el mío.

—¿Estás... embarazada?

Lizzy cogió mis manos temblorosas y las depositó sobre su vientre.

—Estamos embarazados, mi amor.

Me arrodillé y besé su vientre sagrado.

—Gracias —farfullé, mirando hacia el cielo.

—La felicidad existe, Matt y hoy nos pertenece, mi amor.

Lloré con amargura, con alegría, con angustia, con júbilo.

—¡Les amo! —grité y la cargué entre mis brazos y la giré en el aire.

♪*I need a miracle -Third Day*♪

Al día siguiente, tras despertarme, visité a mi amada esposa en el hospital. Le recité por décima vez esa semana mi voto de amor.

—Haré la lista que me has pedido ayer —le dije tras cerrar el poemario de Pablo Neruda.

Lizzy llevaba seis meses en coma y las posibilidades que saliera de ella, eran nulas según el médico que la atendía.

—No comprendo lo que vivimos en mis sueños y tampoco sé si tú lo estás viviendo al mismo tiempo —murmuré abatido, a punto de quebrarme como siempre—. Es nuestro secreto, amor mío. Nadie lo comprendería. Creo que Dios escuchó mi petición, tal vez temeroso de volver a verme desnudo —mofé y reí entre dientes.

Retiré mi móvil de mi bolsillo y busqué la carpeta «Lizzy» con sus mejores bandas sonoras. Ella amaba los temas de fondo que solían tocar en las películas y yo aprendí a apreciarlas también. ¡Era única en su especie!

—Te amo —le dije entristecido y su mano derecha se movió—. ¡Enfermera! —grité ilusionado.

Los médicos dijeron que fue producto de mi imaginación, pero yo sé muy bien lo que vi, mi esposa reaccionó a mi declaración y no fue una fantasía. Fue real. ¡Mierda!

—Usted necesita descansar —me aconsejó el médico.

—Vete al infierno —le respondí, antes de marcharme.

Fui a la iglesia, necesitaba hablar con mi amigo. Bebimos una taza de café bendito y conversamos sobre lo ocurrido en el hospital.

—Ella reaccionó —defendí con fervor.

Él no replicó, solamente me escuchó.

—¿Y, Pamela?

Peter suspiró agobiado y bastante entristecido.

—La he llevado a la veterinaria, está muy enferma. Echa en falta a Lizzy.

—Igual que yo —expuse al borde de las lágrimas.

Antes de despedirme, acaricié las alas de la imagen de San Miguel arcángel.

—Buen viaje, Matt —me dijo la imagen y di un respingo.

—¿Sucede algo? —preguntó Peter.

Miré asombrado la estatua. ¿La imagen me habló? ¿O lo imaginé? Creo que el cansancio me hacía delirar.

—Nada, nada.

Peter y yo nos abrazamos con afecto, como si fuera la última vez.

—Cuídate, Matt.

Le apretujé con vigor.

—Adiós, amigo.

Esa noche, antes de dormirme, hice la lista que mi esposa me pidió. Tras ello, sentí una punzada horrible en el pecho, el corazón me latía con tanta fuerza que pensé que me estallaría.

«¡Joder!», el dolor me hizo temblar y sudar frío. Caí sobre mi moqueta, inconsciente.

—Es hora de irnos —me dijo Lizzy en nuestra vida paralela—. Lina, Mimosa, Pamela, tú y yo.

«Lina era el nombre de nuestra hija».

—¿Pamela?

Mi amiga gatuna maulló cerca de mis pies. Había muerto, como yo.

Miré el lugar mítico con ojos melosos y nublados por las lágrimas.

—¿Adónde iremos, Lizzy?

Mi hermosa esposa esbozó una tímida sonrisa, una sonrisa más interna que externa.

—Donde la felicidad es eterna.

Cogí su mano, sin miedo a nada y me dejé guiar por aquella mujer que le había dado sentido a mi patética y sombría vida en la tierra.

—Te amo —le dije y ella me besó con amor, con amor infinito.

—¿Para siempre?

Reposé mi cabeza sobre la suya y las manos sobre su vientre abultado.

—Por siempre...

*Peter*

# Dos almas y un secreto

♪Return to life- Ennio Morricone♪

*Pues los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento. «Corintios, 4:17»*

Anoche soñé con Matt, Lizzy y Lina. Ésta última era hija de ambos. Estaban en la casa que Matt había comprado en la colina hacía un par de años atrás cerca de Austria. Fue tan real que incluso llegué a cargar a la niña de seis meses.

—No comprendo nada —me dijo Matt, anegado en lágrimas—. Pero sé que Él —Empinó su dedo derecho—, ha escuchado tus peticiones, amigo mío.

—Su amor es eterno —le respondí, mientras Lizzy cambiaba a Lina.

—Lizzy está embarazada de nuestro segundo hijo —comentó Matt, con un brillo intenso en los ojos.

El júbilo arropó mi corazón.

—Somos muy felices, padre —dijo Lizzy tras regresar con Lina—. Dios nos ha regalado una segunda oportunidad.

Me quebré por la emoción.

—No llores, Peter —me suplicó Matt—. Soy muy feliz y el vacío que cargaba dentro al fin se rellenó...

Lizzy le dio un beso en los labios.

—Somos inmensamente felices, padre —repuso ella.

—Para completar el rito —continuó Matt algo dubitativo—, quiero que me bautices.

Parpadeé desconcertado y tardé unos instantes en recomponerme.

Matt bufó indignado con mi reacción.

—Hazlo antes que cambie de opinión —rezongó y todos nos reímos al unísono.

Le bauticé en el lago que yacía a un costado de la casa.

—Has recibido la luz de Cristo, a fin de que camines siempre como hijo de la luz y, perseveres en la fe, para encontrarte con nuestro Señor, con todos los santos, cuando venga el final de los tiempos... —dije al finalizar el ritual.

Matt me miró con sorna y supe al instante que me diría alguna tontería típica de él. ¡Echaré en falta esto! Pero ni loco pienso decírselo.

—¿Es el momento en que me retuerzo como Emily Rose?

Le recosté la cabeza en el agua y lo hundí levemente.

—Ya no —contesté, sonriendo.

«Dios me ha concedido un milagro más», murmuré, tras bautizar a Lina y a Lizzy.

Durante el almuerzo, Matt me habló de algo que no supe interpretar, hasta hoy.

—Allegra realizará mi último deseo —musitó en un hilo de voz apenas audible.

—¿Qué deseo, Matt?

Sus ojos azules se oscurecieron, eran casi negros.

—No puedo revelártelo, aún no es el momento. Pero, ella te necesitará mucho —Hizo una pausa—, él te necesitará mucho.

La intriga avasalló mi pecho.

—¡Tarta de arándanos! —clamó Lizzy y nos despabiló.

Matt me guiñó el ojo derecho en señal de complicidad.

—Son arándanos que planté en nuestra huerta —repuso mi amigo henchido de orgullo.

Lizzy y Matt al fin tenían la familia que siempre habían anhelado y esperado durante sus vidas en la tierra. Dios les otorgó una segunda oportunidad para amar, soñar, vivir y creer.

Me desperté cuando me despedí de los tres o, mejor dicho, de los cuatro.

Lloré con amargura en mi cama, abrazado a la almohada. El amor de Dios era maravilloso.

—Gracias —articulé llorando y mirando hacia el techo.

♪ *You fill my heart* –Jason Walker♪

Hoy hace seis meses que Matt y Lizzy murieron, con una diferencia de apenas cinco segundos.  
Era el destino.

Era la hora.

Era el designio divino.

Eran almas gemelas.

Recuerdo que estaba rezando en la iglesia cuando la imagen del Arcángel San Miguel —que reposaba a un costado del altar—, cayó al suelo y se quebró en mil añicos. El susto casi me hizo gritar.

«Matt», dije atónito. Como un presagio, el incidente me trajo a mi amigo a la cabeza, al corazón.

Me dirigí a su casa con apremio, guiado por mi intuición, y lo hallé tumbado cerca de su cama. Seguía respirando, pero estaba inconsciente. Llamé una ambulancia y, minutos después, lo trasladaron al mismo hospital donde se encontraba su esposa.

Matt era más que un amigo, Matt era mi hermano.

Crecimos juntos. Era mi vecino, el niño triste que lloraba bajo el árbol de castaño de su jardín. Solíamos jugar todas las tardes con Tony, mi perro labrador. Él nunca pudo tener una mascota, sus padres no le permitieron.

Era un chico gracioso, siempre decía cosas fuera de lugar, pero simpáticas a la vez. Sin embargo, muchas veces lloraba y yo no comprendía por qué. Matt tenía todo para ser feliz, pero no lo era. Nunca lo fue. No conocía su pena, pero la sentía mía.

Cuando teníamos quince años, me contó lo que padeció bajo las manos de su nana y su padre durante su infancia. Reventé mi cuarto, literalmente hablando. Matt lloró la otra cuota que le faltaba y yo lloré con él.

Desde entonces, fuimos inseparables, hasta que decidí ir al seminario. Mi amigo, «el ateo», se enfadó conmigo y mi traición. No me habló por dos semanas y pensé morir de tristeza.

Matt me visitó en el seminario tiempo después y me dijo que siempre me apoyaría, incluso siendo amigo de Dios, su enemigo declarado. Era inútil hablar de religión con él.

Nuestra amistad fue verdadera y duradera a pesar de las diferencias y las creencias.

Yo al igual que él tenía un secreto.

Un secreto que compartí a medias con él.

Comprendía su amor por Lizzy.

Como hombre, no como cura.

Anna se coló en mi corazón y no pude evitar añorarla.

Ser sacerdote no implicaba anular ser un hombre.

Pero, he optado por su felicidad.

El amor era generoso y nunca, nunca egoísta.

Miré con tristeza infinita la lápida de mi amigo y su esposa. Me arrodillé e hice la señal de la cruz, imaginándome la cara de fastidio de mi amigo.

Te echaré en falta.

Siempre lo haré.

Aunque pasen mil años.

¿A quién le ofreceré una taza de café bendito?

Una risita nerviosa se me escapó de los labios. Imaginé que él también reiría.

Matt murió tres horas después que lo rescataron, cinco segundos después que Lizzy. Una rara casualidad, dijeron los médicos, descartando cualquier explicación que fuera más allá.

La noticia me impactó bastante. Albert, Hanna y Allegra estuvieron a mi lado. Los cuatro



lloremos a lágrima viva el final de aquellos dos, que echaríamos en falta por el resto de nuestras vidas.

Preparamos el velatorio de ambos al día siguiente. Matt no quería que lo cremaran, quería ser enterrado en el viejo cementerio donde tenía su granja. El sitio donde fue tan feliz conmigo y con Lizzy.

—Mira, Peter —me dijo Albert aquella noche mientras buscábamos las ropas de Matt.

—¿Una lista? —musité confundido.

Albert y yo leímos la misma con desconcierto:

*Quiero una lápida de mármol negro.*

*Con letras doradas.*

*Lizzy anhela unos móviles de ángeles sobre nuestro panteón.*

*Durante el sepelio me gustaría oír la canción«Mad World» y los poemas que hemos usado como votos matrimoniales.*

*Reza para que llueva, Peter. Espero que solamente asistan los amigos de corazón.*

*Quiero llevar el traje de mi boda y Lizzy su vestido.*

*Coloquen las piedras que simbolizan nuestros corazones sobre las lápidas, unidas para siempre.*

*Y, por favor, Albert, no te pelees con Peter por mi amor post-mortem.*

*Va para vosotras dos Allegra y Hanna.*

*Lizzy os manda un beso.*

*Yo un abrazo.*

*Beban el famoso café bendito de Peter, cura las heridas más profundas y a veces incluso hace milagros. Tomando su café conocí la felicidad...*

*Os echaré en falta.*

*Lizzy también.*

*Albert deja de ser tan egoísta y por favor, sé feliz hombre.*

*Peter, gracias amigo. Jamás te olvidaré.*

*Tampoco a ti Albert, no seas celoso...*

Albert y yo reímos entre lágrimas ante la última broma de Matt.

—Incluso desde el más allá me riñe —bufó Albert, lloriqueando.

«¿Matt, sabía que iba morir con Lizzy?» me pregunté abrumado.

—¿Quién era, Lina? —preguntó Albert, al leer el nombre que yacía entre Matt y Lizzy.

«La hija de ambos», pensé y callé.

—Ni idea —mentí y me santigué en un acto reflejo.

Miré fijo lo que Matt había escrito, al final de la lista, en un corazón con alas.

«Quedaré perfecta en la lápida», me dije asintiendo con la cabeza.

♪*Mad world* –Gary Jules♪

Pic.

Pic.

Pic.

Sonaban las gotas de la lluvia sobre nuestros paraguas.

Cumplimos al pie de la letra los últimos deseos de Matt. Fue un sepelio muy emotivo. Asistimos únicamente los cuatro, las cuatro personas que en verdad les habían amado en la tierra y ahora también en el más allá. Jamás podríamos olvidarnos de ellos, jamás.

Incluso Dios hizo su parte: llovió durante el sepelio.

—Matt —sollozó Albert con amargura—. ¿Cómo viviré sin ti, amigo?

Hanna lo abrazó.

—¿Quién organizará las mejores fiestas de mi vida?

Hanna le pellizó el antebrazo con violencia.

—¡Ay!

—Mejor cállate, Albert Smith —gruñó Hanna y él la besó con fogosidad.

—Comportaos —les reprendí y ambos se apartaron.

—Sí, padre —dijeron cabizbajos.

Allegra se arrodilló y arrojó varias rosas sobre ambos ataúdes.

—Pronto tu último deseo se hará realidad, mi amor.

Las palabras de Allegra me erizaron la piel, de arriba abajo.

«Último deseo», repetí azorado y algo conmovido al evocar mi charla onírica con Matt.

Un rayo embravecido en el cielo me hizo retornar al presente, al triste presente.

Las lágrimas habían empañado mi vista.

—Que Dios os acompañen —tercié y los santigué.

Sonreí con amargura, mientras leía la frase que yacía bajo los nombres de Lizzy y Matt, la frase que él había escrito bajo su peculiar lista final.

«Dos almas y un secreto».

*Peter*

# Los secretos del alma

♪ *White night –Naruto* ♪

25 años después...

*Pasé mis días esperando por ti, buscando entre las multitudes tu cara. Deje de respirar en el momento en que me conociste, tú capturaste mi alma con tu mirada. «Christy A. Martine».*

Me acuclillé ante la lápida de mi amigo y su esposa, depositando una rosa blanca de mi jardín sobre la misma. Veinticinco años se habían pasado y la añoranza seguía fresca en mi corazón, como la pintura nueva de alguna pared recién pintada. Ya no lloraba como antes, pero siempre suspiraba al evocarlos.

Al inicio me costó mucho superar la muerte de ambos, pero con el tiempo la resignación llegó.

Muchas cosas habían pasado en estos últimos años. Hechos realmente asombrosos e inesperados. El mundo era tan distinto.

—Tengo tanto que contarte —le dije a Matt y una brisa lozana rozó mi rostro—. ¿Estás aquí? —los móviles de ángeles se mecieron con gracia—. Estás aquí —dije sonriendo.

Me serví café del termo que había traído. Serví dos tazas antes de ponerles al tanto de las últimas novedades. Santigué ambas tazas y sonreí con tristeza al evocar las bromas de mi amigo al respecto.

Albert y Hanna se casaron, pero el matrimonio no duró mucho. Se divorciaron cinco años después y rehicieron sus vidas. Actualmente estaban casados con sus nuevas parejas. Compartían la custodia de Lizzy, la hija de ambos, una joven rebelde que no se cansaba de hacer de las suyas.

Hanna y Albert me buscaron meses atrás para pedirme auxilio. Les prometí hablar con ella, pero les adelanté que no sería una tarea fácil. Albert me dijo que lo había logrado con Matt y su afirmación me robó un suspiro largo y sonoro.

—Le corté todo —me dijo Albert, preocupado por su única hija.

Llevaba tiempo sin verlos, y la verdad me sorprendí al hacerlo. Los años habían dejado sus huellas en ambos. Albert ya no era el hombre musculoso y altivo de tiempo atrás. Hanna había engordado y cambiado el tono de su pelo por uno cobrizo, casi dorado.

Estaban distinto por fuera y también por dentro.

—No es la solución —protestó Hanna—. Tiene 22 años y necesita de dinero para desenvolverse.

Albert le lanzó una mirada sanguinaria.

—¿Qué quieres? ¿Qué se pierda como alguna vez yo lo hice?

Hanna no replicó.

—Fuimos muy malos padres —señaló Albert y su ex esposa se rompió a llorar.

—Tememos lo peor, que llegue a las drogas —remarcó Hanna.

Las drogas volvieron a ser un tabú en estos tiempos, como alguna vez en el pasado. Preparé café y miré con devoción mi Jesús de piedra, rogándole en silencio por otro milagro.

—No pierdan la fe —les aconsejé y ambos asintieron, con la pena estampada en sus rostros.

—Esta es, Lizzy —me dijo Hanna, tras sorberse por la nariz.

Miré estupefacto la foto.

—Por increíble que parezca padre, mi hija no solo lleva el nombre de mi mejor amiga, sino también un escalofriante parecido físico.

La sorpresa estaba estampada en mi cara.

—Y para completar —repuso Albert, en tono socarrón— tiene el mismo apellido.

Contemplé anonadado la foto de Lizzy. Era blanca como el algodón; tenía pelo oscuro y largo; ojos grandes y brillantes; y bastante menuda, como lo fue Lizzy, la amiga de su madre.

—A veces creo que mi amiga ha reencarnado en mi hija —comentó Hanna, ahogada en dolor y nostalgia.

Vagué mis ojos en Albert y luego en Hanna.

—Al menos en esta vida, ella es muy amada por sus padres —agregué y ambos asintieron con firmeza.

—Sálvela padre —imploraron y acepté, con el mismo fervor con la que acepté la misión de convertir a Matt, en el pasado.

Lizzy apareció en la iglesia tiempo después. Era una joven enigmática y de apariencia bastante agresiva. Pero me bastó hablar con ella, para comprender que las apariencias siempre, siempre engañaban.

—Mis padres viven peleándose y eso me tiene harta —declaró, mientras observaba embelesada el ángel que yacía a un costado del altar, regalo de Matt.

Un año después de su muerte, una santería me trajo esta imagen de casi dos metros y medio de altura, en nombre de mi amigo. No era el arcángel San Miguel, sino San Gabriel. «El mensajero». No sabría decir por qué eligió esa imagen, mi amigo era un baúl repleto de secretos. Además del ángel, Matt dejó gran parte de su fortuna para los más necesitados, dejándome a mí como el albacea de sus bienes. No confiaba mucho en los demás.

Las sorpresas no terminaban allí.

Tiempo después, unos restauradores me visitaron y reformaron la iglesia abandonada. Matt compró el terreno de ambas iglesias y los puso en nombre de su único hijo, aquí en la tierra.

«Me has sorprendido, Matt, incluso después de la muerte».

Allegra y Matt habían hecho un pacto tras su boda con Lizzy.

—Estoy embarazada de cinco meses —me comentó Allegra, un año después de la muerte de Matt—. Es de Matt...

—¿De Matt?

Ella sonrió con tristeza.

—De Matt y Lizzy.

La conmoción me tomó desprevenido.

Me contó cómo fue todo, como extrajeron los óvulos de Lizzy y lo congelaron junto con los espermatozoides de Matt.

—Ella ovulaba normalmente, pero su útero no estaba apto para un embarazo. Entonces Matt, la llevó a unos especialistas para que le practicaran los exámenes correspondientes. Allí le dieron fármacos para que estimularan sus ovarios y pudiera producir más óvulos de lo normal. Pero Lizzy enfermó y no pudo continuar con el tratamiento. Ambos pensaban alquilar un vientre, hasta que yo me ofrecí.

Luego me enseñó los documentos que había dejado preparado Matt, para la realización de la inseminación y su testamento en nombre de su hijo, en caso de que algo le pasara.

—Tras la muerte de ambos, yo pasé a ser la madre de su hijo, por voluntad expresa de Matt —agregó, estirándome el documento que había dejado mi amigo bajo escribanía—. Él me dijo el día que firmé los papeles, que mejor madre no habría para su hijo.

—Dios mío —murmuré atónito, mientras preparaba café.

Mis ojos se enrojecieron lentamente.

—Lizzy nunca lo supo, ya que sufrió aquel infarto cerebral —dijo anegada en lágrimas—. Matt había dejado todo listo para que me practicaran la inseminación, pero con lo ocurrido, pasó al olvido, al menos para él.

Bebí un sorbo de mi taza, temblando como una hoja.

—Decidí cumplir con su último deseo en esta vida.

Allegra se sorbió por la nariz.

—Fue un milagro concebir el hijo de Matt y Lizzy en dos intentos, con los dos únicos óvulos que habían sobrevivido.

Posé mis manos sobre su vientre abultado y el hijo de mi amigo me saludó con una patadita.

—¡Dios mío! Nunca reaccionó así antes —repuso Allegra maravillada.

—Hola —saludé y él se movió con más fuerza.

La voz de Lizzy me arrancó de mi trance y me devolvió al presente de golpe.

—¿Padre?

—Perdona —le dije y ella asintió con la cabeza.

—Gracias por escucharme, padre.

—Aquí estaré, hija, siempre que necesites de un consejero.

Lizzy venía todos los días a la iglesia, conversábamos por horas, e incluso se ofreció para ayudarme con algunas tareas. Era catequista y también servidora los fines de semana.

—Es un milagro —me dijo Hanna, cierto día, mientras su hija limpiaba el ángel.

—Los milagros existen, Hanna.

—Sí. Lo sé.

*Ni la ausencia ni el tiempo son nada cuando se ama*  
. «Alfred de Musset»

Esa misma tarde, mi ahijado, el hijo de Matt y Lizzy, me llamó desde Zúrich.

—¡Hola, padrino! —dijo y la piel se me erizó. Tenía el mismo tono de voz que su padre—. Pronto iré a visitarte —prometió y mi corazón saltó de alegría.

—Mejor noticia no podías darme, hijo.

—¡Echo en falta tu café bendito, padrino! —bromeó, como siempre lo hacía su padre.

Me emocioné y lloré.

El hijo de Matt era un joven alegre, dinámico, jovial y aventurero. Amaba la vida, la naturaleza y sus misterios. Vivía en Suiza con Allegra y su buen marido, Henry Stolz. Con la muerte de sus progenitores, Allegra pasó a ser su madre legalmente, cumpliendo así la última voluntad de Matt.

Era hijo único, por ironías del destino, Allegra no pudo concebir otro hijo tras él.

Allegra no solo lo llevó en su vientre durante nueve meses, sino también lo crio y lo educó, convirtiéndolo en un buen y responsable hombre.

Él conocía muy bien su origen. En un primer momento se asombró, pero luego lo aceptó con afabilidad. Sin embargo, dejó en claro que Allegra era su madre y la amaba como tal, sin relegar a sus verdaderos padres.

—Mamá está llorando a lágrima viva padrino, como si fuera a viajar al otro lado del planeta y no al país vecino —expresó y me robó una risita.

—Cuidalo, Peter —me imploró Allegra al otro lado de la línea.

—Con mi vida —le juré y ella suspiró aliviada.

Su hijo resopló.

—Mi madre ya quiere nietos —acotó con voz irónica—. ¡Soy demasiado joven para condenarme!

Supuse que su madre lo había pellizcado, pues emitió un quejido.

—Pronto encontrarás a tu Lucy —graznó ella y su hijo se carcajeó.

—Nos vemos, padrino.

—Hasta luego.

Mi ahijado prometió visitarme, pero no me adelantó fecha. Así era él, sorprendente como su padre.

—Limpiaré el ángel con este producto —me dijo Lizzy al día siguiente—. Es especial para este tipo de estatuas.

Yo asentí mientras ordenaba el altar.

—Regaré las rosas —anuncié minutos después.

Lizzy recogió su larga melena en una coleta. Acarició a Pamela V y se arrodilló para coger la esponja que yacía en el cubo. La miré con atención, incrédulo ante su enorme parecido con la anterior Lizzy. ¿Cómo eso era posible?

Solo Dios conocía esa respuesta.

Estaba con mis flores, cuando de pronto alguien me saludó por detrás. El corazón se me volcó y la respiración se me entrecortó.

—¡Salve, padrino!

Mis ojos se nublaron.

—¡Hijo! —exclamé y cerré el grifo antes de acercarme y estrecharle con afecto y añoranza.

Era como abrazar a mi amigo.

—Necesito beber un sabroso café bendito —bromeó y las lágrimas saltaron de mis ojos.

Acobijé su rostro entre mis manos y lo contemplé maravillado. Era idéntico a Matt, con la diferencia de la barba saliente y el pelo más rebajado, de lo que acostumbraba llevar mi amigo.

—Has vuelto —murmuré emocionado y él me miró confundido.

—Y no pienso marcharme nunca más, Peter —contestó y la piel se me puso de gallina.

¿Era Matt a responderme?

—Eso espero, eso espero —repetí alelado.

—¿Pasamos a tu cuarto, Padrino?

Asentí al tiempo que me arreglaba las gafas.

Nos metimos a la iglesia. Él frenó de golpe y abrió sus ojos de par en par.

—¿Quién es ella?

Paseé mis ojos en su rostro y luego en su enfoque. Lizzy giró su cuerpo y nos miró con atención. Los destellos del sol iluminaron el altar en ese preciso instante y enmarcaron la estatua del ángel Gabriel de un modo muy celestial.

—¿Aquellas alas pertenecen a la imagen o a ella? —inquirió mi ahijado, embelesado.

Una sonrisa enigmática imperó en mis labios.

«¿Sería posible?».

Ella se acercó con timidez.

—Hola —dijo Lizzy y mi ahijado la miró hechizado y ella no le fue indiferente.

—Prepararé el café sagrado —anuncié y decidí dejarlos solos, o, mejor dicho, dejarlos con el que había hecho posible este reencuentro milagroso.

Lizzy y él se miraron con embeleso, por varios minutos antes de presentarse.

—Hola, soy Matt.

Giré mi rostro al oírlo.

—Hola, soy Lizzy.

«Dos almas y un secreto», pensé con el corazón henchido de gozo, de un gozo difícil de describir con palabras.



# Agradecimiento

En primer lugar, a Dios y mis ángeles.

A mi amiga y escritora, Mónica Thomas, que ha creído en mí y ha hecho posible este sueño.

A mi esposo por su amor infinito.

A mi madre por su apoyo incondicional.

A mis futuros lectores.

## Banda sonora

Esta historia cuenta con muchas melodías que le dan vida a los momentos vividos por Matt y Lizzy. Te invito a revivirlos escuchándolos.

- ♪Final Hope - Audiomachine♪
- ♪X Ray Dog - the vision♪
- ♪I grieve - Peter Gabriel♪
- ♪Legacy of the lost –Audiomachine♪
- ♪Remembering Eli -James Horner♪
- ♪Firefly -Theme The classic♪
- ♪The book of love - Peter Gabriel♪
- ♪Tree of Life- Audiomachine♪
- ♪I don't believe you -Pink♪
- ♪Searching for A Miracle - Randy Edelman♪
- ♪Missing - Evanescence♪
- ♪Fallen - Sarah McLachlan♪
- ♪In the arms of an angel – Sarah McLachlan♪
- ♪Crazy in love - Sofia Karlberg♪
- ♪Canon in D - Pachelbel♪
- ♪Disturbed - The sound of silence♪
- ♪1.000 oceans – Tori Amos♪
- ♪Only time - Enya♪
- ♪Heart door -Paula Cole♪
- ♪A thousand Years -Christina Perri♪
- ♪Never let me go -Florence the machine♪
- ♪I miss you love - María Mena♪
- ♪Everybody hurts –REM♪
- ♪Tomorrow – Avril Lavigne♪
- ♪Dishwalla –Angels or Devils♪
- ♪Time and time again –Stretch Princess♪
- ♪Better in time –Leona Lewis♪
- ♪True colors -Cyndi Lauper♪
- ♪You and Me - Lifehouse♪
- ♪Say something - A Great Big World♪
- ♪Cinema Paradiso -Ennio Morricone♪
- ♪Moments -John Barry♪
- ♪There's no play like home – Michael Giacchino♪
- ♪Why Worry-Dire Straits♪
- ♪Hasta mi final -Il divo♪
- ♪Why worry - Dire Straits ♪
- ♪La misión – Ennio Morricone♪
- ♪Buongiorno principessa -Nicola Piovani♪
- ♪Saturn –Sleeping at last♪
- ♪Wars of Faith- Audiomachine ♪

♪Adagio -Bach♪  
♪Footprints in the sand – Leona Lewis♪  
♪Lux Aeterna -Requiem for a dream♪  
♪All of them –Hans Zimmer♪  
♪Cora –The last of the Mohicans♪  
♪Memories of another life –Carlo Siliotto♪  
♪To where you are -Josh Groban♪  
♪I need a miracle -Third Day♪  
♪Return to life- Ennio Morricone♪  
♪You fill my heart –Jason Walker♪  
♪Mad world –Gary Jules♪  
♪White night –Naruto♪  
♪Perfect –Ed Sheeran♪

## Sobre la Autora



**Myrian Justina González Britos** nació el 12 de diciembre del año 1981, en la ciudad de Hernandarias, departamento de Alto Paraná, República del Paraguay. Hija de Petrona Britos Esteche y Anibal González Morán. Criada en un entorno humilde, pero con una voluntad incansable de realizar sus sueños y una Fe inquebrantable para conseguirlos. Sus estudios primarios los realizó en la Escuela Juan Pablo II, los secundarios los realizó en el Colegio Nacional Tacurú Pucú, de su ciudad. Se graduó en Derecho y Escribanía en la Universidad del Norte de Ciudad del Este. Contrajo matrimonio en el año 2013 y vive actualmente en Wuppertal (Alemania).

Desde niña sintió la inclinación por la literatura y ya escribía novelas cortas, puliendo su estilo, con los años, dedicándose a la lectura de los grandes clásicos.

# Otras obras

*"El disfraz de una mentira"*

*En todos los tiempos, el amor está siempre presente en la vida de las personas, muchas veces siendo el timón y en otras siendo la chispa que genera los grandes conflictos y enemistades. La novela nos lleva a conocer la magia del primer amor, en un ambiente lleno de sorpresas. Nos lleva a pensar e incluso dudar de la existencia de la verdadera amistad. ¿Es acaso la línea de la amistad entre los adolescentes, tan fina, capaz de romperse ante la primera ilusión del amor?, ¿o es que existen disfraces tan bien puestos?*

*La historia tiene como protagonistas a una italiana y un alemán, dos jóvenes que están descubriendo un mundo y a la vez descubriéndose a sí mismos, e intentan construir una relación basada en el amor inocente, aquel que nace de corazones vírgenes. Sin embargo, tal como el juego de ajedrez, son tantas piezas que se mueven, como tantas son las posibles jugadas, hasta llegar a la victoria, así es este romance entre Anna y Marcello, descrito con tanta naturalidad y también pasión por parte de la autora.*

# Hay más

*El secreto de Peter*

Consíguelo gratis en la página de la autora:

<https://www.facebook.com/myrian.leuschner>

## Table of Contents

[Matt y sus escombros](#)  
[Lizzy y sus fantasmas](#)  
[Matt y sus vicios](#)  
[Lizzy y sus recuerdos](#)  
[Matt y sus dudas](#)  
[Ángeles y demonios](#)  
[Matt y sus demonios](#)  
[Lizzy y sus demonios](#)  
[El cielo y el infierno](#)  
[Beso y alma](#)  
[Lágrimas y sonrisas](#)  
[Almas gemelas](#)  
[Amor y depresión](#)  
[Sólo tuya](#)  
[Matt y sus ocurrencias](#)  
[La felicidad](#)  
[Matt y su cielo](#)  
[El perdón](#)  
[El secreto de Matt](#)  
[Dos almas y un secreto](#)  
[Nuestra boda](#)  
[La venganza de la otra](#)  
[La triste realidad](#)  
[El final es el inicio](#)  
[Dos almas y un destino](#)  
[El tormento de Matt](#)  
[Felices por siempre](#)  
[Dos almas y un secreto](#)  
[Los secretos del alma](#)  
[Agradecimiento](#)  
[Banda sonora](#)  
[Sobre la Autora](#)  
[Otras obras](#)  
[Hay más](#)